



Volveré

a por
Mi hijo

EA

Erina Alcalá



Volveré

a por
Mi hijo

EA

Erina Alcalá

*VOLVERÉ A POR
MI HIJO
ERINA ALCALÁ*

Cuando me vaya,
volveré atada a este silencio
que deja la nada.
No te asustes
si me ves cayendo entre la lluvia
que golpea en tu ventana.

CAPÍTULO UNO

Olga Díaz, iba con el corazón encogido. Su vida había dado un giro de 180 grados desde que hacía cuatro años, se vino a Harvard tras terminar la licenciatura de Medicina, con una beca AAUW.

Esas becas las obtenían licenciados que sabían el idioma perfectamente y tenía unas notas de matrícula de honor como ella. Las había tenido desde el colegio. Tenía una mente prodigiosa para los estudios, y para la lectura.

Su vida había sido estudiar desde pequeña. Hasta sus padres se sorprendían cada vez que traía notas a casa y como una niña, y adolescente responsable, se metía en su habitación horas y horas de estudio.

Es más, a cambio de otras jóvenes de su edad, no salía, tenían que decirle que saliera a dar un paseo con amigas, pero ella solo salía cuando sus padres iban los domingos a comer fuera, nada más. Era el bicho raro de la familia.

Pero no era una chica seria ni introvertida, todo lo contrario. Sin embargo, le encantaba estudiar. Tenía un hermano mayor, tres años más que ella, Raúl, que estudió ingeniería industrial también con beca en Sevilla. Y ahora trabajaba en los astilleros de Cádiz.

Olga se fue a Harvard con 23 años, pues al nacer en diciembre era la más pequeña de la clase y esa beca fue para ella un deseo hecho realidad, que sus padres nunca habían visto en los ojos de su hija. Esa ilusión cuando le llegó la carta... fue para ella como si le hubiese tocado la lotería.

Sus padres sabían que había solicitado esa beca, pero era tan difícil conseguirla que nunca pensaron que se la concedieran a su hija. Se alegraron por ella y estaban orgullosos.

Claro que Harvard estaba en Estados Unidos y era demasiado joven para sus padres, pero su hermano les dijo que ya era hora de que se espabilara por su cuenta, aunque fuese lejos.

—¿Ah sí? —le dijo irónicamente su padre, porque Raúl llevaba dos años viviendo con ellos.

—Pues claro, viajará y verá mundo.

—¿Y tú qué? ¿No quieres ver mundo?

—Yo en unos meses me voy a un piso solo, no te preocupes, estaba ahorrando.

—Muy gracioso mi hijo.

—Así podéis quedaros solitos como novios. No podéis decirle que no se va. Estas becas no las consigue nadie. Tanto si se quedaba en el campus a hacer el máster como si se alquila un apartamento estudiantil cerca del campus, estará bien. Todo está dentro. Y seguro que le van a renovar otro año. Son 30.000 dólares anuales. Es una pasada.

Y era posible que la contrataran al acabar el máster, así que sus padres, no pudieron negarse. Era una gran oportunidad laboral para su hija más adelante estar estudiando en una universidad de prestigio como esa.

—Hermana, hay que ver qué suerte tienes, empollona, me voy contigo a Estados Unidos.

—Puedes venir a verme en verano.

—¿No vas a venir en verano?

—Lo más seguir que el primer verano no venga hasta que termine el máster. Hay cursos y puedo trabajar y hacer cursos, puedo quedarme en el campus o en un apartamento compartido, lo he visto. Y los cursos son de investigación. Intentaré ahorrar lo más que pueda para pagarme al menos uno el primer verano.

—No me extraña, te empollas hasta los trabajos, ¡Qué tía!
—Tonto...
—Me alegro por ti, Olga.
—Gracias hermano. ¡Te quiero! Y te voy a echar de menos.
—¿Estás nerviosa?
—Un poco, sí.
—Tú vales, ya verás, sacarás más nota que todos los americanos.
—Sí, eso es aquí, allí hay un nivel que no veas.
—Bueno, ¿necesitas dinero?
—Papá me va a dar, pero tengo 30.000 dólares cuando llegue y el billete ya lo tengo.
—30.000 dólares es una pasada.
—Sí ¿verdad? intentaré ahorrar lo más posible, es lo máximo que te dan y si tienes casa y comida gratis, imagina. Ahorraré.
—Cómprate algo si vas a Nueva York, mujer, alguna ropa.
—Voy a ir esta tarde con mamá a por una maleta y ropa toda nueva, dice. Pero me va a faltar maleta porque hará frío, es septiembre, cuando llegue.
—Pues de invierno.
—Sí.

—¿Vamos hija? —apareció su madre.
—Sí, mamá.
—Cómprale ropa interior sexy —se guaseaba Raúl.
—¡Qué tonto que es mi hijo!
—Tendrá que ligar ¿o no? Se quedará en América ya verás.
—Anda vamos que tu hermano es...
—¡Te quiero!
—Y nosotras.

El padre de Olga, Ramón, era un inspector de los astilleros de Cádiz, aunque en otro sitio distinto de su hijo, y ganaba bien y la madre trabajaba en una inmobiliaria, y al menos llevaba un sueldo, no tan alto como el padre, pero, vivían bien.

Y ahora se iba su hija en dos días a Harvard, estaban orgullosos, pero preocupados a la vez, porque era joven, e iba al otro lado del charco.

Allí estaban, a través de las cristaleras del aeropuerto de Málaga viendo cómo el avión de su hija salía camino de Cambridge. Desde allí iría a la universidad de Harvard en un taxi, ya que llevaba demasiado equipaje.

—Le irá bien mujer, ni llores, —le decía el padre de Ramón a Paula, la madre de Olga.
—Ya verás, si ella es feliz... Y Raúl se irá pronto. Nos quedamos solitos, eso es lo bueno.
—O no, la casa se queda vacía.
—Pero si estamos todo el día fuera, mujer.
—Es verdad.
—Vamos a casa, tenemos unas horas por delante. Ya nos llamara cuando llegue y se instale.

Y efectivamente, al día siguiente, los llamó. Estaba en el campus, le habían dado una tarjeta con

su dinero, al entregar en la universidad el pasaporte, la beca y toda la documentación, rellenoó unas hojas y le dieron una habitación en una de las alas del campus. Cuando llegó cargada hasta las cejas a su habitación, tenía una compañera de que era mejicana. Se llamaba Sarita y era más bajita que ella, que ya era decir, ya que Olga medía 1,63 cm.

Estaba contenta, porque al menos las unía el idioma y algunas formas de vida, a Sarita y a ella. Le encantó su compañera. Era una chica simpática y sencilla.

Las dos tenían la misma beca, aunque Sara era un año mayor que ella, estudiaban medicina, diferente especialidad, pero tenían muchas asignaturas y clases en común en el máster,

Olga, quería hacer el máster en enfermedades oncológicas, que era lo que quería ser en su carrera, Oncóloga y Sarita estudiaba las enfermedades coronarias.

Pronto se hicieron las mejores amigas,

Diría que nunca tuvo una amiga y la encontró. Más que una amiga, era su hermana.

No se apuntaron a hermandades, no querían perder el tiempo y eran ya mayores para eso, que les parecía una tontería.

Llamó a sus padres y le dijo que aquello era inmenso y estaba feliz con su compañera y que ya empezaban las clases.

Y así pasaba el tiempo. Ella llamaba una vez a la semana a casa, igual que Sarita. A veces salían el sábado a comer o a tomar café a dar una vuelta para despejarse.

Sí que un día, el día de Acción de Gracias, muchos de los estudiantes se quedaban allí, algunos eran de la otra punta del país, otros los extranjeros, y se hizo una cena para los que se quedaban en el campus.

Se sentaron en la cena y frente a ellas se sentaron dos chicos que nunca habían visto en el campus.

El que sentó frente a Olga, era alto, al menos medía 1,87, era castaño claro, de ojos azules transparentes y era súper sexy como decían ellas. La miró y Olga se puso colorada, y él sonrió.

—¡Hola! Soy Jim Collins, de Texas, bueno de Houston.

—Eso está lejos dijo Sarita. Yo soy Sara mejicana de Tijuana y mi amiga Olga de España, del sur.

—Encantados —dijo Jim.

—Y este es mi amigo Kevin, también de Huston, estudiamos en la misma escuela, nos conocemos desde niños. Ya llevamos aquí unos años, 6 con este para ser exactos. Tuvimos beca de deporte. Baloncesto. Es el último año que estamos.

—¡Vaya qué suerte! —dijo Sarita.

Kevin medía uno ochenta y era rubio con ojos color caramelo.

—Supongo que somos los que estamos más lejos y no nos hemos ido.

—Supones bien.

—¿Os quedáis en verano? —preguntó Kevin.

—Yo me iré en verano, pero mi amiga Olga, se va a quedar.

—Sí, —dijo ella por fin y Jim pudo oír su voz bonita, quiero hacer un par de cursos o uno y puedo trabajar a la vez.

—¿De qué? —le preguntó Jim, mientras Kevin hablaba con Sarita.

—De camarera. No me importa, de lo que sea. He visto que necesitan a gente en una copistería, a las afueras del campus. A lo mejor encuentro unas horas allí y con eso pagarme el curso.

—Pero te tendrás que quedar fuera, en las casitas que hay.

—Si hago los cursos y los pago no, pero puedo quedarme fuera si me sale más barato. Ya veré, porque en verano esto no es gratis.

—¿Qué haces? —le preguntó Jim.

—Medicina, Oncología, ahora el primer curso del máster.

—¡Joder chica!

—¿Qué pasa?

—¿Pero qué edad tienes? Creía que eras de primero.

—No, tengo 23 pero he estudiado desde los 17, iba adelantada casi un curso.

—Entonces, te queda un año más y este.

—Sí, exacto.

—¿Y qué piensas hacer después?

—Quiero presentarme a investigar en el Monte de Sinaí de Nueva York o en el hospital de Houston, el MD Anderson Center, que es el mejor del mundo en Oncología.

—Bueno, si vas allí, quizá así podemos vernos.

—Puede. ¿Y tú, qué haces?

—Ingeniería, mi padre tiene una empresa petrolífera, pero tenemos también un rancho a las afueras de Houston.

—¿Un rancho de qué?

—De caballos, hacemos pequeños rodeos, la gente puede pasar un fin de semana, tiene casitas de diferentes épocas y la gente lo pasa bien. Se puede montar a caballo y hacer rutas y comer estupendamente. Tiene una gran tienda también, ya sabes, todo texano.

—¿La lleva tu padre?

—Mi hermano mayor Connor y mi madre Luci.

—Y tú, ¿Qué harás?

—Aún no lo sé, supongo que me gusta más la oficina.

—¿Es grande?

—Tiene 10 plantas en el centro de Houston. Un edificio entero.

—¿Diez plantas? ¿Qué pasa, eres rico?

—Buscas un novio rico?

—No necesito un chico rico.

—Debes ser la única.

—Pues soy la única, quiero ser independiente.

—Me parece bien, es tu último año.

—Sí, terminamos el máster este año y a trabajar.

—¿Y tu amigo Kevin también es rico como tú?

—No, si mi padre me da una parte de la empresa, lo contrato. Se necesitan ingenieros.

Esa noche se rieron mucho y los cuatro se fueron de copas y a bailar.

—Toma —le dio un vaso Jim.

—¿Qué es eso?

—Un gin tonic.

—No bebo Jim.

—Mujer es un día especial, vamos. Pequeña.

Olga y Sarita eran bajitas, de pelo oscuro y largo y ojos color miel claro Olga y Sara negros como el carbón y con sus rasgos mejicanos.

Eran bonitas.

—Para mí Olga, —le dijo Jim a Kevin.

—Cabrón, a mí también me gusta.

—La he visto primero.

—Me la llevo a la habitación.

—Y yo me voy a la de ella —dijo Jim.

—Joder si hay suerte! —dijo Kevin.

Y esa noche Olga cogió un puntillo, porque jamás bebía, Jim la acompañó a su habitación.

—¿Y Sara? —le dijo.

—Está con Kevin, ahora vienen.

—Eres guapo. Tienes unos ojos preciosos. —Y Jim se reía.

—¿Sí?

—Sí, muy guapo.

—Tú sí que eres bonita y la abrazó y la besó y ella se colgó en su cuello y lo besó también. Y fue el primer beso que el dieron y el la tumbó en la cama besándola y al final la desvistió.

—Jim..

—¿Qué pasa bonita? —mientras le lamía un pezón y ella gemía.

—Nunca lo he hecho.

—¿No?

—No.

—¿Eres virgen?

—Sí.

—Tendré cuidado, ¿quieres hacerlo?

—Sí, contigo.

Y Jim de 25 años, hizo el amor por primera vez con una chica virgen y fue muy especial, era perfecta. Era tan guapa...

Hicieron el amor unas cuantas veces en la noche y se quedó con ella a dormir.

Sara se quedó con Kevin a dormir también.

Y al día siguiente se despertó Olga por la mañana y pegó un salto.

—¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho?

—¿Qué pasa? —dijo Jim.

—He hecho el amor contigo.

—Sí, pequeña, ¿te arrepientes? y él la abrazó por sus pechos. Ummm..

—No sé, tengo miedo.

—Ven aquí, tenemos el puente para practicar.

—Jim, es que...

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado?

—Sí, mucho, pero tengo miedo.

—¿Por qué?

—Por qué he venido a estudiar.

—Y nosotros. Pero si quieres podemos vernos los fines de semana solo.

—Sí que quiero.

—¿Entonces?

—Entonces... —acarició el pecho de hombre joven creciente.

Y ese primer año, se intercambiaban en las habitaciones, estudiaba a fondo durante la semana y los fines de semana, el sábado y el domingo hasta mediodía estaban con ellos, hacían el amor, era la chica más feliz de la tierra, ella y Jim aprendieron a amarse a su manera, a hacer el amor como ellos querían, salían y lo pasaban bien, a Jim le encantaba besarla, pero llegaba fin de curso y ellos se iban.

—Pequeña vente el año que viene a Houston. Te voy a echar tanto de menos...

—No depende de mí, sino de la beca.

—Tienes mi teléfono.

—Vale, estaremos en contacto.

—Si quieres...

—Es un año Jim.

—Pero no vayas a llorar mi niña.

—Sí, porque te voy a perder.

—No te olvidaré boba.

—Un año pasa pronto.

Pero cuando se despidió de todos, se quedó tan sola, hasta que volviera en septiembre Sarita.

Ella también se había enamorado de Kevin.

Y se abrazaron llorando.

—¡Ay, Sarita!, te voy a echar de menos.

—Pero hemos sacado buenas notas y nos han renovado la beca.

—Nos ha sobrado más de la mitad de este año.

—Tienes razón.

—¿Has buscado trabajo?

—Sí, en la copistería, me quedaré fuera en un apartamento pequeño es un estudio, cerca del trabajo y vengo a hacer los dos cursos. Son por la noche. Casi tengo para pagarlos con lo que gano si ahorro lo suficiente.

—Yo me voy, quiero tener unas vacaciones.

—Te echaré de menos.

—Son dos meses, loca.

Y el verano fue largo, hablaba con Sarita a veces y al principio con Jim, pero al terminar el verano terminaron las conversaciones y ella no quería molestarlo porque su padre le había dado una dirección en la empresa y siempre estaba ocupado.

Llamaba a sus padres también todas las semanas, y les decía que estaba contenta. Pero no lo estaba. No era eso lo que su familia esperaba de ella. Ni ella misma.

Y su secreto bien guardado en su vientre. Se había quedado embarazada de Jim, pero al cortar este la comunicación, ella también lo hizo. Y tenía que pensar qué hacer, pero esperaría a Sarita y hablaría con ella, porque ya no podría quedarse en una habitación, sino en una de las casitas para los estudiantes.

Debió quedarse al irse, a finales de junio, porque a finales de agosto estaba de dos meses y quedaba una semana para que viniera Sarita, había ido al ginecólogo y se lo había confirmado.

Pero no diría nada a nadie, ni a sus padres ni a nadie. Tenía un miedo horrible a todo. Su mundo se desmoronó. Se quedaría en ese estudio y pondría una cuna y una mesa. Y se quedaría fuera del campus. Tendría a su bebé y haría su máster como se llamaba Olga.

Cuando volvió Sarita, la miró.

—¿No te vienes al campus conmigo?

—No Sarita, tengo que contarte algo...

—Dime...

—¿Te llama Kevin?

—No, poco a poco fue espaciando las llamadas.

—A mí tampoco Jim, igual que Kevin.

—Deja eso, Olga, se terminó el curso y se terminó todo. Suele pasar. Es normal.

—Sí, tienes razón, pero yo no he terminado, estoy embarazada de dos meses, de Jim.

—¿En serio?

—Sí.

—Pues me quedo contigo fuera. Cogemos una casita de dos dormitorios.

—No puedes hacer eso. Puedo coger de uno. Si te quedas conmigo, la pago yo y no hay discusión. La comida la tenemos. Y no puedo permitir que pagues.

—Está bien. Sí, lo tendrás en marzo y necesitas los apuntes y ayuda. Y te recogeré los apuntes.

—Venga vamos a buscar antes de que venga todo el mundo y nos la quiten, hay al lado, ¿buscamos, quieres? De las más cercanas. Así tendremos más tranquilidad para estudiar.

—¿Estás segura Sarita?

—Pues claro.

—Gracias amiga —dijo llorando.

—Venga, déjate de llantos y a por lo nuestro.

Y al final encontraron un apartamento de dos dormitorios con sus mesas de estudio, un baño y un saloncito con cocina. Pero comían en el comedor.

Se enfrascaron en sus estudios hasta que, en marzo, dio a luz un niño, Jim Collins.

Estuvo un mes y medio sin ir a clase, en que Sarita iba al campus y le traía los apuntes hasta acabar el curso, en que dejaron al pequeño en una guardería para hacer los exámenes, y aprobaron ambas su máster con las notas que siempre sacaban.

Se habían esforzado mucho ambas, horas de sueño el pequeño. Le debía la vida a su amiga.

El tiempo había pasado rápido, y su hijo tenía ya tres meses.

—¿Y ahora qué, Olga? ¿Qué piensas hacer?

—Esperar la carta a ver dónde me mandan en la investigación o me la niegan.

—¿Cuántos años son?

—Tres y luego puedes trabajar, aunque de investigadora te puedes quedar y ganar un buen sueldo.

—Igual que yo —dijo Sarita.

—O nos vamos a Nueva York o a Houston.

—¿Cuándo nos vendrá la carta?

—En menos de una semana deberían estar aquí.

—Olga...

—Dime Sarita.

—¿Y se lo vas a decir a Jim?

—Si me toca a Houston, sí, lo llamaré, si no, esperaré unos años y si me cogen en Nueva York,

pediré traslado allí.

—¿Y si está casado o sale con alguien o tiene novia?

—Pues bueno, también tiene un hijo, y es igual que él y se llama como él.

—¡Ay, Dios Olga! ¡Ojalá nos tocara en el mismo sitio!

Pero no hubo suerte, se las dieron a las dos y eso ya era una gran alegría, pero las separaron. A Sara le dieron un puesto de investigación en el hospital Monte Sinaí de Nueva York con un buen sueldo 12.000 dólares.

—¡Ah, Dios! ¡Qué bonito!

—A ver tú...

—Tengo miedo de abrirlo. Si no me la dan...

—Vamos.

—El MD Anderson Center de Houston. Es el mejor hospital oncológico, 15.000 dólares mensuales. Tengo que estar allí en un mes.

—Y yo en Nueva York, pero está más cerca. Puedo ir en tren.

—Vamos mañana a por los títulos y al menos tengo casi 50,000 dólares.

—¿No vas a decirles a tus padres lo de Jim tampoco Olga?

—No, no puedo, más adelante.

—¡Ay, Dios mío mujer! Si Ya tienes trabajo...

—Venga, vamos a ir recogiendo, y voy a ver un apartamento Airbnb mientras busco algo en Houston.

—No vamos a vernos.

—Pero me llamarás. Y sí que nos veremos.

—No voy a ver a mi niño Jim. Se emocionaba Sarita.

—Cuando la tita Sarita te vea, serás un gran hombre.

—No dejemos de llamarnos.

—No, nunca, Sara. Si no hubiera sido por ti...

Y a los tres días se separaban.

Cuando se lo dijo a sus padres, su madre le dijo que cada vez se iba más lejos. Que llevaban dos años sin verla y ella les decía que en un par de años iría a verlos. Tenía que tomar conciencia en el trabajo. Pero que hablaban por videoconferencia todas las semanas

Ella tomó un avión a Houston con lo imprescindible. Total, tenía que comprar todo ahora para el niño.

En tres días encontró un apartamento cerca del hospital, a unos 20 minutos andando, no tenía que coger autobús, con un dormitorio y tenía tiempo de buscar guardería para Jim y asentarse. Ya buscaría algo para vivir. Ese era vacacional y le costaba un dinero al día.

Llamó a sus padres y se lo dijo, que había llegado.

—Dios mío hija, gracias a Dios.

Houston, era una ciudad grande, alegre, luminosa y el taxista la dejó en su apartamento. el portero le dio las llaves.

Bañó al pequeño y le dio de comer, lo tumbó en la cama con una almohada y la pegó a la pared para que no se cayera.

No llevaba apenas nada. Cuando tuviera su apartamento compraría todo.

Se dio una ducha y pidió que le llevaran una hamburguesa.

Se despertaron tarde y lo cogió en brazos y lo primero que hizo fue ir a comprar un cochecito para el pequeño. Con sábanas y demás y después fue a desayunar, le dio el biberón y fueron a una inmobiliaria a ver apartamentos cerca del hospital y guarderías.

Fue una mañana estresante, pero encontró las dos cosas que quería, las más importantes.

Un apartamento precioso, a veinte minutos del hospital, en una planta 12, amueblado, y reformado, todo nuevo, recién pintado y limpio. Porque lo quería así por el pequeño.

Una de las habitaciones era un despacho y ella dejó al niño en su cuarto de momento.

Y una guardería al lado del apartamento.

Al día siguiente lo llevó y se fue de compras hasta que dejó el piso en dos días como quería.

Una cunita pequeña, todo lo necesario para el pequeño, comida en el frigorífico, productos de aseo y limpieza, todo cuanto le faltaba a su niño y a ella, se gastó un poco de dinero, pero no importaba. Móvil nuevo con el mismo número, llenó su despacho, su vestidor, compró una bañerita para Jim.

Todo estaba listo y organizado. Y aún le quedaban dos semanas e iba a descansar con el niño en la guardería.

Se acercó al hospital la semana siguiente cuando descansó, al menos una, y recicló su cuerpo que también lo necesitaba, pies. Manos uñas, láser, peluquería...

Le hicieron el contrato, le enseñaron la planta oncológica y el laboratorio de investigación donde ella iba a trabajar, los compañeros, su mesa con un pequeño despacho abierto al lado y solo tenía diez días más para entrar, para descansar y empezar su trabajo en septiembre.

La guardería de su hijo era estupenda, algo cara, pero le iba bien para el trabajo, ya que entraba a las siete y salía a las tres, de lunes a viernes. Al ser investigadora, no tenía turnos, y eso le encantaba porque ese era el horario de su hijo en la guardería, con las comidas. Solo ella le daba la cena y su baño. Y pasarían juntos los fines de semana.

Podía permitirse vivir así, y le sobraba la mitad del sueldo.

Era feliz, porque allí estaba Jim, el padre, de su hijo y en esos días debería llamarlo, investigarlo, la empresa la familia.

Y eso hizo, lo que encontró en internet, era una barbaridad. Los padres de Jim, no eran ricos, sino millonarios. De la alta sociedad, aunque bien poco le importaba eso a ella.

El edificio donde estaba la empresa, fue a verlo y era una torre acristalada, enorme.

Salían en los periódicos hasta el rancho y en las revistas del corazón, no pasaba desapercibido. Estaba guapo. Había pasado más de un año, ahora tendría 26 años y era todo un chico trajeado que se veía en las fiestas de sociedad y en discotecas lujosas.

Se hizo la fuerte y lo llamó

¿Cómo iba a decirle a un chico así que vivía de esa manera que tenía un hijo suyo? Lo veía siempre con una chica rubia alta y guapa. Y en las revistas se decía que era la novia de Jim Collins, Megan Williams, hija de otro petrolero famoso. La unión de las empresas haría tambalear la bolsa. Y no quiso saber mucho más.

Ella sobraba allí de momento.

—Dejaría que Jim tuviera su vida de rico y joven y cuando tuviera 30 años, le diría cuanto tuviera que decirle. Antes estaba su hijo y su trabajo, su familia y ella misma.

Así que... Adiós Jim. Hasta dentro de un tiempo.

CAPÍTULO DOS

Cinco años después...

Habían pasado cinco años y ese mismo día cumplía su pequeño cinco. Ella tenía 28 años y era ya fija en el hospital de Houston como investigadora. Le habían ido subiendo un poco el sueldo y estaba pensando en comprarse una casita que había visto, pequeña y preciosa. Se había comprado un coche. Su hijo iba ya al colegio ese año. Era igual que Jim.

Y al año se estar en Houston, su amiga Sarita se fue la mitad de sus vacaciones con ella para que ella pudiera ir a ver a su familia. Y Sara se quedó con Jim.

Lo metes en la guardería y ves la ciudad y los alrededores. Ya saben que tú lo recoges.

—Estás loca, amiga, mira que no decirles nada a tus padres...

—Aún no.

—Ni a Jim.

—Tampoco.

—Bueno, solo estaré unos días y vuelvo, así puedo estar otros cuatro años sin que me echen de menos o se mosqueen.

—Bueno, al menos tengo a tu niño.

—Nada en Nueva York.

—Nada hija, aunque hay un investigador que me gusta. Es mejicano, ¿sabes?

—¿En serio? Bueno, quizá tengas suerte.

—Ya veremos cuando vuelva. Es que es tan tímido...

—Mujer, dale caña.

—Voy a tener que hacerlo.

—¿Y Jim?

—Sale en sus revistas como siempre, ha cambiado de novia como de camisa, ahora está de nuevo con una hija de un petrolero.

—La misma.

—No, otra.

—¿Qué edad tiene ya?

—27 años.

—¡Vaya por Dios!

—Bueno, me voy, cuida a mi niño.

—Lo haré tranquila.

Visitó a sus padres y estos encantados.

—¿Solo diez días, hija?

Solo, no puedo quedarme más.

—Tienes que conocer a Alba, la novia de Raúl.

—Esta noche cenamos juntos, todos, tenemos una ruta.

—Perfecto, a eso vengo.

—¡Estás más mujer! Más guapa...

—Más mayor, dirás.

—Has cambiado, hija, para mejor.

—Mamá he cambiado en tres años, es normal.
—Te queremos tanto... —Tenía tantas ganas de verte, pero estás en el quinto pino.
—Me encanta mi trabajo de investigadora.
—¿En serio?

—Sí. Es estupendo. La investigación es lo mío.

Y allí pasó diez días estupendos, mientras Sarita cuidaba a su hijo, luego se quedó cinco días más y salieron de copas y de discotecas.

—Mira que si los encontramos...

—Ellos van a sitios más exclusivos, con pase hija...

Y de nuevo se despidieron con lágrimas en los ojos.

—Gracias Sarita, siempre estoy en deuda contigo.

—Sí, por eso tienes que venir a Nueva York.

—Iré, espera que crezca Jim un poco.

—¡Está bien!

Y Jim estaba loco con sus regalos de cumpleaños, sus amigos del cole, sus globos, había caído el día en viernes por la tarde y partió su tarta y terminó muerto cuando sus amigos se fueron.

Le dio una ducha a conciencia y lo acostó en su cuarto. Había mandado pintar el apartamento y le compró un cuarto infantil y muebles nuevos, todos, y el despacho lo puso en el salón con una mesita para Jim que quería hacer los deberes al lado de su madre.

Limpió la casa, porque estaba pegajosa de los chicos y terminó casi a las once de la noche, se dio una buena ducha, y se hizo un café con un trozo de tarta para descansar al menos un cuarto de hora, estaba molida, con los niños.

En ese momento le sonó el móvil.

Y se sorprendió, porque era de España. Era el mes de julio y quedaban tres días para que terminara. Ella cogía vacaciones en agosto y pensaba ir a California con el pequeño a la playa.

—¿Sí? —dijo asustada.

—Hija...

—¿Papá? ¿Qué pasa? Me estás asustando a estas horas.

—Tengo que hablar contigo.

—Dime —dejó el café y la tarta en la mesa.

—Es tu madre.

—¿Qué le ha pasado a mamá?

—Tiene cáncer?

—¿Que tiene cáncer?

—Sí, hija, estoy agotado y ella también.

—¿Pero desde cuándo?

—Desde hace casi un año.

—¿Un año y no me habéis dicho nada?

—Por Dios papá...

—Ella no ha querido decírtelo.

—¿Pero qué tipo de cáncer?

—De ovarios, le han hecho ya de todo, la han operado, pero le ha salido de nuevo y te llamado

porque...

—Papá no entiendo cómo siendo oncóloga no me lo habéis dicho, pero si he hablado con ella...

—Sí, hija siempre ha disimulado siempre.

—¡Joder papá! ¿Y ahora cómo está?

—Te llamo porque nos han hablado del hospital donde tú trabajas. Hay un método nuevo en fase experimental que ha dado buenos resultados en cien mujeres.

—Sí, lo sé.

—¿Hay un nuevo medicamento para ese tipo de cáncer? ¿Es cierto?

—Sí, papá, trabajo e investigo en ello, estamos haciendo pruebas, pero no hay resultados convincentes aún.

—Quiero que tú madre lo pruebe, es la última oportunidad que le dan. Haré lo que sea necesario, aunque tenga que pedir una hipoteca y un préstamo.

—¿Te han dicho cuánto cuesta?

—La estancia y las pruebas y todo, son seis meses, pero yo no puedo irme seis meses cielo, ni tu hermano, tú estás allí, y ella se quedará en el hospital. Así todo el dinero irá para eso, porque los viajes son muy caros para ir y venir.

Y ella se calló un momento.

—¿Qué piensas hija?

—¿Tienes el dinero?

—Sí, tenemos ese dinero ahorrado y en todo caso pediría un préstamo. ¿Tú te encargarías de pedirle cama y todo lo necesario?

—Voy a gestionarlo mañana, no te preocupes papá. Tengo agosto de vacaciones. Mándame el dinero por bizum, ¿tienes? De todas formas, supongo que tendremos que pagarlo para reservar la cama. Pero preguntaré el total aquí.

—Sí.

—Toma la cuenta, te la envío por WhatsApp.

—Te mando más por lo que necesites.

—No necesito, yo tengo, pero seguro que tendremos que pagarlo. En tres días voy a por ella y me la traigo. Hablo con ellos y preparo todo.

—¿Vendrás tú? Hija, eso es más gasto.

—No te preocupes de nada, preparo todo hablo con el director que lo conozco y voy a España, me la traigo, no te preocupes de nada, yo me hago cargo en cuanto termine el trabajo estoy con ella. Tú solo la llevas a Málaga en cuanto te lo diga. Para no perder tiempo. Yo me encargo de los billetes.

—Gracias hija. Ahí llevas para los billetes.

—¡Ah, Dios! Está tan lejos que todos no podemos ir, pero no podemos perderla, mi niña. No me puedo quedar solo.

—Y no la perderemos.

—No te preocupes. Mañana te llamo, ¿Dónde está ella?

—En casa. He salido a la playa para que no me oyera.

—Yo saco los billetes de ida y vuelta en primera o veré en el avión cómo podemos traerla.

—¡Está bien, hija!

—Tengo un amigo, creo que tiene un avión privado.

—Hija...

—Haré lo que tenga que hacer. Espera mi llamada.

Al día siguiente tras el trabajo, fue a hablar con el director, ya dejó dicho en la guardería por la mañana que iría más tarde a por Jim ese día.

Hizo todas las gestiones y tenía en tres días reservada una habitación para su madre y medicarle la nueva investigación.

Tuvo que pagar todo, y lo pagó por adelantado como ella sabía que iban a decírselo por la estancia y las pruebas y todo. El hospital era un auténtico hotel, habitación privada y todo privado. Incluso podías contratar una enfermera o auxiliar si faltaba algunas horas, que era lo que penaba hacer. O descansar, porque si no... Ella sola terminaría para entrar como enferma allí.

Una vez hechas las gestiones, aún le quedaba un día de trabajo y empezaría sus vacaciones.

Se fue a la guardería con toda la documentación, que metió en una carpeta en cuanto llegó a casa con Jim.

Tomó a Jim, le hizo una maleta con su ropa y una lista con su guardería, y lo que hacía durante el día, lo bañó, le dio de cenar, lo metió en el coche y fue al apartamento de Jim Collins padre, sabía todo de él, y esperaba que a esas horas de la noche estuviera solo. El niño, ya había comido e iba con su pijama.

—¡Hola Jim! le dijo cuando le abrió la puerta...

—¿Quién?... ¿Olga?

—Sí, soy yo, ¿Puedo pasar?

—Sí, pero... ¿Cómo me has encontrado?

—Llevo ya cuatro años aquí, sé todo de ti. ¿Estás solo?

—Sí, claro, pasa. ¿Tienes un hijo?

—Sí, tengo un hijo y mejor que estés solo, porque te necesito, es una urgencia, si no, no hubiera venido a verte nunca, creo yo.

—Pero si hace cinco años que no nos vemos...

—Sí, los he contado día a día.

—¿Y este niño?

—Es tu hijo, Jim Collins, viene dormido.

—¿Estás loca Olga?

—No, estoy muy cuerda. Lo he criado durante cinco años y necesito que lo cuides seis o siete meses.

—Pero Olga, ¡esto es una locura! sí que lo es.

¿Pero dónde vives?

—En Houston, aquí —y le dio la dirección.

—¿Y no has podido venir a verme antes?

—¿Con tantas novias que tienes? Tengo un trabajo y tengo un hijo que cuidar, y tú tienes una vida de trabajo y social bastante completita. No creo que tengamos lugar ni Jim ni yo. Además, he leído que te comprometes en dos meses en el rancho de tus padres.

—Sabes cómo son las revistas del corazón.

—Te he visto personalmente Jim, pero eso no me importa, no vengo a echarte nada en cara porque para mí, solo eres el padre de mi hijo, con el que tuve un error en Harvard.

—¿Y ahora no lo quieres?

—Más que a nadie en el mundo.

—¿Y por qué quieres que lo tenga yo seis o siete meses?

—Porque mi madre tiene cáncer?

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, agua.

—Bueno siéntate y me cuentas.

Y ella le contó cómo vivía y lo que tenía su madre.

—¿Y no se lo has dicho?

—No y además no vendrá a mi casa nadie, me la llevare igual que me la voy a traer, del aeropuerto al aeropuerto con lo cual no verá nada de Jim. Aquí tienes unas copias de la llave de mi apartamento, por si se me ha olvidado algo o necesitas algo para Jim. Ya sabes la dirección, su colegio, los horarios. Van en este, sobre todo.

—Espera que la anote.

—Pero Olga, esto es una lo cura, el niño no me conoce, no tengo a nadie.

—Lo contratas, lo llevas a la guardería, son seis o siete meses. Y me das tu teléfono para llamarlo.

—Tengo el mismo.

—Vale. Aún lo conservo.

—Si no puedes que lo cuide tu madre en el rancho, o como yo hago una guardería, puedes dejar de salir por tu hijo seis meses.

—Pero voy a comprometerme dentro de dos meses, habrá una fiesta en el rancho, no puedo.

—Podrás, vaya si podrás. Me importa una mierda tu compromiso con quien sea, a partir de ahora te harás cargo de tu hijo y me pagarás lo que me debes, cinco años y te quedarás con él y lo cuidarás porque es tu hijo, ¿Está claro?

—¡Está bien, tranquilízate!

—Otra cosa...

—¿Qué quieres?

—¿Tienes un avión privado?

—Sí, ¿Por qué?

—Quiero que lo medicalices y me lo prepares para pasado mañana destino Málaga, España. Allí habrá una ambulancia con mi madre y ni saldré del avión hasta llegar al hospital donde trabajo de vuelta, El MD Anderson. Ya lo tengo todo preparado. Le van a probar un nuevo medicamento.

—¿Sabes lo que cuesta medicalizar un avión privado?

—Descuéntalo de lo que me debes de tu hijo.

—¡Está bien! Lo tendrás en el aeropuerto, pasado mañana por la tarde a las cinco una médica, una azafata con tu nombre y dos pilotos. De ida y vuelta.

—Gracias.

—¿Me dejas al niño?

—Tengo que hacer la maleta.

—Pero es de noche.

—Tengo agosto libre, pero estaré con mi madre. Hasta que no la deje de nuevo sana y salva en Cádiz, no vendré a por mi hijo.

—Volveré a por mi hijo. Dijo llorando, así que cuídale que también es tuyo.

—Olga, Olga, te vas, ¿No comes?

—No me apetece.

—Voy a preparar la documentación, un pequeño bolso y pasado mañana a las cinco en el aeropuerto.

—Daré orden por la mañana temprano y llevaré al pequeño al rancho con mi madre hasta

ponerle una habitación en casa.

—A las cinco.

—Perfecto.

—Gracias Jim, cuando esto acabe, me llevaré al niño y no te molestaré más.

—¡Es mi hijo!

—Vas a casarte, y tendrás los tuyos propios. Me voy.

—Suerte con tu madre. Cualquier cosa que necesites, me llamas.

—Cuida a Jim, si no te fías hazle una prueba de ADN, aunque es igual a ti.

—Con mi apellido.

—Por supuesto y el mío. Nos vemos.

Y le dio un beso al pequeño.

Cogió su coche y fue llorando a casa. Cuando llegó, empezó a hacer una lista de los documentos y su padre le daría allí todos los informes médicos por los que había pasado su madre.

Hizo un bolso y se duchó y se llevó al día siguiente el coche al trabajo, porque en cuanto saliera, tenía sus vacaciones, llamaría a su padre y prepararía todo para el día siguiente en que se iba al aeropuerto. Allí la esperaba el avión privado de Jim.

Jim cumplió su palabra, avión privado medicalizado, una médica, una azafata y dos pilotos, a su disposición. Sus padres ya tenían preparada una ambulancia para que la llevaran a la hora que los pilotos dijeron que tenían previsto aterrizar el Málaga.

Ella le mandó un mensaje y le dio las gracias.

Y le preguntó por el niño esa mañana antes de irse.

—¡Está loco! Lo he llevado al rancho, tiene un poni y un dormitorio y en casa le tengo otro. Mi madre dice que lo llevarán al colegio solo el horario del colegio, así que una de las chicas que trabaja allí, se hará cargo de él, le encanta, miles de juguetes y toda una revolución ha causado.

—¿Y tu novia?

—¿Te interesa?

—Sí, puesto que mi hijo puede estar con ella.

—Eso va a ser un problema.

—¿Por qué?

—Porque es mi hijo.

—Bueno como es tuyo, lo cuidas por favor, Jim. A ella que no la conozco no voy a pedírselo. Son solo unos meses y por un buen motivo.

No te preocupes. Está muy feliz y es el primer día, ha preguntado por ti, Pero le hemos dicho que estarás en el trabajo muchos días.

—Mis padres están alucinados con su primer nieto y mi hermano loco.

—¡Vaya! ¡Qué suerte tengo!

—Sí, hablaremos a la vuelta.

—¡Está bien!

Después de horas de un largo viaje de ida, ella ni salió del avión, fue su padre el que entró a abrazarla y a ayudar a colocar a su madre, con un permiso del aeropuerto y una azafata que lo acompañaba, y a decirle que si necesitaba dinero que se lo pidiera y que le diera las gracias a su

amigo.

—Se las daré de tu parte.

—¡Mamá, por Dios, no decirme nada!

—Hija no quería molestarte. Y la abrazó llorando.

—Ya verás que te vas a poner buena. Yo te cuidaré, tengo un mes de vacaciones y luego estoy en el hospital contigo. Meteré a una chica algunas noches para descansar y por las mañanas, ya nos apañaremos, papá me ha dado dinero y tengo para todo, y además yo tengo ahorrado algo, por si nos hace falta.

—Señora nos vamos— dijo uno de los pilotos una vez que habían repostado.

—Papá, te llamaré.

—Llámame hija.

—No te preocupes.

—Dale las gracias a Jim. Si no fuera por él, no iría tan cómoda. Ha sido todo un detalle.

—De tu parte. Te voy informando.

Y el avión levantó de nuevo el vuelo.

La azafata le puso de comer y la médica se encargó de su madre, estuvo mirando los informes médicos.

Y cuando su madre se quedó dormida...Habló con la enfermera.

—¿Qué tal la va?

—Bueno, esperemos que, si este nuevo medicamento funciona bien, no vuelva a salirle más, se han probado en 100 mujeres con buenos resultados al igual que está su madre.

—¡Ojalá!

—Es largo y costoso, es cansado, es doloroso, pero estará la mayor parte del tiempo sedada, también se lo digo, para los dolores, sobre todo los más fuertes, los tres primeros meses, luego irán remitiendo poco a poco.

—Sí, estoy en el equipo de investigación del proyecto. Soy Oncóloga, pero trabajo en el hospital, en investigación.

—¡Ah estupendo!

—Pero no sabía la reacción en las mujeres. Solo que algunas lo han superado y otras no.

—El 90% lo ha superado. Claro que no tenían metástasis en otros órganos. Tu madre no tiene, por lo tanto, es una paciente perfecta para el ensayo.

—Menos mal.

—Descanse, atrás hay una cama y un baño por si quiere ducharse, también, yo me quedo en el sillón reclinable con su madre y la azafata.

—Gracias, lo necesito, llevo unos días. En la ida ni descansé siquiera.

—Por eso.

—Gracias.

Era la primera vez que se daba una ducha en un avión privado y se acostó en una cama amplia. Se puso unas mallas y una camiseta de manga corta y estuvo durmiendo toda la noche.

Por la mañana se lavó la cara y se hizo una cola alta, y salió a desayunar.

—¡Hola, mamá! ¿Has descansado?

—¡Hola, hija! Sí, estoy bien, anda desayuna algo, yo he desayunado un poquito que me ha puesto la médica.

—¿Cómo estás?

—Bien, tengo puesta medicación y me calma.
—La azafata le puso un buen desayuno.
—¿Cuánto nos queda?
—Un par de horas, ya estamos en Estados Unidos.

Cuando aterrizaron, había una ambulancia preparada y allí estaba Jim.

—¡Hola Olga! ¿Qué tal el vuelo?

—Largo y cansado. No hacía falta que vinieras, tienes trabajo.

—Ya no es necesario nadie, te he pedido una ambulancia y te vas con ella tú sola, voy detrás con mi coche.

—Pero si no hace falta, Jim...

—El niñ...

Y ella le tapó la boca.

Y él se quedó callado.

Y Olga, se acercó y le dijo despacio al oído:

—Mis padres ni nadie de mi familia saben que tengo un hijo.

Y Jim se quedó con la boca abierta.

Eso tendrían que hablarlo, ¿Por qué? se preguntó él.

—Voy detrás —dijo sin más.

—¡Está bien!

Cuando llegaron al hospital con la ambulancia, el historial, y toda la documentación que ella les dio, le tenían su habitación reservada y preparada y la llevaron, planta 15, habitación 1550.

La enfermera le dijo que salieran.

—Vuelvan dentro de una hora. Vamos a medicalizarla con nuestros medicamentos, a lavarla y ponerle lo necesario para comer.

—Vale —dijo ella —vuelvo en una hora.

Cuando salió al pasillo, le dijo a Jim que tenía que estar fuera mientras la preparaban una hora.

—Venga vamos a comer algo.

—Está bien, estoy muerta y tengo hambre. Al menos he dormido y te vuelvo a dar las gracias. Deja que entre al baño antes.

—En el de la cafetería, Olga.

—Mejor.

Y salieron dieron un paseo de un cuarto de hora y fueron a una cafetería cercana.

Ella entró al baño y se lavó la cara mientras él cogía una mesa al lado de la ventana y miraba la carta.

—¿Qué tal el viaje? — le dijo cuando Olga se sentó frente a Jim.

—Cansado, largo, estresada, triste. No me habían dicho nada y llevaba ya un año. Pero he dormido en esa cama que tienes. Siento si he ocupado el lugar de otra.

—En el avión solo vamos mi padre o yo, me alegro de que te sirviera para eso, ya le están desmontando todo y limpiándolo.

—Gracias de parte de mi familia.

—Me alegro haberlo hecho.

—Si te debo algo...

—Vamos Olga...

—¿Está bien! vamos a pedir, tengo hambre.

Y pidió un plato combinado y una cerveza sin alcohol.

—¿De qué es el cáncer?

—De ovarios. Ya ha sido operada y le sale una y otra vez.

—Estoy en un equipo de investigación y hay una medicación nueva que van a probar, pero dura seis meses.

—Olga si necesitas dinero, me lo pides, ¿sabes?

—Gracias, no creo, ya hemos pagado todo. Quizá dentro de seis meses te pida el avión de nuevo, si está bien, no iré a casa con ella unos días. Depende de si puedo pedir unos días en el trabajo.

—Si no puedes irá una enfermera con ella, si allí está tu padre, no hay problema.

—Gracias. Me quedaré con ella algunas noches, aunque la médica me ha dicho que probablemente esté casi sedada los tres primeros porque la medicación es fuerte y dolorosa. Y me iré el fin de semana casa a descansar y echar un vistazo, y puedo ver a Jim.

— Puedes venirte al rancho. Allí descansarás.

—¿Y tus padres?

—Tendrás que conocerlos, te quedarás en mi casa.

—¿Tienes una casa en el rancho?

—Sí, tanto mi hermano y yo tenemos una. La mía es de estilo español.

—¿Qué casualidad!

—No es casualidad. —y ella no quiso preguntar nada más. Y ella volvió a la conversación de su madre.

—Los tres siguientes irá recuperándose, hasta ahora 100 mujeres se han salvado y no les ha vuelto a salir.

—Me alegro ¡Ojalá sea una de ellas!

—¿Qué edad tiene?

—55 años.

—¿Y lleva dos con tratamiento?

— Uno y pico. Es muy joven

—Sí.

—Te dieron beca de investigación aquí al final.

—Sí, aquí. El niño nació en Cambridge, Sarita se quedó conmigo ese último año para ayudarme en una casita fuera del campus.

—¡Joder Olga!

—Sí, nos dieron la beca a las dos con un buen sueldo.

—¿Y a Sarita?

—En Nueva York, en el Monte Sinaí.

—Es un buen hospital.

—¿Ganas bien?

—Sí, llevo casi 4 años, unos 16.000 dólares, trabajo en el departamento de investigación, vivo bien, en un piso de dos dormitorios a 20 minutos, me compré un coche, aun así, para viajar con el pequeño tengo, ahora mejor que lo llevo al colegio público, antes he pagado guardería. Pero tengo un buen horario y no trabajo los fines de semana, así que estamos juntos. En el colegio ya, y lo dejo y lo recojo, le dan de comer, excepto la cena, así que estoy muy bien.

—Olga por Dios, podías haberme llamado.

—Sí, pude haberte llamado, pero te veía en las revistas con chicas distintas, con hijas de papá, modelos y mírate, tienes ya 30 años y eres un tío rico, recuerdas.

—Sí, recuerdo todo.

—Pues eso, quería que vivieras tu vida y si ahora te vas a comprometer, no hace falta que tengas el niño los fines de semana ni nada cuando todo esto termine, Jim, te lo digo en serio. Solo que me lo cuides estos meses hasta que mi madre me la lleve de vuelta.

—Te dejaré el avión de nuevo.

—No hará falta si va bien.

—Te lo dejaré, no seas testaruda.

—Bueno, si te empeñas...

—¿Tienes novio?

—¿Crees que con un hijo de cinco años puedo tener vida social estando sola?

—Puedes tenerla. Eres una mujer preciosa. No entiendo cómo no...

—Si lo que quieres saber es si me he acostado con otro, la respuesta es no.

—¿No?

—No, me dije que cuando Jim cumpliera cinco añitos, y entrara al colegio, podía dejarlo con una canguro y salir, pero se ha presentado esto, tendré que esperar, no me importa, creo que tú lo has hecho por los dos. Además, soy una persona de tener pareja y tengo que elegir bien, tengo un hijo. Y es el primero en la lista. No puedo elegir a cualquiera que no le importe o no lo quiera.

—Vamos Olga. Tengo 30 años, claro que he tenido relaciones. Y no sabía que tenía un hijo. Y no tengo la culpa de eso.

—Y no me debes explicaciones. Hice lo creí más conveniente para la vida de los tres.

—Tenías 25 años y merecías pasarlo bien. No quería ser un estorbo para ti.

—Bueno, creo que si no hubiese dejado de llamarte... Yo también soy en parte culpable.

—También me hubieses dejado, un hijo pesa. ¿Cómo está?

—Es una preciosidad, es la alegría del rancho.

—¿Y tuya?

—Me emociono ver a alguien pequeño parecido a mí.

—Y tu novia, ¿qué dice?

—No quiere que lo tengamos los fines de semana, ni alternos ni nada.

—Lo imagino, es normal.

—¿Lo ves normal?

—Bueno, si ella lo ve así, que su novio tenga un hijo pequeño, le quita dedicación a ella.

—No me importa lo más mínimo lo que ella piense con respecto a mi hijo.

Y Olga lo miró.

—¿No la quieres?

—Pues no, la verdad. Y menos desde que tengo al niño.

—¿Entonces por qué vas a comprometerte y casarte con ella?

—Porque, así funcionamos las familias de nuestra clase, por las empresas.

—Es lo más ridículo que he oído.

—Lo es, por eso no me voy a comprometer.

—¿No?

—No, he roto con ella, ayer mismo.

—¿Por Jim?

—Sí, por Jim y por mí mismo. Hablé con mis padres y tuvimos una charla, les conté lo que nos pasó, quién eras, como era tu familia, el avión, todo. Dónde trabajas...

—¿Y qué?

—Que en primer lugar está mi hijo.
—¿Te has dado un golpe en la cabeza Jim? —y él se rio con una sonrisa preciosa que ya no recordaba, porque se había convertido en un hombre demasiado atractivo para ella.
—No, no me he hecho nada gracias a Dios. Solo que tengo también agosto de vacaciones y voy a conocer a mi hijo.
—¿Le has dicho que eres su papá?
—Claro, sus abuelos su tío, dice que tiene a tía Sarita.
—¡Ay, Dios!, mi niño...
—Quiere ir a Disney.
—Jim, es muy pequeño.
—Solo unos días.
—Pero...
—Lo voy a llevar.
—Ten cuidado y me llamas.
—Iremos la semana que viene.
—Está bien, le cogeré más ropa.
—Tiene una tienda de ropa en casa. Mi madre se ha encargado y está deseando conocerte, así que cuando volvamos, tienes que ir al rancho.
—¿En serio?
—Sí. Uno de los fines de semana que descanses.
—Gracias.
—De nada.
—¡Joder Olga!
—¿Qué pasa?
—Nunca hice el amor como contigo. Y no has tenido otro. Solo yo.
—¿Me tomas el pelo Jim? No estoy para bromas y lo sabes.
—Ni yo, hablo totalmente en serio.
—No quiero problemas.
—Yo tampoco, pero eres la madre de mi hijo.
—¿Y qué?
—Pues, que, en mi casa, la familia es muy importante.
—Eso ¿Qué quiere decir?
—Que cuando todo pase, nos casaremos.
—¿Estás loco? — casi derrama la cerveza.
—Debo estarlo, pero así somos.
—No voy a pensar ahora en eso, cuando te ibas a comprometer en dos meses.
—Esto es distinto, me gustas, estás preciosa, y me gustabas en la cama, no creo que eso haya cambiado mucho, pero sí que será mucho mejor.
—¿Porque tienes más experiencia?
—Y tú, ninguna, nena.
—Termina de comer texano loco. No estoy para bromas si juegas conmigo.
—Nunca juego con esas cosas.
—No quiero un hombre de revista que salga en ellas con cientos de mujeres y me ponga los cuernos.
—Solo saldré en las financieras.

—¡Cómo me pones!... — dijo ella estresada.

—¿Cómo?

—De los nervios y acabo de verte.

—Cuándo te conocí eras una chica muy buena.

—Pues he cambiado, que te enteres.

—Me gustas más con carácter —y ella resopló.

—Anda, te dejo en el hospital y me voy. Mi niño quiere un beso de buenas noches de su padre.

—Muy gracioso, lo conoces dos días y ya no tiene madre.

—No te pongas celosa, le hablo de ti siempre.

—Por favor, Jim, ten cuidado si te lo llevas.

—Nos veremos antes, mujer.

—¡Está bien!, pagó y la acompañó a la puerta del hospital.

—Dale besos de mi parte a mi niño.

—A nuestro niño.

—Y la cogió por la cintura, bajó su boca a la de Olga y la besó en los labios demorándose más de la cuenta.

—Eres...

—Hasta mañana. Te llamo bonita.

Bonita, bonita, es el tonto de mi vida —iba diciendo ella camino de la habitación de su madre.

Esa noche se quedó con ella, hasta la mañana siguiente,

Por la mañana le dijeron los médicos que podía irse al menos hasta las tres de la tarde porque iban a hacerle toda clase de pruebas y luego la sedarían, estaría cansada al final del día.

—Vendré por la tarde.

—Puede ir a su casa a dormir, estará sedada toda la noche y no habrá resultados hasta dentro de tres días—

—Bueno, vengo a verla una horita y me voy.

CAPÍTULO TRES

Al mediodía llamó a Jim, sabía que estaba en el rancho. Era viernes y el lunes se iba con el chico a Disney. Tenía un poco de miedo, porque nunca se había separado de su hijo, y también de Jim, porque solo había tenido a ese hombre en su vida y jamás había podido olvidarlo, ¿Cómo, si lo veía una y otra vez en las revistas del corazón y financieras?

Era más alto si cabe y era ya un hombre que la miraba como un hombre y la deseaba como un hombre. Lo había visto en sus ojos azules, eso que tanto le habían gustado y seguían gustándole. Se ponía nerviosa a su lado, pero por su madre se hizo la fuerte.

Había tenido de él, una respuesta, mejor que la que esperaba, pero nunca imaginó que rompería su compromiso por su hijo.

La tenía confundida. Y encima, el beso.

Lo deseaba, llevaba ya casi seis años sin sexo ¡joder!

—Jim... lo llamó por teléfono.

—¡Hola guapa!

—¿Cómo está mi niño?

—Jugando como un loco. ¿Estás en el hospital?

—No hoy tiene todo el día de pruebas, irá a las cuatro una hora y me vengo a dormir a casa, no puedo hacer nada si va a estar sedada, al menos descansaré esta noche.

—Muy bien.

—¿Entonces está bien?

—Sí, hace deberes, aunque esté de vacaciones, pero le encanta el sombrero, todo lo rancharo, este nos quita el rancho a la familia —y ella se reía.

—¿Estás bien nena?

—Sí, un poco cansada.

—Voy a comprar algo y me voy a casa.

—Vale, nos vemos descansa.

Y eso hizo, descansar, ir a ver a su madre al hospital y nada, esa hora fue infructuosa porque estaba dormida.

Se tomó un café y un trozo de tarta en una cafetería, y se fue andando a casa, no se había llevado el coche, había dormido toda la mañana.

Se metió en el baño y se duchó, se lavó el pelo y se puso una camiseta larga de tirantes muy por encima de las rodillas para dormir, iba a cenar algo y cuando entró en el salón pegó un salto.

—Por Dios Jim, ¡maldita sea! — Y le tiró un cojín del sofá. Tenía el corazón a mil.

—Mujer, eres una asesina.

—¿Asesina? entras en mi casa...

—Me diste la llave y te estabas duchando, no quise molestarte.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que estarías esta noche y he traído la cena y encima quieres matarme.

—Lo hubiera hecho sí.

—¡No me digas! con tu estatura...

—Con mi estatura te gustaba en Harvard.

—Y me sigues gustando.
—Muy gracioso, ¿Qué has traído?
—Pizzas.
—¿De qué?
—Variadas, no sé las que te gustan, allí nunca pedimos.
—No llevas sujetador...
—No, no llevo, iba a dormir y a ver la tele un rato antes en el sofá.
—Las ponemos en la mesa de tu sofá.
—Sí, yo la pongo, voy a ver qué tienes en la nevera.
—He de decirte Olga, que tu piso es pequeño.
—¿No me digas?
—Tienes le despacho en el salón.
—¿Y qué?
—Y la habitación de Jim es pequeña.
—¿Y qué?, me gusta mi casa, y somos dos.
—Pues tendrás que cambiarte cuando tu madre se cure.
—¿Cambiar me por qué?
—Porque metemos a Jim en otro colegio, bilingüe y privado.
—Mi hijo es bilingüe.
—Dan alemán.
—¿Y qué me importa?
—Que sabrá tres idiomas. Mi casa es más grande.
—Lo sé, he visto parte. De momento lo dejare inscrito en su colegio.
—Va a estar inscrito en dos.
—Mejor. luego se elige.
—Como quieras.
—Bueno, la próxima vez que vayas, te enseño mi casa. Tiene cinco dormitorios, y un despacho, podemos hacer de uno un despacho y una habitación de juegos para Jim y otra para dormir.
—No te van a quedar dormitorios.
—Sí. quedará el de invitados.
—No vamos a hablar de eso ahora, a mi madre le quedan seis o siete meses.
—Es cierto, lo primero es tu madre, pero como me has dicho que me ocupe de Jim..
—Sí que te ocupes y te di las instrucciones. Yo no podré pagar luego ese colegio.
—Pero si lo voy a pagar yo...
—Bueno, no discutamos por favor.
—Vale, vamos a comer las pizzas.
—¿Cerveza?
—Sí.

Cuando acabaron, ella se tumbó y él recogió todo y lo llevó a la cocina.

—¿Qué buen amo de casa estás hecho!
—No te creas. Tengo una chica diaria.
—¿Cómo no lo había pensado? —dijo irónica.
—¿Qué irónica eres! ¿Tienes envidia?
—Sí, mucha.

—¿De que viva mejor que tú?

—Sí, por supuesto.

—Pero no debes tenerla.

—¿Ah no?

—No y se sentó a su lado, la cogió por los hombros y la sentó encima de sus piernas.

—¡Jim!

—Lo siento nena, esta noche eres mía. No he venido a traerte pizzas, que también

—¡Qué tonto eres!

—Lo sé, pero estás tan guapa..., y la besó y no dejó de besarla, hasta que estuvo encima de ella, mordiendo sus pezones, mientras ella gemía y él le quitó el camisón y su ropa y quedaron desnudos como antes.

—No tienes el mismo cuerpo que antes, Jim.

—Menos mal, espero que sea mejor.

—Mucho mejor.

—Como el tuyo, me encantan esas caderas...

Y se puso un preservativo.

—No tiembles tonta.

Pero ella temblaba mientras él se ponía el preservativo y se colocó encima de ella y la penetró despacio mientras ella se aferraba a su espalda y lo recibía como si fuera la primera vez.

—Estás estrecha nena, como la primera vez.

—Sí, relájate o me voy a correr enseguida preciosa me estás estrangulando y no te aguanto nada.

Se besaron y él tocó y lamio sus pechos, mordía sus pezones y sí que ella notó que había cambiado, era besar el cielo con ese hombre y él supo cuando tuvo su primer orgasmo y siguió hasta arrancarle otro.

—¡Ah, Dios!, ¡Ay, Dios!

—Pequeña eres mía, siempre has sido mía y siempre lo serás.

—Déjame que respire...

—Voy al baño.

Y al volver, se echó con ella en el sofá tocándole y pellizcándole los pezones.

—Ha sido mejor que nunca y mejor que con ninguno.

—Seguro.

—¡Qué mujer más desconfiada! no te lo diría si no fuese verdad.

—Estoy celoso, ¿en serio no te has acostado con nadie estos años?

—Con ninguno y en todo caso la celosa sería yo y no lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque no teníamos nada, ni tenemos.

—Tenemos un hijo, y esta noche.

—¿Y el niño?

—Está con su abuela, tengo que estar con su madre y tenerla contenta.

—Ella besaba su barba.

—Estás guapo con esa barba.

—¿Sí? ¿te gusta?

—Ahora todos llevan barba, pero tú eres guapo.

—Ay ven aquí nena y se la puso encima y se puso otro preservativo.

—Y entró en su cuerpo.

—¿Quieres matarme esta noche?

—Sí, y recuperar nuestro pasado.

—Ese ya no va a volver.

—Pero tenemos un buen presente.

—¡Ah, Dios Jim!

— Joder Olga, no tan rápido...

—¡Oh, señor!, me gustas más que cuando eras inexperta.

—Tengo competencia y él se reía peor gemía con los movimientos el cuerpo de Olga.

Luego él entro en sus nalgas y ella de derramó en sus manos y ella lo metió en su boca y se derramó en ella.

—Es hora de irnos a la cama pequeña.

—Vas a acabar conmigo esta noche.

—¿Te has vuelto un obseso sexual?

—No he tenido tanto sexo en una noche, te lo juro, y tampoco te lo creerás.

Y se la llevó a la cama.

La cogió por detrás y entró en ella de nuevo.

—Por dios Jim... ¡Ay, madre mía!

Por la mañana lo hicieron en la ducha él la cogió a horcajadas y entraba en ella y salía, hasta desmoronarse.

Le encantaba besarla y se demoraba.

—Tengo que irme nene.

—Y yo al rancho a ver a Jim

—¿Desayunamos fuera?

—Venga, te ayudo a recoger.

—Está casi todo recogido, hago la cama y nos vamos.

—Esta noche no vengo, nena.

—No pasa nada.

—Tengo que preparar los pasajes y las maletas y todo.

—Ya sabes.

—Te llamaremos, una semana y vuelvo contigo.

—Estaremos los fines de semana en casa y vendré el que te quedas en la tuya para llevarte al rancho.

—¿Tomas pastillas anticonceptivas?

—No las he necesitado.

—¿Has pensado tomarlas?

—Depende, si te has protegido...

—Con todas.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—¡Está bien! Pediré pastillas.

—Ahora salimos juntos.

—¿Cómo que salimos juntos?

—Que estamos saliendo juntos, nena, no creerás que voy a venir a acostarme contigo solamente o te irás al rancho sin motivos.

—No me lo has pedido.

—Quieres salir conmigo?

—Me da tanto miedo...

—¿Si o no?

—Sí, nunca podría negarme a mi primer hombre, pero como me entere de algo, no verás ni a tu hijo.

—Venga, boba, no seas tonta. Después de esta noche. Si ves algo en las revistas, primero me preguntará ¿vale?

—Vale.

—No creas lo que dicen, ni nadie ni ninguna mujer que se te acerque.

—Para eso estoy ahora...

—Exacto, tu madre y nosotros, nadie más.

—Vamos a desayunar, te acompaño al hospital.

—Si puedo ir andando...

—Sí, pero traigo el coche. Me voy ya de paso.

—Está bien, qué cabezota,

Y la beso.

La siguiente semana lo echó mucho de menos, había hecho el amor con él y estaban saliendo en dos días, era una loca, y él también.

Se llevó Jim al pequeño a Disney y la llamaban todas las noches, le hacían un video llamaba y se veía tan feliz con su padre. Desde la cama los dos se reían, eran tan iguales,

—Ten cuidado Jim.

Y el pequeño con su media lengua le contaba todo lo que habían visto y dónde se habían montado.

—Termina excitado todas las noches, ya mismo se queda frito... —le decía Jim.

—¿Y cómo está tu madre?

—Ya sabes dormida, mañana van a empezar los ensayos, son dos a la semana, el martes y el jueves y me quedaré con ella esas noches. Así que ahora me espera lo peor.

—Ten fe mi niña.

—Tu niña está hecha polvo. Cuando la veo allí postrada...

—¡Vamos ámate! .En cuanto vayamos, te vienes le siguiente finde al rancho. Iré a verte y que se quede con la abuela, las noches que te quedas en tu casa.

—Si quieres...

—¿Me echas de menos?

—Si, te echo de menos.

—¿Has ido a por las pastillas?

—Sí, llevo dos días tomándolas. Hay que esperar. Deberíamos al menos un mes. Así que hasta el mes que viene...

—¡Joder nena!

—¿Qué prisa tienes, si no nos hemos visto en años?

—Pero quiero hacerlo contigo sin nada.

—Estás un poco loco.

—Te deseo, nena.

—Ve tranquilo, Jim, te has vuelto muy impulsivo.

—Y tú demasiado tranquila.
—No me ha quedado más remedio.
—Compensaremos.
—Bueno, mañana hablamos, voy a ducharme y cenar.
—Deja la videollamada mientras te duchas.
—¡Adiós, loco! —Y él se reía.

La semana pasó rápido y las noches en que a su madre le pusieron el ensayo, se quedó con ella, porque se quejaba a pesar de todo y era de dolor, vomitaba también, y ella la cuidaba hasta quedarse sedada totalmente.

Le dijeron que los efectos eran normales, así que se tranquilizó.

Llamaba a su padre dos veces a la semana y le mandaba mensajes todas las noches para que no le costara mucho la llamada.

También habló con Sarita una noche y se lo contó.

—¡Ay pobre tu madre!... ¿y Jim ha puesto su avión?

—Sí, lo medicalizó y tiene al niño en Disney ahora, y en el rancho, como está de vacaciones, ha sacado un aplaza en otro colegio privado al lado de su casa, peor le he dejado aún en esta la inscripción por si acaso, no puedo pagar ese colegio, están locos con el niño.

—¡Menuda suerte tienes, hija!

—Si no fuera por lo de mi madre.

—Ya verás, si se han salvado tantas mujeres ella seguro que sí, si es tan fuerte como tú.

—¿Aún no saben nada del niño?

—Y menos ahora, no pienso decir nada hasta que acabe todo.

—¿Y Jim?

—Ha dejado a la novia que tenía. Iban a comprometerse en dos meses en el rancho.

—Por qué?

—Porque no quiere a nuestro niño y dice que él tampoco la quería, que era una transacción comercial. Por o vistos sus padres tienen acciones de una empresa juntos, no sé. No entiendo de esas cosas.

—¿En serio?

—Me he acostado con él, amiga. Después de cinco años.

—¿Después de cinco años?

—Después, no me he acostado con nadie, lo sabes.

—¡Joder! ¿y cómo ha sido?

—Pues genial, fenomenal, nada que ver con lo que hacíamos antes, ni lo que sentía.

—Claro tiene el tipo 30 años.

—¿Y tu mejicano?

—Nada, eso no ha sido nada, unos meses.

—¿No puedes pedir cambio y venirte cerca de mí?

—Eso quería decirte. Han salido unas plazas y las he pedido.

—¿En serio?

—Sí, y espero que me den ese hospital, pero no en investigación, sino en cirugía.

—Bueno llevas unos años operando ya.

—Tres, sí.

—¡Ojalá! Te necesito.

—Tienes a tu Jim ahora.

—Dice que salimos juntos y que tome pastillas, está loco y su familia con el niño. En dos semanas voy el fin de semana al rancho, cuando mi madre esté sedada y como le dan la terapia el martes y jueves...

—¡Qué suerte vas a tener!

—¿Sabes algo de Kevin?

—No, pero le pregunto mañana por la noche a Jim cuando me llame. Si te vienes y no sale con nadie quizá retoméis las relaciones.

—Espera que me lo den, si me lo dan, loca.

—Quiero que te lo den Sarita, eres mi única amiga.

—Y tú la mía.

—¿Cuándo lo sabes?

—En dos semanas.

—Eso es ya mismo.

—Sí, si me lo dan, tengo que estar allí el 15 de septiembre trabajando ya. Así que me voy un par de semanas antes.

—Buscaremos cerca de mi casa, en mi edificio a ver si hay apartamentos.

—Si me lo dan, sí.

—Si te lo dan pregunto al momento. ¡Qué alegría!, por fin una.

—Bueno, voy a dormir que mañana es jueves y tengo el día malo con mi madre. Al final cuando termina todo y se queda dormida me harto de llorar.

—Venga, tienes que ser fuerte, porque empiezas a trabajar en septiembre.

—Lo sé, aún queda medio mes.

Al día siguiente cuando hablé con Jim, le pregunto por Kevin.

—¿Cómo está?, con tanto jaleo no te he preguntado.

—¿Por qué?

—Para saber de él.

—Trabaja conmigo.

—¿No tiene novia?

—No, por qué, ¿Le quieres buscar una novia?

—No, pero quizá le den a Sarita una plaza de cirujana del corazón en el hospital. Lo sabrá en dos semanas.

—¿En serio?

—Sí, ¡Ojalá se la dieran! La echo de menos, es como mi hermana y me hace falta.

—¿Quieres que los juntemos de nuevo como nosotros?

—Aun no estamos del todo juntos.

—Bueno, lo sondearé cuando se acaben las vacaciones, ahora está en nueva Zelanda de vacaciones el tío.

Y los días fueron pasando y el domingo llegaron de Disney por la noche Jim y su hijo y la llamó.

—Ya estamos aquí pequeña. ¿Mañana estarás por la noche?

—Sí, menos el martes y jueves y el domingo, que me quedo, hasta que termine las vacaciones.

—¿Y cuándo empieces el trabajo?

—Voy a meter una chica por la noche, me voy cuando salga del trabajo y me quedo hasta las 9 o

así, y dejó una chica, ya por la mañana están las enfermeras.

—Si necesitas dinero, Olga, te lo digo en serio...

—Que tengo, me mandó mi padre y tengo ahorrado, pero no hará falta, ya la tengo preparada, se anuncia allí en el hospital, es auxiliar, y no tendrá nada que hacer.

—Estás bien, voy a duchar a tu hijo y el mío y Marita que nos deshaga las maletas mañana. A dormir. Mañana me voy contigo nena por la noche, que cuando empiece a trabajar nos vamos a ver los fines de semana en el rancho solo, termino muy tarde y cuando no tengo cenas tengo negocios.

—Vale, yo estaré cansada también.

—Hasta mañana cielo, duerme pequeña.

—Dame un besito a la mami. —Le decía al hijo por la videollamada.

—Lo he pasado bien con papá, mañana voy con el poni.

—¿Qué eres tu padre? Menuda energía tiene. Y Jim se reía.

La noche siguiente ella se puso un camisón más bonito que se había comprado y ropa interior nueva y sexy.

—Ummm ¡joder nena!

—Para estar a la altura.

—Ven aquí, nunca vas a estar a mi altura, pero yo te subo, y ella lo tocaba por encima de los vaqueros.

—Vaya, Vaya, ¿Has aprendido?

—Vaya, vaya, esto cómo se pone. Decía ella.

—Me pones así, y se desvistió de prisa y se puso un preservativo, él, la cogió a horcajadas y contra la pared la embistió como un loco, hasta que, gimiendo como loco, se corrieron juntos.

La mantuvo un rato entre sus brazos, y la besó

—Cada día estás más buena pequeña, esto no puede ser, estoy todo día empalmado pensando en ti.

—Pues mira, como estoy, triste cansada y cuando empiece a trabajar...

—Te ayudaré mujer, no puedes llevar toda esa carga tú sola, tengo al niño para que estés tranquila.

—Me conozco tu ayuda.

—No seas tonta, te consolaré y animaré, saldremos alguna noche a cenar y quiero que descanses al menos dos noches a la semana en el rancho, te vendrás para recuperar energía. Ya verás, mi casa te va a encantar.

—Tengo miedo Jim.

Él la bajó y tiró el preservativo al baño. Y se tumbaron en el sofá.

—Ponte algo hombre.

—No, deja libre al viento.

—¡Qué tonto!

—Primero de mi madre y luego de esta locura que te estás inventando

—No me estoy inventando nada.

—¿Pero no me ves? Soy una chica normal.

—Unos taconazos y un vestido, maquillaje y perfume, ropa interior sexy para tu hombre y qué... como el resto de las mortales.

—¡Ay, Dios! —lo abrazaba

—No seas tontita, me tienes loco desde que entraste con la maletita del niño. Sabes, me alegré de

que fuese mío, una vez que te vi.

—¿En serio?

—Lo quiero, es perfecto.

—Como tú.

—No como yo, pero es muy gracioso, es bueno, educado y es muy cariñoso, y eso les encanta a mis padres. Mi hermano está loco, quiere conocerte para quitarme a mi chica. Le he hablado tanto de ti... pero se equivoca, eres mía.

—No sé por qué tengo la sensación de que me ocultas algo.

—¿Qué voy a ocultarte?

—Tu locura, por ejemplo.

—Eso sí, un poco loco estoy.

—¿Esta semana te enteras de lo de Sarita?

—Sí, el miércoles, pasado mañana. Hablo con mi padre los martes y jueves cuando le hacen eso a mi madre y lo paso mal.

—Mi niña...

—Vamos a comer. Que no puedes perder peso, venga.

—¿Qué has traído?

—Chino, pero se habrá enfriado.

—Voy a calentarlo.

—Vale nena, me voy a poner los slips.

—Sí, anda.

A los dos días después de hablar por la noche con Jim que no pudo ir a casa porque al pequeño le dolía el estómago y quería a su papa y ella ya estaba deseando verlo el viernes... llamó Sarita.

—Sarita, mujer me tienes en ascuas, todo el día pensando en ti.

—Me voy contigo.

—¿En serio?

—En serio trabajo el quince de septiembre, me voy el lunes.

—Voy a ver si hay apartamentos aquí en mi bloque, estamos a veinte minutos andando, aunque Jim dice que luego voy a irme con él a su casa, pero al menos estaremos meses juntas, y si puedes te cambias cerca de nosotros. ¡Dios qué contenta!

—Mañana te busco, bueno, mañana es jueves, pero puedo por la mañana temprano nada más levantarme, apartamentos. Una noticia Kevin, está soltero y trabaja para Jim.

—Olga...

—Dime...

—¿Estás segura de ese hombre?, digo si te dice la verdad.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, después de salir con tantas tipas, en un momento la deja cuando iba a casarse con ella... Ya no son los mismos. Son hombres y son ricos. Ten cuidado cielo.

—Indagaré en el rancho el fin de semana.

—¡Está bien! Mañana te llamo con lo que me entere de apartamentos.

—Vale, bonito, al menos dos dormitorios, uno de despacho, no necesito más y parquin, me comprar un coche.

—Vale, te doy precios y te mando fotos.

—Gracias.

—¡Ay, Dios te quiero Sarita! ¡Qué falta me haces!

—Entérate bien de lo de Jim, han pasado muchos años y lo has visto en muchas revistas con muchas tías, que un hombre cambie así de golpe... no sé, me da que pensar. No quiero que te hagan daño y ahora que menos lo necesitas.

—Está bien, me dejas en la duda, pero me enteraré.

—No quiero que vuelvas a enamorarte de nuevo y te engañen otra vez.

—Gracias de todas formas. Me enteraré de todo, me ha pillado en un momento bajo, pero...Cómo está así con el niño...

—Pero ¿sabes que en Nueva Zelanda tiene una petrolera?

—¿En Nueva Zelanda?

—Sí. Allí está Kevin de vacaciones.

—Quizá no esté de vacaciones del todo, quiero que investigues dónde tienen sedes. Y si ha acabado con la novia o se va a comprometer. En menos de dos meses.

—Lo haré gracias, Sarita.

—Te quiero, mañana te cuento algo.

CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente, se levantó temprano y miró la fachada por si se alquilaba algún apartamento, con la suerte de ver un cartel. Llamó a la agencia que ponía el cartel y quedó en la puerta con la agente a los 45 minutos, mientras se fue a tomar un desayuno.

El cartel estaba dos pisos encima del suyo. ¡Ojalá fuera lo que a ella le interesaba!... Estaba más nerviosa que Sarita.

Cuando llegó la chica subieron a ver el apartamento.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Una, y otra tiene un despacho completo, claro sin materiales. Se reformó hace año y medio y solo han estado viviendo un año. Se ha limpiado y está impecable, le va a gustar.

—Bueno, no es para mí, yo vivo dos pisos más abajo, es para es una amiga de Nueva York que se viene, y quiero eso mismo para ella, al menos es lo que pide.

—Vamos a verla.

—¡Ah qué bonita! —Miraba todo—, le va a encantar, la decoración es preciosa.

—Ni le falta de nada.

—Y sé que le va a encantar, la conozco.

Y le dijo el precio. Doscientos dólares más caro que el suyo con una plaza de garaje, pero creo que le gustaría.

—¿La llamamos?

—Si usted quiere...

—La llamamos con su móvil, le enseñamos el piso y si le gusta que le envíe por bizum una reserva al menos, ella viene el lunes. Y hablan ustedes.

—¡Ah perfecto!

La llamaron...

—Mira Sarita tu casa, apartamento, mejor dicho.

—¡Es precioso! —decía Sarita que lo iba viendo.

—Casi reformado con todos los detalles. ¿Lo ves?

—Me encanta, Olga.

—Dos pisos encima del mío.

—Me lo quedo.

—Espera que te diga la agente el precio.

—Me lo quedo, —cuando se lo dijo.

—Bueno, Sarita, te dejo que hables con ella y llegues a un acuerdo, puedes quedarte el lunes en casa mientras te trae las llaves. Voy a ir a por ti al aeropuerto, a la hora que me digas.

—No hace falta.

—Que sí, que voy. Bueno, te dejo con ella tengo que ir al hospital, te llamo por la noche.

—Un besito, te quiero. Gracias Olga.

La dejó con la agente hablar y ella se fue deprisa al hospital porque era jueves e iban a darle a su madre su dosis de veneno, como ella decía.

Por la noche cuando su madre se quedó tranquila y sedada, habló con su padre para decirle cómo había ido y salió a tomar algo. Y mientras le traían la comida, llamó a Sarita.

—¿Qué tal?

—Me ha encantado, además juntas, con mi sobrino.
—Cuando salí y miré el cartel recé para que te gustara y pudieras quedarte cerca.
—Pues me encanta.
—Es más bonita cuando la veas.
—He quedado con ella el lunes por la tarde, llego a las doce, así que a las tres he quedado.
—Nos da tiempo de comer.
—Dejamos las maletas en tu casa. He alquilado también la plaza de garaje, es mucho más barato que en Nueva York, aquí pagaba el doble por menos espacio.
—Pues me alegro, aquí se vive bien. Ya verás.
—¿Y tu madre?
—Ya se ha quedado tranquila, ya sabes martes y jueves malos días. Bueno, te dejo que voy a cenar y me quedo esta noche en casa, mañana por la noche me voy la rancho, tengo ya ganas de ver a mis chicos.
—Hablamos el domingo.
—Perfecto. Así me dices la hora exacta para ir a buscarte.
—Gracias amiga.
—Te quiero. Tengo ya ganas de verte.

El viernes al mediodía, se fue a casa, se dio una buena ducha, se maquilló y se puso unos vaqueros y una blusa blanca preciosa, unas sandalias altas y se perfumó, cogió un bolso con una poca ropa y su bolsa de aseo e iba con nervios camino del rancho.

Cuando entró y lo vio aquello era un mundo. No había nadie salvo un vaquero a caballo y ella se paró a su lado. Este se bajó del caballo y ella salió del coche, era un tipo guapo como Jim, se parecía a él con los mismos ojos y alto como él solo, se quitó su sombrero y la saludó.

—¿Eres Olga, la madre de Jim?
—Sí, yo soy, y tú eres...
—Lucas Collins, el hermano de Jim. Tenemos que hablar.
—¿Sí?, ¿y eso?
—Ahora te lo cuento.
—Aparca en aquella casa.
—¿Es la tuya?
—Sí, es la mía, voy a llevar el caballo, toma las llaves y espérame dentro.
—¿Qué pasa?
—Ahora te lo explico.
—Es por mi niño, ¿le ha pasado algo?
—Nada de eso, está en la casa de mis padres contento. Ahora vengo.
—Se montó en el caballo y se dirigió a las cuadras y ella hizo lo que él le dijo.
—¿Qué casa más rara!, ni estaba Jim ni nadie, y eso no tenía sentido, lo había llamado para decirle que iba.
—Bueno, abrió la puerta. Era una casa preciosa, estilo griego, con unas escaleritas, y en azul, cada casa era de un estilo, como le dijo Jim, pero eran grandes.
—Lo esperó en las escaleras.
Cuando ese otro modelo de hombre llegó...
—¿No has entrado?
—He preferido esperarte fuera. No me gusta entrar a las casas de nadie.

—Anda venga mujer.
Abrió la puerta y la dejó pasar.
—Siéntate.
—Vale.
—¿Quieres algo?
—Un refresco de cola si tienes.
Se lo puso con una rodaja de limón.
—¡Qué bonito!
—Espera aquí. Vuelvo enseguida.
Y al cuarto de hora salió vestido y perfumado.
—¡Vaya cambio!
—Tenemos cena.
—¿Por mí? — dijo ingenua.
—Me hubiese gustado, la verdad, pero te he esperado para advertirte.
—¿De qué?
—Vamos a ver, Olga. Conociste a mi hermano en Harvard, y te quedaste embarazada al final de tu primer año de máster, según ha contado mi hermano.
—Sí, eso es.
—Ahora nos enteramos de que tenemos yo un sobrino y mis padres un nieto y estamos encantados, hasta mi hermano lo está.
—Sí, lo sé.
—Pero hay un pequeño problema.
—¿Qué problema?
—Jim está prometido.
—Me dijo que la había dejado antes de llevar a mi hijo a Disney.
—Sí, eso quiso, dejarlo, pero el compromiso se va a celebrar como estaba previsto.
—¿En serio? ¿Y eso por qué?
—Vamos a ver Olga, mi hermano se prometió a la hija del banquero más importante de Houston y todo Texas.
—¿Y?
—Tiene que casarse con ella. Un compromiso así en mi familia y con el negocio no puede romperse.
—Pero si no la quiere...
—¿Eso te ha dicho?
—Sí, eso me ha dicho.
—La quiere a su manera.
—¿Me ha mentado? —se indignó Olga.
—En parte, no en todo, le gustas mucho por lo que tuvisteis, pero o se casa con ella o la empresa de mi padre se va al carajo. Es así de claro. Pero se casa también porque es una mujer que lo va a representar en todos los eventos. Es la ideal para ello.
—¿Pero por qué tiene que casarse si no le gusta?
—No lo has entendido Olga. Le gusta, es su mujer ideal —y a ella se le saltaron las lágrimas.
—¿Ha estado jugando conmigo?
—No, le gustas también y tiene un hijo contigo.
—¿Y qué va a pasar con mi hijo?

—No podrá hacerse cargo de él, Amanda, su novia no quiere.
—Eso me dijo.
—Quiere sus propios hijos.
—Pero es su hijo... ¿en eso tampoco puede decidir?, me parece un cobarde.
—No lo es, bueno con respecto a lo vuestro hijo sí, podía poner mucho más empeño.
—¿Y eso desde cuándo se sabe?
—Desde que le dijo que no se iba a casar con ella y ha hablado con su papá y tenemos una reunión familiar todos ahora y tú vas a venir también.
—No voy a ir a ver cómo tu hermano desprecia a su hijo ni a esa mujer tampoco.
—Sí que irás.
—Nada de eso, me llevo a mi hijo de aquí ahora mismo.
—Vamos Olga, mis padres están encantados con el niño, a mí me quiere como a mi hermano. Soy su tío favorito, me encanta. Es hermoso y lo quiero. Todos lo queremos.
—Menos su padre.
—Su padre también lo quiere, pero no podrá estar con él como quería.
—¿Y vais a dejarlo ser infeliz?, ¿Tiene que sacrificarse por la familia?
—No, lo hace porque quiere.
—¿Me lo dices en serio?
—Sí, y si te dice otra cosa, te miente.
—Quizá eche de menos a Jim, pero es mi hermano, y lo conozco, no es el hombre que tú crees que es ni el chico que conociste en la universidad. Amanda no será feliz tampoco, a mi hermano le gustan demasiado las mujeres.
Y ella se echó las manos a la cara.
—Esto es una locura. Maldito el día que le pedí ayuda...
—Olga, te ayudaré con el niño hasta que tu madre esté bien, yo me haré cargo con Marita y mis padres de él, no te preocupes por eso y puedes venir al rancho a verlo, los fines de semana, solo que, a mi casa, no a la de Jim. Tampoco creo que lo deje venir mucho sabiendo que el niño estará aquí unos meses.
—¡Por Dios!
—Lo siento. Déjame ayudarte.
—No te conozco de nada.
—Soy su tío y tengo tres años más que mi hermano, no tengo novia y a él le encanta el rancho, es feliz, y Marita y él se llevan muy bien. Cuando empiece el colegio, lo llevará y lo recogerá, tú dedícate a tu madre mujer y a tu trabajo.
—Al mío, al colegio al que iba.
—Sí, tengo los documentos que le diste a mi hermano con todo lo que ha de hacerse y Marita También.
—¿Te los ha dado?
—Sí, hablará luego contigo, pero se casará en noviembre, como estaba programado.
—¿Y por qué me ha mentado?
—No te ha mentado.
—Sí lo ha hecho, Lucas.
—Porque se ha hecho ilusiones al verte, pero, nadie lo obliga, le gusta demasiado el negocio como para venirse al rancho o montar otro.
—Me lo llevaré.

—No, mujer, déjalo, Jim empieza a trabajar pronto y tú también y él irá al colegio.

—Sí, tengo que pasar a finales para comprarle los libros y el uniforme.

—Este año se lo regalo yo, iré contigo.

—¿No tienes trabajo en el racho?

—Sí, pero su tío quiere hacerle ese regalo, es un colegio público ¿no? Y no estoy encerrado las 24 horas, tengo un capataz y gente para delegar y mi padre que cada vez quiere ir menos a la empresa. Pues haré eso por mi sobrino. ¿De acuerdo?

—¿Está bien!

—Dame tu número de móvil.

Y ella se lo dio.

—¡Dios mío! no necesitaba más problemas, ni causarlos. Si mi madre no estuviese así, ni hubiera venido.

—No te preocupes, yo me hago cargo mujer, y el avión para llevaros, sigue en pie, yo también soy dueño de él.

—Gracias Lucas, y se echó a llorar y él la abrazó.

—Vamos Olga, todo se solucionará, llevas mucho peso tú sola, mujer.

—Menos mal que amiga Sara se viene a mi bloque de apartamentos, la han trasladado desde Nueva York.

—¿La que salía con Kevin?

—Sí, ¿es igual que tu hermano?

—No, para nada.

—¡Menos mal!

—¿Estás mejor?

—Si, venga nos vamos a la cena. No digas nada, será lo mejor, come y sé la señora que eres. Si te dicen algo, contesta educadamente y cuando se vayan, que se vayan a la mierda esos señoritingos.

Y ella se rio.

—Luego hablas con mi hermano y dejáis claras las cosas con respecto a Jim.

—Vale. Vamos.

—¿Fuerte?

—Fuerte, si es que me quedan fuerzas.

Y cuando llegaron los dos, todo el mundo se estaba sentando ya a la mesa.

—¡Ah, menos mal!

—¡Mamiiiiiii! —y ella lo cogió y lo abrazó y le dio mil besos.

—Yo a tu lado mami.

—Claro que sí.

—Por supuesto —dijo Lucas y al lado de tu tío Lucas.

—Sí.

—Tío Lucas, ¿mañana me vas a llevar con el poni?

—Como siempre.

Y supo que el que llevaba al niño con el poni era su tío, no su padre.

Jim la miró sin querer mirarla y Amanda, le dijo:

—Soy Amanda, la novia de Jim, nos casamos en noviembre, aunque tengas un hijo suyo.

—¡Enhorabuena! seguro que será una boda estupenda.

—Saldrá en todos los medios de comunicación y en las revistas.
—Por supuesto. Una boda tan importante...
—Sentimos no invitarte al rancho el día de nuestro compromiso, solo estarán las personas más allegadas y los amigos y empresarios.
—No te preocupes, es normal.
—Si puedes llevarte a tu hijo...
—Su hijo no molestará Amanda, estará con Marita en mi casa, —dijo Lucas.
—Pero...
—Es mi casa y mi rancho, si decides hacer tu compromiso aquí, aquí vive mi sobrino unos meses.
—¡Está bien!, vamos, a dejar ya el tema —dijo uno de los hombres, el padre de Olga.
—Yo soy la abuela de Jim, Marta, encantada de conocerte, hija, Olga,
—Y yo el abuelo Lucas. Es mi nieto favorito, ¿A que sí Jim?
—Sí abuelo.
—Estos son Amanda que ya la has conocido y sus padres.
—Encantada.
—Cuando Jim me dijo que rompía el compromiso creía que era por ti, le dijo con desprecio a Olga, pero ahora veo que era por su hijo, como comprenderás tendremos muchos compromisos y eventos sociales y no podemos hacernos cargo del niño.
—No te preocupes, Amanda, de mi hijo me he encargado yo siempre. Solo está aquí porque mi madre tiene cáncer y no tenía a nadie a quién pedirle que lo cuidara mejor que su padre, pero Lucas se ha ofrecido. Se quedará en su casa.
—¡Ah, mejor! ¿verdad cielo? — le dijo a Jim.
—Sí, dijo Lucas, ya tiene el dormitorio en casa y Marita estará con él.
—Ahora tenemos muchos gastos, le dijo Amanda, mientras iban sirviendo los platos las dos chicas.
—Como comprenderás Jim no puede pasarte nada para el pequeño.
—Nunca se lo he pedido. Nunca le ha dado nada y nunca le cogeré un dólar, por ese lado puedes estar tranquila.
—Veo que ya tenemos todo claro. ¡Ah! y tendrás que renunciar a la herencia de tu hijo, la de Jim.
—No— y siguió comiendo como tal cosa mientras Lucas la miró sonriendo.
—¿Cómo?
—Como que no, no le pasará nada, pero recibirá cuando le corresponda la herencia de su padre.
Lo siento por tus hijos, si los tienes.
—Jim..
—¡Ya basta Amanda! No vamos a discutir eso ahora.
—Quería dejar todos los cabos atados esta noche.
—Pues te has equivocado de cabo a rabo.
Y el padre de Jim, sonreía bajito.
—Venga comamos, es un día de estar en familia —dijo Marta.
—Sí, dijo ella mirando adorable a Lucas.
—Sí, somos una familia, y vendré a ver a mi hijo todos los fines de semana.
—Por supuesto, la miró él.
La comida fue un infierno y ella ya tenía bastante.
Cuando llegó el café, Jim la invitó a salir.

—Olga...

—Ni me hables, no quiero saber nada de ti, mentiroso.

—Lo hago por la empresa, por mis padres, pero podemos vernos en tu casa, nena.

Y ella le dio un guantazo que resonó en el aire. Y Lucas que los vio por la ventana, se rio con la taza de café en la mano. Se lo merecía.

—Mira Jim, no quiero saber nada de ti, ni me llames vale, ahora tengo lo de mi madre y tu hermano se va a hacer cargo de Jim cuando yo esté fuera y vendré el fin de semana, si a tu novia no le gusta, que se joda, iré a casa de tu hermano.

—¡Joder nena! no ha sido culpa mía, rompí con ellos. Con todo por estar contigo y con nuestro hijo.

—No lo has defendido una sola vez delante de la arpía de tu novia.

—No es una arpía Olga, no te pases.

—¡Ah bien! ahora lo tengo claro. No te necesito, tu hermano y Marita se harán cargo de mi hijo. No tienes que pasarme nada, lo he cuidado sola todos estos años, le compras una joyita a tu novia, aunque ya es una joyita, que te mereces...

—Estás insoportable y maleducada.

—¡Ah el señorito!, mentiroso. Vete a la mierda.

Y él entró al salón y le echó la mano por la cintura a su novia, y Olga sabía que era para hacerle daño a ella.

Ella habló con los padres de Lucas y Jim y les dijo que estaba cansada.

—Sí, descansa hija, allí esta Marita para el niño.

—Lo sentimos— le dijo Marta.

—Mañana hablaremos tú y yo, le dijo el padre.

—Como quiera.

—Te enseñé el rancho.

—Gracias.

—Nos vamos, dijo Lucas.

—Sí. Vamos Jim, pequeño a dormir.

Y Jim sintió un arranque de celos al ver irse a Olga con su hermano.

Lucas cogió al niño en brazos y se quedó dormido en su hombro.

—Está muerto, el rancho le sienta bien.

—Lucas de verdad que puedo llevármelo.

—¿Qué dices? Mañana, mi padre te enseñará el rancho y por la tarde vas a montar conmigo.

—¿Estás loco? No se montar.

—Sin saber se aprende, y luego vamos a cenar a la ciudad, una buena parrillada, Marita se queda con Jim, necesitas relajarte mujer, y yo hace tiempo que no salgo.

—Bueno...

—En ese momento él se rio.

—¿De qué te ríes?

—Le has dado un pedazo de guantazo a mi hermano. Te he visto por la ventana y casi derramo el café

—¿Lo has visto?

—Sí.

—Maldito —y se rio ella también.

—Se lo merecía por embustero, ¿pues no me ha propuesto acostarme con él?, ser su amante, estando casado con Amanda la tiesa.

Y Lucas se ría. Le encantaba Olga, aunque ahora la pobre estaba pasando lo suyo.

—¡Ay está!, Amanda la tiesa, tendrá problemas de espalda, cuando sea mayor.

—¡Qué tonto! Lucas te lo digo en serio.

—¡Qué pesada eres!, ¿quieres dejarlo ya? Mi hermano se va esta noche a su casa con su novia, todo vuelve a la normalidad.

—Lo echará de menos.

—¿A quién? ¿A Jim?

—Pero si siempre estaba con nosotros, Jim estaba en su despacho.

—¡Qué cara tiene!

—Siempre la ha tenido. Es mi hermano.

—No lo recuerdo así en Harvard.

—Era más joven, pero ahora es un señorito rico.

—Rico y tonto.

—Cuando entraron, Marita esperaba y tomó al niño, ella le dio un beso y fue al coche a por su bolso.

—Elige habitación.

—Esta es la mía, esa no puedes elegirla, o sí, si quieres.

—Muy gracioso. —Y se reía.

—Eres un guasón de tres pares.

—Mujer intento que se te haga menos doloroso.

—Ya no me duele nada.

—Mejor, esta es la de Jim, está al lado de Marita.

Y la tuya puede ser la que hay a continuación de la mía, la última es de invitados, pero está al fondo, en esta estarás más cerca de Jim.

—Está bien, me quedo en esta. Es preciosa.

—Tienes todo abajo, cocina, lo que necesites.

—Gracias, Lucas.

—De nada, que descanses.

—Voy a darle un beso a Jim y me acuesto. He tenido bastante por hoy.

A la mañana siguiente, Marita estaba con el pequeño abajo desayunando, hizo la cama y se cambió de ropa, unas zapatillas y unos vaqueros una camiseta de manga corta y se hizo una cola alta, se pintó un poco y se echó colonia fresca.

—¡Hola mi niño!

—Mami, estaba comiendo, Marita hace tortitas.

—¡Hola Marita!, gracias por cuidar de mi hijo tan bien. Te quiere mucho.

—Y yo a él señorita Olga.

—Nada de señorita Olga.

—Olga a secas, mujer.

—Es una doctora.

—Eso no tiene nada que ver, ¿Cómo se porta este bichillo?

—Estupendamente.

—Hacemos deberes y el y tío me lleva con los ponis, juego con el abuelo y damos un paseo por el rancho, vemos la tienda, y hago la comida con la abuela.

—¡Vaya! vas a ser cocinero.

Y en ese momento entró Lucas.

—¡Hola doctorcita!

—¡Qué gracioso! —y él se ría.

—¿Cómo tienes la mano esta mañana?

—Afortunadamente no me romí la muñeca. —Y se rieron.

—Anda vamos a comer ¿Has desayunado?

—No.

—Vamos a la casa de mis padres, el desayuno está en la mesa y quieren hablar contigo.

—¿Yo voy tío Lucas?

—Haz los deberes con Marita y vengo a por ti en una hora para ir a ver el poni, hoy toca cepillarlo y darle un paseo.

—Bieeen...

—Dale un abrazo a tu tío, anda.

Y se tiraba y él lo cogía.

—Este niño me quiere.

—Sí.

—¿Y a su madre? —dijo ella.

—También mami.

—Me olvidará.

—No mujer, si vienes todos los fines de semana.

—Vamos, Marita ahora vengo a por Jim.

—Vale, adiós señorito Lucas, adiós doctora.

—Olga.

—Doctora Olga.

—Y ella salió moviendo la cabeza.

—No insistas, no vas a conseguir nada con Marita.

—¿Cómo has dormido?

—Bien ya has venido de estar con los animales.

—No, he estado toda la mañana en el despacho, los fines de semana hago eso, he ido a dar una vuelta a los chicos y dar instrucciones.

—¿Cuántas vacas tienes?

—10.000.

—¿Todas esas?

—Todas esas.

—¿No te conocerás los nombres de todas?

Y él se rio.

—Ahora eres tú la graciosa.

—Sí lo siento, no sé ni cómo tengo ganas de reír, he hablado esta mañana antes de levantarme con el hospital, mi madre sigue igual. Hasta dentro de tres meses no voy a poder hablar una palabra con ella. ¿Se ha ido tu hermano?

—Sí.

—Mejor, tenía ganas de partirle la cara por embustero.

—En parte, mujer. Entra, vamos a probar un desayuno ranchero.

—¡Hola Olga! ¿Cómo estás? —Le dijo la madre de Lucas.

—Bien, gracias.

—Venga llama a tu padre que está en el patio, vamos a comer. —le dijo a Lucas.

Y mientras Lucas iba a llamar a su padre.

—Siento lo de anoche hija, y mira que no me gustan nada, son soberbios y altaneros.

—Nosotros sacamos este rancho adelante a fuerza de trabajo. Los señoritos estos... Mi Jim no va a ser feliz.

—Lo sé.

—Quizá sí.

—Bueno, es distinto a mi Lucas, mi Lucas es más del campo, más cariñoso y sencillo. es muy guasón también y de las cosas más sencillas. El otro me salió un señorito y eso que Lucas también estudió en Harvard.

—¿Sí?

—Sí, dirección de empresas y marketing. Lleva todo lo del rancho.

—¿Ya estás cotilleando mamá? ¿Y la abrazaba por detrás?

—Déjame tonto que me vas a tirar.

—¿Has visto una madre más guapa, Olga?

—Desde luego que no, la mía si acaso.

Y él se reía y le daba a su madre un beso.

—Tenías que haberte casado con tu hijo. —Le dijo el padre cuando entró en la cocina.

—¡Qué tonterías dices!

—Está celoso mamá.

—Seguro, tu padre ha tenido siempre unos celos tremendos...

—Pues sí que lo soy, ahora ya menos.

—Porque estoy más vieja.

—No le hagas caso mamá, a tu edad puedes echarte un buen amante.

—Anda calla. —Se reía, sentaos que vamos a comer.

—¿Quieres dar un paseo por el rancho hija?, —le dijo el padre de Lucas.

—Sí, me gustaría.

—Te va a contar la historia de la familia.

—Calla hombre.

—Me encantan las historias.

—Bueno, que no se diga...

Y cuando acabaron de desayunar Lucas se fue a por Jim y ella salió con el padre a pasear por el rancho y le contó la historia como bien había previsto Lucas.

No se equivocaba, a su padre le encantaba contar la historia desde sus abuelos, como era un pequeño rancho de ganando que fueron aumentando y se les ocurrió la idea de construir casas de distintos lugares del mundo.

Invertir en una empresa petrolífera y todo fue como la seda, aumentando la empresa y el rancho. Estaba satisfecho de lo que su padre y él habían conseguido y ahora sus hijos que ya eran mayores eran trabajadores y llevaban todo mejor que ellos mismos.

CAPÍTULO CINCO

—Siento lo de mi hijo, y siento lo de anoche. Esa muchacha consentida te trató mal y no me gusta que traten mal a mis invitados.

—No se preocupe, ya me había avisado Lucas, no se preocupe.

—Bueno cuéntame ¿Cómo conociste a mi hijo Jim y qué has hecho todos estos años?

Y ella se lo contó.

—Y cuando mi madre tuvo que venir al hospital por estas pruebas innovadoras, fue cuando le pedí ayuda, pero solo para que se quedara con el niño unos meses. Me va a ser imposible pagar a dos mujeres y no estar con el niño y creí...

—Creíste bien, el niño, está donde debe estar, con sus abuelos. Esa no la dejará que lo vea. Inventará excusa tras excusa. Mientras tu madre esté en el hospital, nosotros, Lucas y Marita estaremos con él, tiene a Marita para él solo y a Lucas, lo quiere mucho. Se queda en su casa.

—Lo sé.

—Y tú, puedes venir los fines de semana, la casa de Lucas es grande.

—Evitaré venir el día del compromiso.

—Mejor, así evitamos que la fiera se enfade.

—Su hijo la quiere.

—Ya me gustaría que te hubiese elegido a ti.

—La dejó

—A medias, él sabía que tenía que casarse con ella, hizo un pacto con el padre que yo jamás hubiese hecho, ni quería.

Y ella pensó que Jim le había engañado. Pero bueno, ya lo tenía claro y en la cena de la noche anterior dejó de tenerlo en un pedestal, era un cobarde que no defendía ni a su hijo ni a ella, con lo cual, no podía querer a un hombre como a ese por muy padre de su hijo que fuese.

Había cambiado tanto desde la universidad... ya no era el mismo. Lo miró en la cena y cuando salieron ya era un desconocido para ella, como decía Sarita, los hombres cambian, y este era uno de ellos, se le había subido el traje de seda a la cabeza.

Sin embargo, su hermano, era un hombre gracioso, estaba bien, pero ahora no podía pensar en eso, por Dios, no más problemas y era su hermano. No iba a acabar con uno y soñar con el hermano.

—Olvidalo.

—¿Te gusta el racho?

—Es maravilloso.

—¿Vas a salir a montar con Lucas esta tarde?

—Me va a dar miedo, ahora está con Jim limpiando su poni. Es todo un ranchero, le encanta.

—¿Sí?

—Por eso no lo dejarás.

—Sí, gracias.

—¡Hola!

—Dígame.

—No quiero perder el contacto con mi nieto una vez que tu madre termine sus sesiones.

—No lo perderán.

—Prométeme que lo traerás al rancho a vernos.
—Lo traeré, por supuesto, él mismo lo echará de menos.
—Puedes seguir viniendo los fines de semana.
—Lo intentaré, es tan feliz...
—Lo traeré, claro que sí, me gusta esto.

—Gracias hija.
—Si viene Jim que venga. No se lo tengas en cuenta. Deja que tenga su familia, tú eres parte de la nuestra. De todas formas, ella hará para venir lo menos posible, venir a vernos e irse a un evento social.

—Con lo que me hubiese gustado...
—No se preocupe. Su nieto vendrá. Tiene su poni.
—Anda demos la vuelta, ya hemos visto casi todo.
—Voy a las cuadras a ver a Jim.
—Vale hija, luego nos vemos para comer.
—Gracias.

Y ella vio como su pequeño, cepillaba el poni con las indicaciones de su tío. Era un hombre tan guapo, ágil y estaba tan bueno... No quería mirar tanto.

—¿Me estás mirando?
—Sí, listillo, ¿tienes ojos en la espalda?
—Sí, doctorcita.
—¿Qué mirabas?
—Tienes un buen trasero.
—¿Qué?... Desde luego, eres tremenda.
—Sacas lo peor de ti.
—¿Y mi hermano?
—Tu hermano no saca nada.
—¡No está mal!
—¿Y cómo está mi trasero?
—Mejor que bien, eres un vaquero bueno y guapo.

Y se acercó a ella, demasiado.

—Y tú eres una pequeña, que está muy apetecible.
—Eso suena a comer.
—Exacto.
—¡Qué tonto! ¿Cómo va Jim?
—Ya casi termina.
—¡Mira mamá!...
—¡Qué brillo! ¿Cómo se llama tu poni?
—Cangrejo.
—¿Cangrejo?
—Sí.

—Este niño... Se reía la madre.
—Déjalo, es un buen nombre.
—Es que anda para adelante y para detrás.
—¡Qué cosas! Voy a la cocina con tu madre.
—Vale guapa, ahora vamos a comer algo y luego baño y a echar la siesta.

—Sí, tío. Podemos bañarlos en la piscina.

—¿Podemos un rato?

—No para, le dijo a su madre.

—Estoy cansado.

—Me voy, eso es tener un hijo, bueno, para ti un sobrino.

—Estuvo con la madre hablando en el salón mientras la cocinera hacía unos bocadillos y unos pinchos para el mediodía.

—¿Vais a cenar?

—Lucas me ha invitado a comer una parrillada fuera.

—¡Qué bien!, así sales, un poco y él también.

Y a ti también te viene bien.

—Sí, me voy por la tarde tras el café.

—Espero que tu madre te cure, cuéntame que le pasó.

Y ella se lo contó no sin emocionarse.

—Menos mal que estás tú aquí. Si necesitas dinero, me lo pides.

—Muchas gracias, Marta, pero mi padre tenía ahorrado sin tener que hipotecar la casa, y yo también tengo algo. En cuanto empiece a trabajar meteré a una chica para que se quede hasta que salga del trabajo unas horas. Y se quede con ella los martes y jueves por la noche, en que le den el veneno. Yo me quedaré hasta que se le pase todo y se quede sedada.

—¿Cuánto tiene que estar?

—Seis meses o siete. Depende. Hemos pagado siete. Quiero que se vaya bien.

—¡Ojalá! Es una pena que tan joven...

—Sí, que lo es.

En esas entraron todos y estuvieron tomando unos bocadillos y pinchos y café con tarta.

Y se fueron a la casa de Lucas.

—¿Nos bañamos? —dijo el pequeño.

—Un ratito, luego la siesta.

—Bien...

Y se ducharon en el grifo de la piscina.

—No tengo bañador— dijo Olga. No tenía pensado nada de piscina.

Y le dio uno.

—¿De quién es, de alguna de tus novias?

—Tengo algunos por si acaso.

—Gracias.

—Venga apetece.

—Mami tírate, el tío me está enseñando.

—¡Menos mal que la tienes cerrada!

—La cerré por él, pero sabe que no puede entrar sin mí.

—Te has tomado demasiadas molestias, te estoy dando demasiado la lata.

—Venga al agua y la empujó.

—¡Ay, Lucas!...

Y el niño de río.

—¡Vamos pequeño, tírate ahora tú!

Y se tiró como un pececillo. Y el tío le dio unas cuantas clases. Hasta que se cansó y se salió y se sentó en el balancín.

—Cuando salgamos está dormido.

—Es muy pequeño, mi niño...

—Venga, vamos doctorcita.

Y la cogió y la tiraba el agua.

—Lucas te mato— decía tosiendo, mientras él reía.

Pero se lo pasaron bien, hasta que salieron.

Tenía un cuerpo espectacular.

—¡Qué pequeña eres!

—Sí, súbeme la autoestima.

Y Lucas se reía.

—Anda no te quejes, todo va a salir bien.

—Voy a ducharme, y a llevar al pequeño a la cama, le pongo un pijamita y lo seco

—Yo lo subo ¿vale?

Y cuando ella se duchó, se puso unas mallas cortas y una camiseta de tirantes.

—¿Me puedo tumbar en el sofá?

—Y echarte una siesta. Como yo.

Y se quedó frita,

Cuando se levantó, Marita le daba la merienda a Jim y Lucas estaba en el despacho.

—Dormilona...

—¿Has vuelto a la vida?

—¡Ay sí!, estaba tan cansada... ¿Estabas trabajando?

—Sí, me quedaba meter unas cuantas facturas.

—¿A qué hora nos vamos?

—¿Cómo es el sitio?

—Fino, parrillada, pero fino.

—¿Podemos pasar por mi casa?

—¿Para qué?

—No traigo ni un vestido, ni tacones.

—Vale, así veo tu casa.

Descansa otro poco, con que nos vayamos a las ocho hay tiempo.

Y su hijo se puso encima de ella y ella lo acarició y hablaron en el sofá un buen rato.

—Te va a doler la lengua, bicho.

—Mami te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

—¿Sabes quién va a venir el lunes?

—¿Quién?

—La tía Sarita.

—¿La tía Sarita de Nueva York?

—Exacto.

—¿A la casa?

—No a la suya, va a vivir donde vivimos nosotros, dos plantas más arriba, y trabajará con mamá en el mismo hospital.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Ves tío Lucas? — va a venir mi tía Sarita.
—Lo veo, vas a ser un niño con mucha gente para ti que te quiere.
—Como tú.
—Yo más que nadie.
—De eso nada, su madre más que nadie.
Y el peque se reía.
—Tío mi madre me quiere más.
—Bueno, pero después tu tío.
—Sí.
—Y por fin salió Lucas del despacho y se sentó en el sofá ¿Has descansado?
—Sí, tienes unos sofás que son camas.
—Soy grande mujer.
—Es perfecto —hoy he visto el rancho.
—Pero sé no se ha hecho tarde para montar, así que mañana antes de irnos, vamos.
—¡Está bien! Espero no matarme.
—Montarás conmigo al principio.
—¿Que te crees que voy a montar más veces?
—Por supuesto tonta, es una pasada, ya verás que te gustará sentir el aire en la casa. Bajaremos al arroyo.

Y estuvieron hablando de la gente que venía los fines de semana al rancho, los comedores, la tienda. Todo.

—Me visto y nos vamos.
—Sí, yo ya estoy bañada, voy a maquillarme y me pongo el vestido y los tacones en casa.
Y en media hora estaban en su casa. Le dio un besito al niño. Antes de irse.
—¡Vaya coche que tienes!
—¿Querías una camioneta?
—Eres tan bromista siempre...
—Sí, te gustaba así lo prefiero.
—¿Vives aquí?
—Sí, en este bloque aparca ahí.
Y subió con ella.
—Entra.
—Es pequeño.
—Sí, solo necesitamos dos dormitorios.
—Pero tienes el despacho en el salón...
—Con eso tengo. Tuve la guardería y no podía pagar más, quería ahorrar para el pequeño. pero está limpio y bonito.
—¿Sí?
—Tu dormitorio está bien, tienes vestido, pero no bañera.
—Sal anda que voy a vestirme.
—Voy a ver el de Jim.
—Ella se puso unos tacones, una ropa interior bonita y un vestido estrecho precioso, negro. Él iba de negro, ella también. Se perfumó y cogió un bolsito pequeño.
—¡Qué guapa, doctorcita! la estirada te va a envidiar.

—Mejor no verla.
Espero que no, vamos, y cuando pasó a su lado...
—¡Qué bien hueles!
—Tú también, vaquero.
—¡Qué sincera!
—¿En qué? Pues qué, si te digo un piropo, tú otro.
—Es que es verdad si olieras mal te lo diría.
—Anda doctorcita, vamos a comer.

El sitio era espectacular, menos mal que se había vestido, si no, con vaqueros y zapatillas hubiese hecho el ridículo.

La comida fue agradable y Lucas era un tipo además de guapo, divertido, no le daba tregua a su tristeza. Hablaron de cuando él estuvo en Harvard, se fue unos años antes de que ella llegara y se hizo cargo de la empresa hasta que su hermano terminó y le estuvo enseñando un año. Entonces, él se retiró al rancho y su padre andaba entre uno y otro, pero porque le gustaba el rancho. Iba tres días o a las juntas de accionistas.

—¡Está cansado! Creo que lo que quiere es quedarse en el rancho, hace falta los fines de semana cuando viene gente, aunque tenemos un gerente y gente contratado para eso y para el rancho. Son dos empresas distintas.

—¿Y tú llevas las dos?

—Sí, mi doctorcita.

—Pero es mucho trabajo.

—Es mucho, pero, delego, y estoy al tanto, si saliera al campo con los animales, no tendría tiempo, pero a veces salgo, claro. Mi madre revisa las casas, la tienda y la comida, que todo esté en orden y limpio y no falte de nada, las compras...

—También es mucho trabajo para ella.

—Es muy rápida y le encanta.

—Mi padre el rancho y yo también además de los animales y los vaqueros y llevarme las facturas, llevar la contabilidad, y cepillar el poni de Jim, eso da mucho trabajo.

Y ella se reía.

—Lucas, tienes mucho trabajo para hacerte cargo de mi hijo.

—No digas tonterías, tiene a Marita, y me gusta dirigir y estar con él, y dentro de una semana tenemos que ir al cole y dejar los nombres de quién puede recogerlo.

—Muy bien, te gusta controlar todo, vaquero.

—Sí, tengo buena memoria.

—¿Quieres café?

—Vale—

—Lo vamos a tomar en otro lado.

—Como tú digas.

—Venga, nos vamos.

Y se fueron y el colegio el coche y se fueron a una terraza preciosa donde había cafés que ella ni conocía.

—Y ahora ¿cuál pido? dijo mirando la carta.

—Cierra los ojos y pon el dedo, el que te salga, están todos iguales de buenos.

Como tú —pensó ella.

Al final pidió uno con un toque de chocolate y naranja.

—Mira que pedir un café con chocolate y naranja.

—Pues está delicioso.

—Eres rara...

—Sí, seguro, que soy eso, seré todo menos rara.

—¿Cómo eras de jovencita?

—Pues rara.

Y se rieron.

—Lo sabía.

—Era una niña estudiosa y lectora empedernida. No salía, no tenía amigas. Mi primera amiga de verdad fue Sarita. Siempre andaba estudiando, mis padres me empujaban para que saliera, pero quería ser doctora y tenía que mirar muchos libros, hice que mi padre gustara mucho dinero en libros que necesitaba para mirar cosas.

—E internet.

—También. No paraba, hasta que me dieron la beca y me fui a Harvard allí conocí a tu hermano a Kevin y a Sarita e hicimos una piña, pero solo salíamos los fines de semana.

—¿Fue mi hermano el primer chico con el que te acostaste?

—Sí.

—¡Joder!

—¿Por qué?

—No, por nada.

—Y después.

—También con tu hermano, con nadie más. Tuve a Jim, y tuve que estudiar, criarlo, trabajar, guardería. Mi familia ni sabe que tengo un hijo.

—¿Que no lo saben?

—No, eres una niña ejemplar, tuve mucho miedo. Y cuando iba a ir este verano con Jim, mi madre sufre esto, así que esperaré a que mi madre salga de esto y llevarlo y encima a un hijo sin padre.

—¿Pero no se lo ibas a decir a mi hermano?

—No.

—¿Por qué?

—Porque salía en demasiadas revistas con demasiadas chicas.

—Y, aun así, te has acostado de nuevo con él.

—Sí, un par de veces, me dijo que había dejado a la novia, se fue con Jim a Disney. Era sincero. Yo me lo creí. Me dijo que cuando acabara lo de mi madre viviríamos juntos, había solicitado plaza en un colegio al lado de su casa.

—No hay colegios al lado de su casa, vive en un barrio residencial.

—Bueno será cerca. No lo sé.

—Ese era el caso, iba a ir todos los fines de semana al rancho en cuanto acabaron las vacaciones, hasta el otro día que me enteré por ti. Ni siquiera me llamó para decirme lo de la cena.

—Ay doctorcita, ingenua.

—Sí, dame encima. Pero tienes razón, soy una ingenua, y más con respecto a los hombres como tu hermano.

—Es mi hermano, lo quiero mucho, pero en cuestión de mujeres no estoy de acuerdo con lo que

hace. Pero él es así. Nadie lo va a cambiar. Hace lo que le da la gana. Tenlo en cuenta.

—Lo sé.

—Venga, ¿quieres ir a bailar?

—No me apetece Lucas, con mi madre no.

—Pues demos un paseo y luego nos vamos.

—Venga, eso sí que me apetece.

Y cambiaron de conversación. Del trabajo de ella.

—¿Te gusta?

—Sí, me gusta la investigación.

—Y Sarita, ella estuvo investigando, pero lleva ya unos años operando de corazón. Es buena.

—Ahora la tendrás cerquita.

—Sí, mira que si la llama Kevin y retoman su relación.

—Me gustaría, si él es buena persona. Ha salido con un chico en Nueva York unos meses.

—Seguro que no es tan está en el sexo cómo tú.

—¡Eh! qué dices, le dio un empujón...

—Mujer un hombre solo dos veces.

—Estuve casi un curso con tu hermano.

—Era un chico joven.

—Lo éramos.

—Y tú qué, ¿no has tenido novias?, tienes 33 años y eres mayor que tu hermano.

—Pues sí soy mayor, pero sí he tenido mujer, algunas relaciones, pero no terminaron bien. Bueno terminaron bien, pero no eran mi media naranja. Quizá porque soy exigente, debe ser eso.

—Yo te veo divertido.

—Hombre gracias, tengo más lados.

—¿Como un triángulo?

—¡Qué tonta!

—Bueno, eso es todo, no continuamos las relaciones, por razones varias. Unas veces por ellas, otras por mí.

—¿Y cuánto hace que no sales con ninguna?

—Cuatro meses.

—¿Sin sexo?

—¡Ay pillá, eso no te lo pienso decir!

—Bueno, es normal, no me lo digas.

—Nos vamos, venga, es tarde. Mañana montamos.

—Ya me has puesto nerviosa.

—Anda mujer, si tienes un temple...

—Sí, seguro.

—Oye Olga...

—Dime...

—¿Quieres a mi hermano? digo si estás enamorada de él.

—No creo, estaba ilusionada, pero anoche en la cena s sentí algo por él, se me pasó de golpe, lo vi de una manera diferente.

—¿Cómo?

—Como un cobarde.

—Bueno mujer. Anda vamos.

A la mañana siguiente desayunaron en casa de Lucas, él ya había dado una vuelta al rancho, a los chicos y había preparado el caballo.

—¡Buenos días!, —le dijo

—Buenos días, ¿Y Jim?

—Se lo ha llevado Marita a la tienda y con los abuelos. Nosotros vamos a montar, pero primero un buen desayuno.

—¿Voy bien para montar?

—Mallas y zapatillas, camiseta... en verano, vas bien.

—No tengo botas de montar.

—No hace falta.

—Mejor.

Cuando llegaron a las cuerdas y ella vio el caballo de Lucas...

—¿No pensarás que voy a montarme en?... Ay dios —chilló ella, porque Lucas la cogió por el trasero y la subió atrás.

— ¡Ay, Lucas!, me va a tirar y él se subió al caballo delante de ella.

—¡Agárrate a mí!

Y ella se agarró a él con tanta fuerza...

—Me vas a estrangular mujer, relájate, mi caballo no te va a tirar, le gustan las yeguas.

—Eres tremendo, voy asustada

—Venga relájate.

Sentía los pechos duros de ella en su espalda y se estaba excitando y ella tenía las manos en el pecho de él, y sentía su suavidad a través de la camiseta de Lucas, olía tan bien...

—¡Qué bonito Lucas!

—¿A qué sí?

—Sí, vamos a bajar al arroyo.

—Me está gustando —y Lucas se reía.

—Puedes el próximo día coger una yegua e ir sola.

—Ni loca todavía, voy más segura contigo.

—Eso no me lo ha dicho aún ninguna mujer.

—¿No?

—No, ninguna.

—¡Qué tontas al dejarte! Si yo me hubiese enamorado de ti, no te dejaría nunca.

—Nunca se sabe —dijo Lucas.

—Yo sí lo sé, debí conocerte a ti en vez de a tu hermano.

—Aún puedes conocerme. Eres libre.

—Eso no estaría bien Lucas.

—¿Por qué? mi hermano se va a casar.

—Porque me he acostado con él.

—¿Y qué?

—Que te importaría con el tiempo. Y no quiero ser causa de la separación de dos hermanos que se llevan bien,

—Nunca se sabe, pero creo que no.

—Bueno, mira el arroyo.

—Vamos por este lado que no están las vacas.

Vale.

Y cuando pararon en el arroyo, él la bajó pegándola a su cuerpo. Y ella sintió su excitación.

—Lucas...

—¿Qué quieres? soy un hombre y tú eres muy guapa.

—Recuerda lo de que he estado con tu hermano.

—¡Joder! —y la abrazó y bajó su boca a la de Olga y esta subió sus manos a su cuello.

Y Lucas metió su lengua en la boca de ella recorriendo sus rincones. La apretó fuerte a su cuerpo.

Cuando la soltó la miró a los ojos.

—¡Ay, Dios! Lucas, esto no puedo hacerlo, es...

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—¿No te ha gustado?

—No, digo sí, pero no puede ser, ¿no ves que es tu hermano?, que tengo un hijo con él.

—¿Y qué? lo quiero, él no va a poder cuidarlo.

—Y ahora tengo lo de mi madre.

—Esperaremos.

—Pero si no te he dicho que sí, ni nada.

—Sé que te gusto y no es vanidad y tú a mí me gustas desde que vi tu primera foto cuando mi hermano vino de Harvard, lo envidiaba. Eras tan bonita.

—Ya no lo soy.

—Ahora eres hermosa.

—Por dios Lucas, tu familia, no hagamos nada, ahora por favor.

—¡Está bien!, esperaremos un poco, pero que sepas que me gustas. Y la besó de nuevo en los labios.

—Quiero que mientras, olvides a mi hermano. No te merece. Y me gustas demasiado.

—Esto es una locura, me va a dar algo.

—Qué te va a dar mujer, yo cuido de Jim y tú, de tu madre y tu trabajo, tienes a Sarita.

—Que viene mañana.

—Eso es, tendrás unos días con ella, y tenemos cosas que hacer, tu trabajo. Solo nos vamos a ver los fines de semana y el día que vayamos al colegio, que vendrá Sarita conmigo para firmar recogerlo.

Ella se abrazó a él llorando.

—Vamos chiquita, no llores, sé que llevas muchas cosas, pero todo pasa, cuidaré de vosotros.

—Hablas como si saliéramos juntos y nos conocemos desde hace dos días.

—Tendremos meses para conocernos.

—En qué lio me vas a meter...

—Deja el tiempo que diga lo que tenga que decir, ¿—vale?

—Sí.

—Pues dame otro beso.

—Estás un poco loco.

—Sí, creo que me he vuelto loco por una enana extranjera con un hijo de mi hermano, si eso no es estar loco...

—Es estar loco de remate.

—Mientras lo olvides a él... si no, va a ser difícil.

—Ya te he dicho que no, tengo ya nada con él ni lo tendré, salvo en lo referente a Jim y si quiere la tiesa.

Y él se rio la cogió del trasero y la subió de nuevo al caballo.

—Me gusta tu rasero.

—Eres tonto.

—No me pegues mucho esas tetas duras nena, que me pongo tieso como la tiesa.

Y ella se reía y fue feliz por una vez, puso la cara en el cuello de Lucas. Necesitaba esos días que había pasado con él, reírse ser libre. Tener las cocas más confusas aún.

Su vida se había tambaleado desde que fue a Harvard y ahora que estaba tranquila más aún.

Pero Lucas estaba tan bien... y ella era tan débil. Necesitaba amor, caricias, que unos brazos la abrazaran fuerte y refugiarse en ellos. Necesitaba estar segura y amar.

¿Eso era lo que le ofrecía Lucas? No lo sabía. Y estaban los padres. Eso sí que era un problema.

Después de comer y tomar el café, se despidió de todo y de su hijo llorando hasta el siguiente fin de semana, y en el coche, le metió la cabeza y le dio un beso en los labios.

—Conduce con cuidado pequeña, te llamo luego.

—Cuida al niño.

—No hace falta que me lo digas, mujer.

CAPÍTULO SEIS

El lunes, se levantó temprano, se llevó el coche y aparcó frente al hospital, fue a desayunar y luego se quedó con su madre hasta las once de la mañana. Preguntó cómo había pasado el fin de semana, aunque ella había llamado a diario dos veces al menos, pero su madre seguía casi en la misma posición cada vez que venía y se iba sedada. Al menos no sufría porque al día siguiente le tocaba su dosis.

Era un día junto con el jueves de sufrimiento.

Mientras la miraba, pensó en lo que había pasado ese fin de semana en el rancho de Jim, como su vida, en menos de dos semanas se había ilusionado de nuevo con Jim y cómo se había desilusionado en menos de un día.

Ese ya no era su Jim y lo supo con meridiana claridad, no era el chico que conoció en la universidad. Al menos su familia estaba dispuesta a ayudarla esos meses y ya era algo y luego estaba Lucas.

Se había metido en un fin de semana en un berenjenal y no sabía qué hacer, tenía miedo. Y lo que debía hacer era centrarse en su madre, pero eso es lo que Lucas le dijo, y tenía razón. Y menos mal que iba a tener a Sarita con ella. Eso le había venido como agua de mayo, porque en dos semanas empezaba a trabajar e iba a ser más duro y tener menos tiempo para todo.

Pero no dejaba de pensar en Lucas y había pensado y soñado con él en el rancho montando a caballo y abrazándolo. Debía estar loca. Tenía ganas de que viniera Sarita y la centrara, al menos era su amiga.

Ya debía irse al aeropuerto, cuando la dejara en su casa y comieran se vendría otro rato al hospital hasta la noche, como hacía, durante la semana.

Cuando vio salir a Sarita cargada de maletas en un carro, se abrazaron y hasta Olga lloró

—Venga, vamos, mujer, aquí en el aeropuerto nada. Estás guapísima, le dijo Olga.

—Lo mismo que tú.

—¡Uy! venga, nos vamos de aquí.

Pudieron meter todas las maletas en el maletero y en la parte de atrás del coche de Olga.

—¿Qué traes chiquilla?

—Pues toda mi casa, menos los muebles.

—Te va a encantar la casa, ya verás. Hemos quedado en mi casa con la agente a las una, cuando firmes y veas tu casa subimos las cosas, y nos vamos a comer, tengo que contarte muchas cosas, luego, me voy al hospital y nos vemos casi el miércoles, mañana es martes día malo y vengo tarde.

—Me acuesto tarde, no te preocupes.

—Bueno entonces llego un ratito.

—Aparco en el garaje del edificio y metemos todo en los dos ascensores, ella en uno y Sarita en otro, cargadas.

—¿Qué te has traído Nueva York entero? —Y Sarita se reía.

Dejaron todo en casa de Olga, en la entrada.

—¡Oh qué cansada estoy! —dijo Sarita, voy al baño.

—Ve, hay un aseo en esa puerta.

—Cuando se refrescó.

—¿Quieres un refresco, un zumo, un café...

—¿Un café?

—Mejor.

—Y se hicieron un café.

Y no habían terminado de tomárselo cuando la agente llamó a la casa de Olga.

—¡Vaya! ni nos dejan tomar el café.

Subieron con la agente al piso y a Sara le encantó.

Es como tú decías, más bonito que en las fotos.

Y mientras ella solucionaba toda la documentación, Olga le fue subiendo las maletas y cuando acabo, ya estaba todo en su casa.

Tendrías que haber esperado, mujer.

—No pasa nada.

—Bueno, y lo tengo todo, ahora me queda colocar y comprar comida y unas cuantas compras, mañana puedes hacerlo todo, puedes hacer la compra esta tarde, al menos para comer, y mañana que no estoy, te dedicas a colocar, o descansas, tienes muchos días.

—¿A que es precioso?

—Me encanta y se abrazaron, tengo hambre.

—Vamos a comer, que luego te dejo en tu casita y me voy al hospital, ya tendremos tiempo de todo.

Fueron a una cafetería y ella le dijo:

—¿Sabes qué Sarita?

—Dime...

—Kevin está soltero, es un buen chico y trabaja para Jim como él dijo.

—No me digas...

—Sí, ahora está de vacaciones, pero viene en septiembre y se enterará, se lo dirá a Jim.

—Pues si le intereso esperaré a que me llame.

—Si no has cambiado el móvil...

—No, es el mismo.

—¿Y tú con Jim?

Y a ella se le cayeron dos lágrimas.

—Vamos ¿Qué ha pasado?

Y ella se lo contó.

—¿En serio? menudo cabrón.

—No tenía que haberle pedido ayuda.

—Pues claro que sí, mira su familia está encantada con el pequeño y vive con su tío.

—Esa es otra, no tengo hombres en años y ahora me gusta su hermano.

—¿Cómo?

—Sí, me besó ayer.

—¿Joder Olga! debes ir con pies de plomo ¿eh?

—No es igual que Jim, aunque no sea igual.

—Tranquila, que te conozco, no quiero que te embales.

—¿Está bueno?

—Casi mejor que Jim, es más de mi estilo, divertido, no quiere verme triste, pero es su hermano Sara, me he acostado con su hermano, la semana pasada y tengo un hijo de él, del niño no me digas nada, lo mataría.

—Lo sé, pero ahora no puede ser.

—Mantenlo en secreto, no te preocupes tanto, siempre te preocupas por todo, deja que el tiempo pase tranquilo. Ahora es tu madre, y tu niño, y yo no trabajo hasta dentro de un mes. Puedo quedarme alguna noche con tu madre.

—De momento se queda sola hasta dentro de tres meses, bueno, dos y medio, porque la mantienen sedada, hasta la segunda parte del tratamiento.

—Bueno, ya saldremos de esta.

—Me alegra tanto de tenerte... al menos, nos veremos en el hospital y aquí, más cuando mi madre termine y ¡ojalá! salga de esta.

—Ya verás que sí, y se irá recuperando.

Cuando comieron, volvieron al edificio y se abrazó a ella.

—Me voy al hospital.

—Y yo me voy a echar un rato, si me da tiempo compró y si no mañana tengo todo el día y pasado para limpiar y colocar.

—¿Vale?

—Nos llamamos.

Y ella se quedó toda la tarde con su madre, salvo que salió a tomar un café, leía y llamaba al rancho.

—¡Hola mi doctorcita! ¿Qué haces?

—Tomando un café y voy a comprarme un libro de lectura, ya he acabado el otro. ¿Y Jim?

—Echando la siesta, nos hemos bañado en la piscina y ya sabes, se queda frito, es que es muy pequeño.

—Mi niño...

—Tu niño está de vacaciones permanentes, va a echar de menos esto cuando entre al cole, pero ya le buscaré algo por las tardes cuando venga del cole.

—No le va a dar tiempo, echa la siesta y los deberes.

—Pues tendremos que ir por la noche a las cuadras a ver al poni o hacer alguna cosita, no te preocupes

—¿Y tu madre?

—Bien, igual, sedada, hasta mañana.

—¿Has ido a por tu amiga?

—Sí, hemos estado comiendo, y la he dejado con sus ochocientas maletas, al menos la tengo al lado, tardará tres días en limpiar y colocar.

—¿Me has echado de menos, nena?

—Lucas...

—¿Qué pasa? yo te he echado de menos, al menos podemos hablar de ello, nadie tiene por qué saberlo.

—¿No vas a dejarme? ¿no?

—De eso nada, eres demasiado guapa y hay muchos médicos por ahí.

—Tú estás más bueno.

—Si no me has probado.

—Ni tú a mí, quizá no te guste.

—Lo dudo mucho.

—Bueno, tengo que volver.

—Un besito, preciosa.

—¡Adiós, guapo!

Y así fueron pasando los días, hablaba con Sarita, con Lucas cuando salía a tomar el café y ese fin de semana se iba al rancho de nuevo.

—Sarita me sabe mal dejarte sola.

—¿Qué dices? estoy muerta de esta semana, me falta colocar bien el despacho, haré eso me iré a comprarme algo de ropa. Además. tienes que ver a tu pequeño.

—El domingo cenamos juntas pedimos y hablamos.

—Muy bien, dale besos a mi pequeño.

Y se fue al hospital, desde allí se iría al rancho.

Cuando llegó, Lucas estaba en el despacho y el pequeño con el pijama puesto cenando con Marita.

—¡Mamii!

—¡Ay! dame un gran abrazo pequeño, y no lo soltaba.

—Mami que me aprietas.

—Sí, es que soy exagerada. ¿Y tu tío Lucas?

—Está en el despacho.

—¡Hola Marita! hija, ¿Qué tal?

—Muy bien, lo pasamos bien, ahora la cena y luego un ratito de tele y a la cama.

—Voy a dejar las cosas y me doy una ducha, vengo del hospital y no me gusta...

—Deje la ropa en el bombo, se la lavo mañana.

—No hace falta Sarita...

—Que sí.

—Bueno mujer.

Y se dio una ducha y se puso un vestido de verano de algodón corto y fresco que tenía para estar en casa. Y las chanclas.

—Era otra, después de lavarse el pelo, pero estaba molida, se puso colonia fresca y bajó de nuevo.

—Soy otra Marita -- y ésta se reía. —¿Ya has terminado Jim?

—Sí, veo los dibujitos.

—Vale voy a saludar a tu tío.

Y llamó al despacho, lo tenía cerrado.

—Pasa— ¡Hombre mi doctorcita!

—Ya llevo más de media hora. ¿Te has encerrado en el despacho?

—Tenía una llamada importante.

—¿Cómo de importante?

—¿Celosita?

—Ummm, no.

—Ven aquí, anda, cierra la puerta.

—Lucas...

—Venga.

Y cerró y él, se retiró de la mesa y la cogió por el brazo y la sentó en sus piernas.

Y la cogió por la cintura.

—Pareces una niña con esa cola.

—Se está más cómoda.

Y la besó, ella le correspondió, había estado soñando toda la semana con Lucas.

—Lucas, eres insistente.

—Pero me respondes.

—Me gustas.

—Ya es algo.

—Pero...

—Deja los peros esta semana ¿quieres?, estoy cansado tú también y necesito de todo menos peros.

—¡Está bien! tienes razón.

—No dudes tanto, pequeña.

—Si nos gustamos nos gustamos y ya está, no somos niños.

—Tienes razón.

—Así que no te pegues mucho que mira cómo me estoy poniendo.

Y ella hizo ademán de levantarse, pero él la sujetó cogió su mano y la pasó por su miembro, por encima del pantalón mientras la besaba y ella sentía cómo su miembro crecía entre sus manos.

El mordió sus pezones por encima del vestido y del sujetador y ella gimió.

—¡Joder Olga!

—¡Vamos a cenar!

—Sí. —dijo ella.

—¿Qué tal tu semana?

—Bien, como todas, ya está tengo que ir al colegio de Jim.

—¿Qué día?

—El miércoles, así le dejo los libros y todo preparado. Te lo puedo llevar al rancho, juntos con su horario y demás.

—¿Cómo lo dejabas?

—Pues le daban el desayuno y la comida.

—Comerá en el rancho y desayunará, Marita le hará algo para media mañana, un zumito y una fruta o un sándwich.

—Pero...

—Nada, te vas a ahorrar ese dinero y él estará más tiempo en el rancho, si entra a las nueve y lo dejas a las siete y media, tendrá más tiempo para descansar.

—Gracias Lucas.

—No te emociones. Este año lo haremos así.

—Bueno, cuando se termine lo de mi madre lo meto como estaba.

—Ya veremos, de momento Marita es su Nani y se ocupa de él para todo y yo iré contigo el miércoles, ¿a qué hora en tu casa?

—Vente y desayunamos en la cafetería de enfrente.

—¿A las diez te parece bien?

—Sí.

—Así le doy una vuelta al rancho. Vamos y compramos lo que necesite.

—Lucas que te conozco.

—No, no me conoces, pero me conocerás.

—Eres terco.

—Sí, eso no es malo.

—Estoy cansada.

—Pues no discutas mujer.

—No discuto es que te gusta controlar todo.

—No es controlar, intento ayudarte.

—¿Café?

—No, quiero dormir esta noche.

—Vale.

—Mañana vamos a desayunar con mis padres los tres y te enseño la tienda y algunas casas por fuera, porque están todas ocupadas, la tienda te la enseñará Jim, le encanta, a veces le ayuda a la chica a ordenar los sombreros, las botas o cuando llega un pedido si está allí abre las cajas, es tremendo.

Y ella se reía.

—Le tendrás que pagar.

—Ya tienen un poni, cuesta una pasta.

—Es verdad.

—Montamos luego antes de comer.

—Me vendría bien, o montar o dar una vuelta.

—Iremos que te dé el aire.

—Hablamos mañana Lucas, estoy muerta.

—Yo también me acuesto. Venga, Marita ya se ha acostado también.

Y cuando subían por las escaleras, el tiró de su mano y la metió en su habitación.

—Lucas, dijo ella despacio —pero Lucas no le dio tiempo a nada, la abrazó y la subió a su sexo para que sintiera lo que le hacía.

Se besaron y el la tumbó en la cama y metió la mano dentro de su sexo, apartándole el tanga.

Olga gemía y eso a él, le dio alas, le quitó el camión y le desabrochó el sujetador, le bajó el tanga y la miró desnuda.

—No me mires, me da vergüenza.

—¿Por qué? Eres preciosa.

—¿Y tú vestido? Y se fue desnudando, enseñando su cuerpo perfecto, sus anchas espaldas que ella acariciaba y su sexo liviano y alborotado.

—¡Tócame! —y ella lo tocó.

—Buff nena, no voy a poder.

Y entró en ella libre sin preocupaciones, sin darse cuenta más que de su deseo y ella del el suyo, amaba sus lindes, y sus caderas, chupaba, mordía sus pezones y ella se abría como una flor de loto para él, hasta que en la última embestida crearon un clímax perfecto.

—¡Ah, Dios! Lucas.

—No vayas a decir nada, nena.

—No, lo abrazó y se besaron.

—¡Joder Olga! Se levantó rápido.

—¿Qué pasa?

—No me he puesto preservativo. Me vas a volver loco.

—No pasa nada, tomo pastillas.

—¡Joder qué susto!, sí que iba a meterte en problemas.

—No me faltaba más que otro embarazo.

—Lo has hecho con mi hermano sin preservativo.

—No hubo tiempo.

—¿Soy el primero?

—Sí, ha sido perfecto.

—Menos mal que soy el primero en algo.

—Tonto...

Y él, la besaba.

—Me gustan tus pechos, y tus pezones duros y la mordisqueaba.

—Sigue así que vas bien.

El no quiso ni preguntar para no compararse con su hermano, pero con Lucas para ella había sido distinto sentir su miembro duro y de terciopelo sin nada entre ellos.

—¿Lo has hecho laguna vez sin preservativo?

—No, nunca por eso me he asustado. Ha sido tan distinto... Tampoco he tenido la suerte de tener una virgen.

—Eso no es importante.

—Para las mujeres es importante el primero.

—Para mí es importante el último.

—¡Que sabia eres doctorcita! Me gustas, en serio Olga.

—Tú también a mí. Y no voy a decir nada.

—Será nuestro secreto, nada a los familiares.

—Lo sabe Sarita.

—Solo sarita, ¿vale?

—Vale.

—Si luego nos va bien ya solucionaremos el tema, pero no hago sino pensar en ti toda la semana y en hacerte lo que te he echado.

—¿Y qué?

—¿Has superado con creces lo que soñaba?

—Tú también.

—¿Has pensado en mí?

—Claro tonto ¿Quién crees que soy?, no soy de piedra.

—¿Ah no?

Y se la puso encima.

—¡Qué fuerte eres!

—Y tú ¡qué poquita fuerza tienes!

Y la penetró de nuevo, y ella se movió en él, hasta caer rendida sobre su cuerpo.

Esa noche fue una noche de sexo y lluvia cálida entre ellos.

—El bajó a sus nalgas y ella bajó a su miembro y cuando subió de nuevo, —le la agarró fuerte contra su cuerpo y se quedaron dormidos.

—Por la mañana, lo sintió en la ducha.

Y se metió con él lo abrazó desnudo y le que la presintió le echó gel y la cogió entre sus piernas entrando en ella, besándola y haciéndola feliz.

—Te acabas de levantar, le dijo ella mientras lo enjabonada.

—No toques eso, hay que lavarlo.

—Y yo que pensaba que eras una mujer vergonzosa.

—Y lo soy, menos contigo.

—Ya me levanté dormilona, he dado una vuelta y me iba a costar un rato más, es temprano

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—¡Ah, por Dios! me duermo de nuevo.

Y cogió una toalla se la puso en la cintura y a ella la tapó con una grande.

Cuando se secaron, se acostaron un rato más.

—¿Qué me miras?

—Eres tan guapo...

Y tú tan bonita...

Y tocaba su trasero.

Y ella se abrazó a él como un refugio en el que quedarse.

—¡Mi chiquita!

Y así ella abrió sus piernas y Lucas entró en ella y se movieron en silencio, mientras la besaba lento hasta correrse en su cuerpo.

—¡Mujer! vas a matarme, y tenemos que montar.

—Si te he montado esta noche.

—Guasona, no, vamos a montar, tenemos que ir a desayunar dentro de media hora y luego mientras Jim va a la tienda damos una vuelta.

—Andando.

—Si quieres...

—Prefiero ir andando.

—Como quieras.

—Necesito estirar las piernas, si es que puedo nadar, me duele todo el cuerpo.

—¿Qué exagerada eres!

—Me has dejado muerta con tanto movimiento, aún me queda una noche.

—Me quedaré dormida en el hospital.

—¿No tienes nada que hacer?

—Además trabajo ya el martes de la semana que viene.

—Pues tienes el lunes descanso mi niña.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—No lo sé, me gustas, no soy bueno, me gusta estar contigo y después de hacerte el amor más aún, que lo sepas. También quiero que sepas que soy celoso, sobre todo con mi hermano.

—No tienes nada que temer, el tema de tu hermano lo tengo claro.

—Sé que quieres preguntarme si es mejor con él que contigo.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque te voy conociendo.

—Pero olvidando la universidad que aquello fue distinto, éramos más jóvenes, ahora ha sido mejor contigo, no hemos utilizado nada. Me gusta tu olor y no sé cómo ha pasado, pero cuando te vi en el caballo la semana pasada, fue como un flechazo, y aun no sabía lo de tu hermano. Y me pregunto cómo terminará todo esto. Porque puede ser que no seamos compatibles salvo en la cama.

—No seas tonta, nos llevamos bien.

—Una cosa es un fin de semana y otra vivir juntos Lucas.

—¿Y vamos a pensar a tan largo plazo?

—No.

—Pues no seas boba, y se echó encima de ella.

—¡Ay que eres muy grande y me matas!
—Arriba, que tenemos desayuno familiar y un buen paseo.
—¿Nos llevamos a Jim y luego vamos a la tienda?
—Sí, si se cansa lo cojo a hombros, le encanta.
—¿Te gustan los niños?
—Me encantan, si terminamos juntos me gustaría tener un par de ellos contigo.
—¿Un par?
—Sí, dos.
—¿Algo más?
—Un niño y una niña —se reía Lucas.
—¡Ah bien!
—O tres.
—¿Gemelos?
—Anda calla, tonto, vamos a vestirnos.
—¿Qué crees que tengo aquí?
—Un vientre para llenarte de hijos.
—Claro y me pongo como una foca y te buscas otra.
—Eso jamás. Haremos mucho ejercicio por las noches y andaremos todo el rancho.
—¿Quién eres y de dónde has salido?
—Esas preguntas tan trascendentales...

Después de comer Marita se quedó limpiando la casa y le dijeron que ellos llevaban al niño luego a la tienda.

Así desayunaron con los padres de Lucas y se fueron a dar una vuelta al rancho al que se unió el padre de Lucas, y les contaba anécdotas de los hermanos en el rancho cuando eran pequeños, y ella se reía.

Lo pasaron muy bien. Cuando subieron a una colina...

—Mira Olga, hasta aquella valla que ves llega el rancho.

—¡Dios mío ¡Qué grande!, es enorme.

—Hemos ido comprando tierras y vacas. Tenemos muchos trabajadores.

—¿Y las casas cómo se les ocurrió?

—Eso fue cosa de mi mujer, tenemos diez casas, pero están llenas siempre con familias de vacaciones, la tienda vende bien, y luego tenemos la de Jim y la de Lucas, la nuestra, que nos sobra la mitad ya. Miró casas de varios lugares del mundo y se le ocurrió la idea, tenemos un chef para las comidas en el comedor.

—Hoy te voy a llevar para que pruebes nuestra comida vacacional. Y tenemos un sendero para hacer rutas a caballo, y un rodeo detrás para ponis para niños. Lo pasan bien. No hemos querido poner más cosas porque la empresa petrolífera tiene también mucho trabajo, pero esa la lleva bien Jim y Lucas el rancho y toda la contabilidad, de las dos.

—Sí, me lo dijo. Trabajan mucho.

—Yo estoy ya cansado, solo voy a la junta de accionistas de la empresa.

—¿Qué edad tiene?

—66. Y Marta 60. Estamos pensando en retirarnos.

—¿En serio papá? No has comentado nada.

—Sí hijo, la casa se puede reformar y dejarla para acontecimientos familiares, dividirla y dejar

una pequeña para cuando vengamos.

—¿Vengamos de dónde?

—De los Cayos de Florida.

—¿Queréis ir a los Cayos?, pero si el rancho es vuestra vida...

—Sí, pero nunca hemos tenido vacaciones. La empresa para tu hermana y el rancho para ti.

—¿Y quién va a llevar lo de mamá?

—Contratas a un chico, o una chica y le explicamos el trabajo.

—¿Y cuándo habéis pensado eso?

—Ya llevamos tiempo, nos iremos cuando la madre de Olga salga del hospital, pero vamos a ir haciendo la obra de la casa. Tenemos los planos. El dinero lo repartiremos en tres partes iguales una vez que compremos la casa en Florida, y si estáis de acuerdo en que cada uno se queda esa parte.

—Yo no tengo problemas y creo que Jim tampoco. Y por el dinero creo que tampoco, lo habrá.

—Nosotros con esa parte y la casita que quede tenemos, nos compramos una en los Cayos pequeña, hemos visto una que se vende y quizá vayamos antes a verla.

—Pero esto es una locura...

—Hijo queremos vivir. Todo esto es para vosotros y queremos dedicarnos a disfrutar, cuando queráis venir a vernos y vendremos a ver a nuestros nietos, ¿verdad Jim?

—Sí abuelo.

—Claro que vendremos, en todas las celebraciones.

—Papá. Nunca pensé...

—Nunca se piensa hijo.

Y Lucas se quedó serio.

—Estaréis lejos, si os pasa algo...

—Contrataremos una mujer para nosotros, no te preocupes, está el avión, que es para los dos.

—¡Joder, papá!, pero si es lo que queréis, por mí, estoy de acuerdo, os merecéis un descanso.

—Tu madre enseñará a quien contrates, eso lo harás tú que trabajarás con él, si quiere puede dormir con los vaqueros hay sitio, si no, que vaya y venga.

—Vale.

—Bueno, nos vamos de vuelta.

Y cuando llegaron pasaron y sacaron al poni un rato y le dieron agua y de comer. El padre se había ido.

—¿Que te pasa? —le preguntó Olga.

—Mis padres.

—Tienen derecho Lucas, contrata un hombre.

Y se rio.

—¿Y eso?

—No quiero ponerme celosa.

—¡Qué tontorrón eres!, contrataré un hombre, pero feo, para que no te guste.

Y se rieron.

—Anda, vamos a meter a cangrejo que vamos a comer al comedor de los clientes.

—Sí —dijo el pequeño.

—Si.

Y llamaron a Marita para que ni hiciera comida.

Comieron y tomaron café en la terraza.

Y al volver como siempre se dieron un baño en la piscina.

—¿Quieres salir a algún sitio?

—No, no me apetece.

—¿Y si nos quedamos en la piscina desnudos?

—Está Marita, loco.

—Su habitación da al otro lado, y apagamos la luz.

—Vicioso.

—Sí, un rato. luego nos acostamos.

Y después de la siesta y ella hacer lo mismo que la semana anterior, estar con su hijo hablando hasta que se cansó después de la siesta, Lucas estaba en el despacho, y Marita preparaba la cena.

—Marita, le dijo Lucas.

—Dígame señorito.

—Cuando termines, puedes irte hasta mañana después del café.

—¿Sí?

—Sí, ve a ver a tu familia, venga, no necesitamos nada más.

—Gracias señorito.

—De nada.

Y en cuanto terminó, a las seis se fue.

—Cuando venga, te vas mañana.

—¿Me echas?

—No mujer para que Jim no esté solo.

Cuando acostaron a Jim por la noche, se quedaron desnudos en la piscina, haciendo el amor hasta cansarse, y continuaron en la cama.

—Te espero el fin de semana que viene.

—Me costara no venir. Pero nos vemos el miércoles, para lo del colegio.

—Vale.

Y cuando llegó el domingo a casa, se duchó y subió a casa de Sarita.

—¡Hola pendeja! —Y ella se reía.

—Muy contenta vienes.

Y le contó a sarita todo.

—¡Dios mío Olga! ¡Qué suerte! Es distinto a Jim, dale tiempo y no te ilusiones demasiado.

—Es que es tan bueno en todo...

—¿Y en el sexo?

—Ummm..., no para.

—¡Que suerte, tía!

—A lo mejor te llama Kevin, ¿Te apetecería verlo?

—Sí, saber cómo es ahora y ver cómo está, si me recuerda...

—¿Lo recuerdas tú?

—Sí, mucho, fue... estuvo muy bien.

—Será un señorito.

—Y yo una cardióloga.

—Así me gusta con autoestima.

—Hombre.

—¿Pedimos pizza?

—Pues claro, te esperaba.

Y estuvieron hablando hasta tarde de todo.

—¿El miércoles vas con Lucas entonces?

—Sí.

—Eso no lo hace cualquiera, ¿No te ha llamado Jim ni una vez?

—Le voy a preguntar a Lucas si ha llamado al niño o a él para ver cómo está. Me he olvidado.

Bueno, me voy a descansar que Lucas me ha dejado muerta y mañana voy al hospital.

Se besaron y Olga bajó a su casa y cayó en la cama muerta de cansancio.

CAPÍTULO SIETE

El lunes cuando por la noche llegó del hospital y la llamó Lucas, le preguntó si había llamado su hermano preguntado con el pequeño.

—No, desde aquella noche no me ha llamado ni a mí.

—Bueno, mejor. Si mi pequeño tampoco pregunta por él, no hay problema.

—No, no tiene tiempo. No ha preguntado, de verdad. A lo mejor te llama una de estas noches a ti. ¿Cómo estás?

—Bien, ¡qué poco me queda para trabajar ya!

—Nos vemos el miércoles para lo del colegio de Jim.

—Lo sé.

Y hablo con él y con el pequeño y luego se despidió como él lo hacía siempre.

—¿Chiquita, me echas de menos?

—Sí, vaquero, te echo de menos.

—Mi doctorcita...

—Adiós guapo.

El miércoles quedaron en su casa y antes de irse le hizo dos veces el amor.

—¡Estás loco! tenemos que irnos.

—¡Qué vida más perra! con lo bien que estaba.

—Nos cierran el cole y tengo hambre.

—Y yo también —y le mordía un pezón.

—¡Estate quieto! —se reía ella.

Desayunaron y Lucas la llevaba de la mano, no le importaba nada.

Solucionaron todo lo de Jim del colegio y se fueron al centro comercial a comprar todo, la ropa, los materiales y una mochila nueva.

—Casi tiene la del año pasado nueva.

—Esta es de su tío.

—Y la ropa también...

—La necesita.

—Pero solo los uniformes.

—Necesita de todo. Ha crecido este verano.

—Hasta un abrigo, si estamos en verano, loco.

Cuando acabaron de comprar todo, que no quiso que ella pagara nada, estuvieron comiendo una hamburguesa y una cerveza.

Ya te tengo que dejar en la puerta preciosa, viene un cliente esta tarde a ver unas vacas.

Dame un beso.

Y la abrazó y la besó.

—Nos vemos el viernes, pequeña.

—Sí, dejaré todo listo para el trabajo, que el martes empiezo.

—Así descansas el lunes.

—Relativamente, tengo que hablar con la chica que se queda con mi madre y acordar los pagos y el horario.

—Ya lleva casi un mes.
—El domingo, un mes exacto
—¿Ves? el tiempo pasa rápido.
—La semana que viene es el compromiso de mi hermano, el sábado.
—Bueno, iré este finde y el otro no, si quieres me traes a Marita ya Jim.
—No, se quedan en mi casa.
—Está bien, lo voy a echar de menos dos semanas.
—Descansas.

Y así pasó el tiempo, fue ese fin de semana a casa de Lucas y fue perfecto, cada día le gustaba más ese hombre, agradable, amable, pasional, controlando todo.

Ellos se iban a encargar de llevar al pequeño al colegio y ella llamaría por la noche.

Tenía la chica lista y Sarita no empezaba hasta dentro de dos semanas.

La noche antes del compromiso la llamó Jim, padre.

Y ella se extrañó.

—¡Hola Jim! ¿A qué se debe el honor de tu llamada?

—¡Hola Olga! ¿Y el pequeño?

—En el rancho, no te preocupes ni Amanda tampoco, se quedará en casa de tu hermano con Marita.

—¿Pero está muy bien?

—¿Has ido los fines de semana al rancho?

—Todos, menos este.

—Gracias. No quería problemas con Amanda.

—Si me llamas por eso, no te preocupes, no los tendrás de mi parte.

—Lo siento nena.

—No me llames nena.

—Está bien, lo siento Olga, yo quería cortar con ella, pero ya ves que son negocios, no la quiero.

—Bueno, en todo caso no es mi problema.

—No te importa.

—No más de lo que mereces.

—Pero no, lo nuestro se acabó.

—Quería darle algo a Jim, pero Amanda...

—Tiene todo lo que necesita,

—De verdad que lo siento.

—Ha venido Sarita —quiso cambiar de conversación.

—Sí. Se lo he dicho a Kevin. Va a llamarla.

—Gracias, bueno tengo que dejarte, voy a ducharme, estoy muy cansada entre el trabajo y el hospital.

Kevin llamó la noche después del compromiso a Sarita.

—¡Hola Sarita!

—¡Hola! ¿Kevin?

—Sí soy yo.

—Por dios hombre...

—Por dios mujer...

—Me da a alegría escuchar tu voz.

—Te llamo para quedar el sábado a tomar algo y vernos, ¿te apetece? —Si no tienes compromiso, claro.

—Sí, claro, no tengo guardia ni nada.

—¿Me das la dirección y te recojo a las ocho?

—Vale.

—Bueno, tenemos mucho que contarnos.

—Si la verdad.

—Pues hasta el sábado.

—Olga...

—¿Qué pasa?

—Me acaba de llamar Kevin.

—¿En serio?

—Sí, me ha invitado el sábado a salir a tomar algo a las ocho.

—¡Qué bien!, sabía que te llamaría. Me lo dijo el otro día Jim cuando me llamó.

—¿Cómo estará?

—Seguro que muy guapo, más que cuando era joven.

—Estoy nerviosa.

—No te pongas nerviosa y no olvides los consejos que me diste.

—Lo sé. Estoy desenado que llegue el sábado.

—¡Qué loca!

—Claro es que tú te vas y me dejas sola.

—Por el pequeño, pero cuando se acabe todo estaré aquí.

—No creo que Lucas te deje.

—Ya veremos.

El tiempo pasaba y llegó noviembre, su madre empezó a despertarse a comer un poco, a pasear, y ella en cuanto terminaba su trabajo, se iba con ella hasta por la noche en que dejaba a la chica para descansar.

La vería mucho mejor y hablaban y se quedaba con ella cuando se quedaba dormida.

Ya solo se iba al rancho el sábado y venía el domingo, para no dejarla sola mucho tiempo.

Lucas se quejaba de una noche menos con ella, pero lo entendía. Seguían igual e iban afianzando esa relación oculta que tenía.

Los padres compraron la casa en los cayos y repartieron el dinero entre los hijos y las propiedades, y estuvieron de acuerdo, Lucas contrató a un hombre feo, y ella se reía.

—Eres tremendo...

Yo cumplo lo que digo, nena.

—La casa ya la habían acabado y los padres se iban en cuanto Jim se casara, después de Acción de Gracias. A la que ella no acudió ni a una cosa ni a otra.

La boda fue espectacular y toda la sociedad de clase alta de Houston estaba en ella hasta Sarita, que Sara con Kevin y la llevó de acompañante.

—Así me cuentas los cotilleos.

—Eso ni lo dudes. Esta no me la pierdo.

Pasó todo y pasó la Navidad, Jim llamaba de vez en cuando para preguntar por el niño. Los padres se habían ido a los Cayos y vendrían para Navidad.

Y ella tampoco quiso acudir en Navidades a la cena, Lucas se desesperaba, pero ella prefirió quedarse con su madre en el hospital.

—Hija, que te estás perdiendo la Navidad con Sarita.

—Anda, vamos a llamar a pasar, venga.

Y hacían sus videollamadas y hablaban con el padre y la hermana.

Y cuando se quedaba sola hablando con el padre.

—¿Necesitas dinero Olga?

—No papá, aún tengo del que me diste. Ya queda poco, no te preocupes, los resultados de los análisis que le van haciendo son perfectos, es una paciente buena, se queja poco la pobre con lo que le duele, pero lo lleva muy bien, se levanta y da paseos por el pasillo, y la medicación ya es menos fuerte, con lo que permanece más tiempo despierta. Los médicos son positivos.

—Esperemos hija y gracias por lo que haces después del trabajo.

—Vamos papá, me quedo, pero por la noche se queda una chica, pero tú te quedas todo el día.

—No me importa, hemos hablado más que en toda la vida, y el padre se reía.

—Me gustaría estar ahí, pero no puedo.

—Que no te preocupes, ella habla contigo mucho y está tranquila, a lo mejor si te ve, se pone más nerviosa.

—Eso sí.

—Bueno papá —te llamo en tres días.

—Vale hija. Te quiero.

—Ese año, no tuvo ganas de poner Navidad en casa, no sacó su Belén, ni su árbol de Navidad, pero sí que fue a comprar regalos para los padres de Lucas, para Lucas, para Marita y su hijo, Kevin y Sarita. Y para su madre.

Envió los regalos con Marita que se acercó al hospital porque Lucas no pudo y ella se quedó con su madre.

Le regaló unos pañuelos bonitos para la cabeza, para cuando le creciera el pelo y un perfume que olía muy bien.

—Gracias mi a amor. Te quiero. Recuérdalo si no salgo de esta.

—Saldrás, mamá, eres fuerte y los médicos están positivos de su trayectoria.

—¡Ay mi casa de Cádiz! ¡Que ganas tengo de verla!

—Vamos mamá ya te queda la mitad. Menos, a finales de abril para primavera estarás allí curada del todo. En marzo dejan de darte la medicación y estarás con medicamentos más flojitos.

Y pasó enero y febrero y marzo y ya le quedaba a su madre un mes apenas, empezó a crecerle el pelo y estaba tan animada por irse ya a España..., no había rastro de cáncer en las pruebas que le hicieron, pero querían dejarla un mes más.

Y la madre decía que para qué...

Jim crecía por momentos y ella se enamoraba perdidamente los fines de semana que iba al rancho o algunos días había podido quedarse en su casa con ella en Houston. De vez en cuando le daba esa sorpresa.

Pero eso iba a ser un problema para ella, amarlo y su hermano iba a tener otro hijo, Amanda se

quedó embarazada y estaba de cuatro meses.

Y Jim estaba loco con su segundo hijo, que iba a ser una niña.

Lucas tenía tanto trabajo en el racho, pero no comprendía cómo podía llevar todo, aunque tuviera gente y que funcionara, lo cierto es que los hermanos en cuanto al trabajo, eran implacables.

—Mi doctorcita...

—Dime...

—Cuando haya que preparar el avión me lo dices con tiempo y lo medicalizamos como la otra vez.

—Creo que podemos ir en un avión de línea regular, compramos billetes de primera, pediré unos días y los restos de las vacaciones.

—No mi vida, la llevaremos tranquila como vino. Son horas menos y va descansada, así pides menos días de vacaciones, que luego los vas a necesitar.

—¿Cuánto te debo?

—No seas tonta, qué me vas a deber.

A veces se sentía débil y lloraba y él la abrazaba, estaba derrotada y gracias a que cuidaban de Jim, pero estaba tan cansada...

Su trabajo, hablar con los médicos, la casa, ir los fines de semana con Jim, con su madre hasta las diez de la noche a diario...

Ya solo faltaba un mes y se alegraban de que estaba en perfecta forma. La madre se recorría los pasillos y si encontraba a algún español se ponía a hablar con él y luego le decía a ella todo, que, si este tiene, no sé qué pobrecito...

Así era su madre. Se preocupaba por otros y ella estaba enferma.

Cuando llegó finales de marzo, faltaba una semana para que le dieran el alta, Lucas se puso a preparar el avión para medicalizarlo, cuando su hermano lo llamó.

—¡Hola Lucas!

—¿Qué pasa? Me he enterado de que estás preparando el avión, ¿dónde vas?

—A Málaga, a llevar la semana que viene a la madre de Olga, ida y vuelta, medicalizado, como cuando vino.

—Lucas, Olga quiere ir la semana que viene a las Bahamas.

—Pues lo siento por ella, no va a poder ser, además está embarazada.

—Se le ha metido en la cabeza ir.

—Pues que espere unos días.

—Hablaré con ella.

—Mira Jim, no me jodas ¿vale? Suelo tomar el avión muy poco, pero ese avión irá y vendrá a España y si tu mujer quiere uno, lo alquilas, ¿entendido?

—¡Está bien!

—Debería darte vergüenza.

—Que sí, que te lo lleves.

—Por supuesto y si no me pones a tu mujercita, que ya le diré un par de cosas.

—No le dirás nada.

—Pues entonces no hay nada que decir. Se acabó, tendré el avión hasta que Olga venga, que quede claro.

—¡Está bien! Se lo dices.

- Vale, no te preocupes.
- Adiós Jim.
- ¡Hasta luego!

Y el día que a su madre le dieron el alta, fue el día más feliz en la vida de Olga. Su madre salía limpia, llevaba sus medicamentos aun y los seguimientos que debía hacerle casa cierto tiempo, pero eran buenas señales. No quería pensar el dinero que su padre se había gastado. Todos los ahorros de su vida. Pero merecía la pena.

Tantos meses... Y estaban a finales de abril. Ya apenas le quedaban un par de meses a su hijo de colegio.

Lucas le tenía preparado el avión y ella pidió una semana de las vacaciones.

Así, el día que su madre entró de nuevo en el avión, llevaba los dos pilotos, una azafata y una médica. Y ella le presentó a Lucas, y ella llorando se lo agradeció.

—Vamos señora, no llore para esos estamos.

—Mientras metían a su madre él la abrazó y la besó.

—Cuida a Jim.

—No te preocupes cielo. Duerme en el avión y descansa. Me vengo desde Málaga porque mientras repostan veré a mi madre a mi padre y mi hermana con la novia, estaré con ellos media horita y le daré a mi padre los documentos e instrucciones. Ya volveré si acaso en vacaciones con el pequeño para que lo conozcan, si está bien, si no, el año que viene.

—Sí, mi chiquita, te echaré de menos.

—Gracias por el avión.

—Venga, sube que va a salir.

—Gracias, guapo.

—¡Hasta pronto preciosa!

Y el viaje fue largo, y ella durmió en la ida, de noche como su madre. Estaba la enfermera, y por la mañana antes de delegar a Málaga se dio una ducha y se aseó y cambio de ropa.

Cuando llegó, su madre quiso bajar del avión andando con una muleta que le había comprado.

Y toda la familia se abrazó llorando, vamos a tomar algo.

—El avión sale de vuelta en media hora papá. Venga, rápido, te dejo todos los documentos, te los he traducido, lo que tiene que tomar, y pide cita lo antes posible, al hospital, tiene que hacerse sus reconocimientos.

—¡Que hija! Tanta preocupación.

—Que sí mamá que esto va así. Os llamaré todas las semanas.

—Bueno, ahí llevas todo, se lo das a su oncólogo y te paso el dinero que me ha sobrado.

—Nada de eso, es para ti.

—Papá, yo tengo.

—Que no me mandes nada, te lo prohibido, he ganado en estos meses, así que vuelvo a tener algo.

—Pero papá...

—Ni papá, ni nada.

—Me han sobrado tres mil casi quinientos dólares.

—Para ti, invita o comprarle algo bonito al dueño del avión.

—Eso sí, tendré que agradeceréselo con un buen regalo.

- Pues ya está.
- Me despido, me llaman. Si puedo venir este verano vengo, si no, lo que viene.
- Descansa, esta hija..., tu madre estará bien, meteremos a una chica unos meses.
- Os quiero, hermano, Alba.
- Papá...
- Venga no llores.
- Mamá, te quiero.
- Gracias hija, y descansa que estás derrotada por mi culpa.
- Sabes que lo haría mil y una vez.
- Lo sé.

Y tal como vino el avión alzó el vuelo camino de Houston.

Comió en el avión y se echó en la cama. Cuando amanecía, desayunó, se duchó y se cambió de nuevo de ropa y se sentó a leer un rato, a quedaban un par de horas para llegar y cerró los ojos pensando en qué pasaría ahora con Lucas.

Sus fines de semana con él eran tan... pero lo que ella no sabía es que Lucas fue a la empresa a hablar con su hermano, mientras ella esta fuera.

Y el tema era de ella y de su hijo, y lo que iba a decirle a su hermano, no iba a gustarle.

- Tiene cita —le dijo la secretaria.
- Para hablar con mi hermano.
- Perdone, me hago pasar si no está ocupado.
- Claro, tengo trabajo, dijo con el sombrero en la mano.
- Hombre Lucas, pasa, qué te trae por aquí que nunca bien, yo al menos voy por tu rancho.
- Bueno, allí tienes una casa.
- Ya sabes cómo es Amanda, no quiere ir.

Pues deberías dejármela que la alquile, está desperdiciada, puedo comprártela. Bueno, no estaría mal.

- Ponle precio, y al menos le saco rentabilidad.
- Te parece bien 200.000 dólares.
- Me parece bien, que pase tu abogado con los papeles y te firmo, ¿tienes algo allí?
- Nada, Amanda quiso traerlo todo.
- Perfecto. Está equipada entonces, la mando limpiar y la alquiló.
- Si tengo que ir, iré a verte y siempre está la de papá, y mamá la pequeña si quiero quedarme una noche.
- Por supuesto.
- Bueno, hemos hecho un trato.
- Sí, pero no venía a hablarte de eso.
- ¿Cómo está Amanda?
- Pesada, insoportable porque tiene barriga, no sé cómo quieres estar de cinco meses y no tener barriga.
- Bueno quería hablarte de Olga y de Jim.
- ¿Cómo está?
- Bien, aunque no entiendo como no quieres a tu hijo, tan precioso.
- Sí lo quiero, necesito tiempo.
- Bueno quería decirte que quiero a Olga.
- ¿Qué? Se levantó como un resorte Jim.

—Sí, en todos estos meses me he enamorado de ella.
—Pero me acosté con ella...
—Hace siete meses y hace años, no me importa.
—Te lo prohíbo.
—¿Que me lo prohíbes?
—Y eso, estás casado y nadie mejor que yo para cuidar a tu hijo.
—Pero no quiero que estés con ella ni te acuestes con ella.
—¿Te has acostado con ella?
—Sí, llevamos meses, claro.
—Eso no puede ser.
—¿Por qué? La quiero, tú no la quieres.
—Porque esto es de locos, se acostó conmigo, no tienes decencia.
—No, el que no tienes decencia eres tú, que te reíste de ella, pero yo la amo, de verdad.
Además, no necesito tu permiso, solo quería que lo supieras. Ninguno de ellos dos lo necesitamos.
—Te quitaré a mi hijo.
—¿Y quién lo va a cuidar tu Amanda?
—¡Maldita sea!
—Pero ¿Qué te pasa? ¿Estás tonto? No te acuerdas de ella ni de tu hijo y no quieres que sean felices.
—Pero no contigo.
—Pues conmigo lo son, hermano, lo siento.
—No lo hagas Lucas, se lo diré a papá.
—Sí, llámalo.
—Mira Jim, te lo digo para llevarnos bien, no para pedirte permiso, además soy mayor que tú, la quiero y pienso casarme con ella.
—¿Que vas a hacer qué?
—Lo que has oído, casarme con ella, quizá el año que viene, si su madre está mejor.
—Bueno allá tú, no tenemos más que hablar.
—Bien, ya lo sabes, mándame lo de la casa.
—Por supuesto, ese dinero me vendrá bien para mi niña.
—Perfecto.
—Hasta luego hermano.

Pero cuando Lucas salió del despacho tiró el lápiz a la otra esquina maldiciendo. No quería que Olga se hubiese acostado con su hermano.

No quería ser egoísta, pero lo era y además se reconocía, porque no era feliz con Amanda y Olga no quiso ser su amante.

Podía haberlo sido y haber ido a su casa con su hijo a veces, pero no se lo permitió y ahora... ¡maldita sea!

Bueno, allá su hermano si quería a la mujer que había sido suya primero.

CAPÍTULO OCHO

Cuando el avión aterrizó, estaba Lucas esperándola. Salió con su bolso y les dio instrucciones a los pilotos y la abrazó, la besó y ella entró en el coche.

—¿Dónde me llevas?

—Es viernes nena, al rancho a ver a Jim y si no trabajas hasta el lunes.

—Sí, estoy tan cansada...

—Pues a descansar a casa que te de aire fresco.

—¡Menos mal que tengo ropa allí!

—Sí, estás ocupando mi casa.

—¡Pobrecito! si te gusta...

—¡Me encanta!

—¿Cómo se ha quedado tu madre?

—Muy bien y mi familia, al menos la he visto. Cuando llegemos al rancho los llamo a ver si han legado bien a Cádiz. Tiene que pedir cita al oncólogo.

—Bueno, tú ya descansa y llama de vez en cuando.

—Sí, estos meses me han pasado factura, por eso hasta que termine el colegio, te vienes los fines de semana al rancho.

—Tengo que pintar el apartamento.

—Pues que te lo pinten el fin de semana.

—Eso sí.

—Sarita tiene la llave.

—Se la daré.

—Y te vienes a quedar en la casa todos los días.

—Hay una hora de camino.

—Sales temprano y no entras tarde y quiero tenerte por las noches y así estar con el pequeño.

—¿Y mi casa?

—Bueno puedes quedarte algunos días. Si puedo me voy.

—Bien, con el dinero que me ha dado mi padre la voy a pintar y cambiar alguna ropa o algo.

—Deja para las vacaciones.

—¿Vas a venir conmigo de vacaciones? Tengo una semana menos.

—No puedo quedarme un mes nena, pero sí vamos a ir los tres de vacaciones.

—¿Dónde?

—Ya veremos, donde queramos, al norte, a Hawái, donde elijas, tenemos el avión.

—¡Ah tener un hombre rico!

—¡Qué tonta!

—Vamos a llegar de noche, estarán todos dormidos.

—Pues tengo hambre —dijo ella.

—¿Comemos antes de llegar?

—Sí.

Y pararon en una cafetería, cenaron un plato combinado y tomaron unas cervezas.

—Quiero tarta y café.

—¡Qué mujer!

—Estoy más delgada.

—Es verdad. Y necesitas caderas para tocarte.

—Te he echado de menos. —Le dijo cuando volvían al rancho en el coche y ella se echaba en su hombro.

—Yo también preciosa.

Cuando llegaron a la casa, Marita y el niño estaban dormidos, cerraron la habitación se dieron una ducha, se lavó los dientes y él también y...

—No te pongas nada.

—¿Desnuda?

—Sí, quiero verte.

—Y quiero hacerte el amor, que ya llevo días sin ti.

—Pues vengo cansada.

—Entonces ¿tres nada más?

—Estás más tonto...

—Pues claro se metía entre sus nalgas, desnuda como el agua, se extinguía como el tiempo, mientras él la amaba, allí donde nacía el amor.

Luego trepó por su boca, ocupando otro espacio, tieso como un junco, desnudo la amaba y entraba en cuerpo deshabitado y oculto como la primavera. Y duro como piedra, blanco como nácar se derramó en ella, mientras mordía sus pechos duros y sus pezones oscuros como la tierra de su rancho.

Era suya, lo supo, mientras la amaba.

Y cuando terminó, se lo dijo.

—Te amo nena.

—¿Me amas Lucas?

—Sí, lo siento, si tú no sientes lo mismo... pero yo te amo de verdad y quiero que seas la mujer de mi vida, no juego ni esto es una tontería, Olga.

—Quiero formar una familia contigo.

—Pero, Lucas...

—Deja el piso y ni lo pintes, vente conmigo a vivir al rancho. Esta casa es grande para los dos, si necesitas un despacho, te hago un huego, el mío es grande, frente a mí para verte. Tenemos habitaciones de sobra, y aquí, seremos felices.

Y ella lo miró seria.

—¿No quieres vivir aquí?

—Sí que quiero, yo también te amo.

—¡Joder Olga! que sustos me das mujer...

—No quiero darte sustos, quiero darte amor, no sé cómo ha pasado, pero te amo. Eres el hombre de mi vida.

—¿Entonces te vienes?

—Me vengo.

—Así estaremos todos juntos y el año que viene cambiamos al peque de colegio, a uno más cerca. He visto uno cerquita a las afueras.

—Así nos ahorramos atravesar la ciudad.

—¿Y Sarita?

—Sarita puede venir cuando quiera, es bienvenida, pero creo que Kevin se la llevará a su casa.

—¿Tú crees?

—Lo creo, y ¿Qué vas a hacer tú sola allí? aquí podéis veros, pueden venir al rancho o quedar para cenar. No vamos a estar metidos aquí.

—Lo único, es que tardarás más en ir y venir.

—En cambio tienes casa y comida gratis.

—Ummm...eso me gusta.

—Tonta...

—Tendré que darte algo.

—Nada, porque comemos con los clientes muchas veces y otras en casa y eso es mío.

—Lucas, no seas tonto.

Y Jim es mi niño, no le faltará nada ni a ti tampoco, tienes un garaje, ¿qué más quieres?

—Que me hagas el amor de nuevo, esto se está oxidando.

—Ya te salió la vena guasona.

—¿De verdad me quieres?

—Sí, nos casaremos el año que viene, el 14 de febrero.

—¡Qué romántico!

—En el rancho.

—Será una boda especial.

—¡Me encanta! Pero no tengo anillo —y se miró el dedo.

—Todo se andará, no seas impaciente.

—No caro, Lucas.

—El que yo decida.

—¡Ay, Dios! ¡Qué mangante eres!

—¿Ah sí?

—Sí, ¿cuándo ahora?

—Cuando estoy cachondo.

—Sí.

—Serás mi mujer y no me pondrás los cuernos.

—Espera que lo sepa tu familia, si es que hablas en serio.

—Ya lo sabe Jim.

—Sí, fui a la empresa y estuvimos hablando. No quería.

—Lo imagino, y en parte lo comprendo.

—De eso nada, si no te quiere...

—Sí, espero que mis padres sean comprensivos, los llamaré y se lo diré en vacaciones.

—Tengo miedo de que esto no salga como esperamos.

—Saldrá mujer, si nos queremos...

—Eso ni lo dudes, eres mi vaquero guapo.

—Si no quieres trabajar, puedo mantenerte.

—¿Estás tonto? no he estudiado para que me mantengan.

—Lo sabía, cualquiera te convence de ello.

—Pues no pinto el piso, lo dejo. Esta semana hablaré con Sarita, me da pena después de todo de dejarla sola.

Ese fin de semana se amaron de forma distinta, pasional y romántica y como él sabía hacerla feliz.

Cuando el lunes salió del trabajo, fue a casa y se pasó por casa de Sarita. Le daba en decirle que

la dejaba allí sola en el edificio, y que se iba a vivir al rancho. Lo bueno que tenía era que viviría con Lucas y lo conociera. Si no se llevaban bien, buscaría un apartamento nuevo. Pero no creía, lo amaba y su hijo allí era feliz. Y lo peor es que tenía que levantarse más temprano para oír al trabajo y volvería más tarde, pero merecía la pena, porque tenía los fines de semana libres y un buen horario.

—Tenía miedo de decírselo a su amiga.

—Llamó a la puerta y ésta la metió dentro de un tirón.

—¡Ey, loca!, ¿Qué pasa?

—Tengo que contarte algo.

—Yo también, por eso he venido.

—¿Me va a dar un poco de pena decírtelo?

—Pues que no te dé que yo que también...

—Me voy a vivir con Kevin.

—¿Qué?

—Me ha pedido que me vaya a su casa, es comprado el apartamento y es grande, preciosa me deja un hueco para el despacho, no quiere que le dé nada, ni le pague parte de la casa y mira, y le enseñó el dedo.

—¡Ay, Dios!, ¡Qué bonito, Sara!, ¡Cuánto me alegro! de verdad.

—Nos casamos después de Acción de Gracias, antes de Navidad.

—¿En serio?

—Sí, ese puente, quizá el sábado, vamos a organizar todo.

—Dios mío, ¡Cuánto me alegro! —y se abrazaron.

—Pero me daba pena decirte que tenía que irme y dejarte como el pequeño el año que viene.

—Pero si yo venía porque no quería dejarte aquí sola.

—¿Y eso?

—Lucas me ha pedido que me vaya ya a vivir al rancho.

—¿En serio?

—Sí, dice que nos casamos en febrero del año que viene, el día de los enamorados.

—¡Qué romántico! ¡Qué bonito! ¡Qué alegría!

—¡Ay, Dios! Sarita, crees que viviremos bien con ellos.

—Tú y tus inseguridades.

—Es que he tenido motivos.

—Venga, ese es tu hombre y te va a hacer feliz, a ti y a tu hijo, lo sé.

—Lo amo.

—Pues claro tonta, como amo yo a Kevin, quien nos iba a decir que después de tanto tiempo nos reencontraríamos y volveríamos y ahora estamos haciendo planes para casarnos.

—¡Dios qué alegría!

—¿Y cuándo te vas?

—Este fin de semana ya he dicho que me iba del apartamento.

—Yo también he dicho que me iba.

—Se van a quedar solos.

—Estos apartamentos se alquilan rápido.

—Y yo que iba a pintarlo...

—Nada de trabajar, pero si tienes una chica en casa. Vas a ser toda una señorona y un vaquero de verdad.

—Sí, Dios Sarita, eres mi mejor amiga, y quiero que salgamos de vez en cuando y que vengáis al rancho algún fin de semana o a comer un sábado. No dejemos de vernos y hablar.

—Pero mujer si no lo hicimos cuando estaba en Nueva York, ahora que estamos en la misma ciudad, ¿cómo vamos a dejarnos?

—¿Y tarde de chicas y compras?

—Faltaría más.

—Vamos a salir a la cafetería y cenamos.

—Venga, espera y cojo el bolso. Dijo Sarita.

—Así vemos cómo queremos las bodas.

—Sí.

—Luego quiero ir a Cádiz a ver a mi madre.

—¿Casada y con Jim?

—Sí, haremos una comida.

—¿No se enfadarán por no celebrar una boda con tu familia?

—No creo. Ahí no sé qué hacer, una celebración entre la familia, no quiero que mi madre se altere, no le viene bien.

—Sí, mejor, pero cuando vea al pequeño...

—Eso la alegrará. Les contaré la historia.

—¿De Jim también?

—No, su padre es Lucas para mí y para Lucas que lo quiere como un hijo.

—Muy bien, de todas formas, no hace falta contarle si estamos tan lejos.

—Imagina que le digo a mi madre que me caso con el hermano del padre de mi hijo.

—Anda pide.

—No sé qué pedir...— mirando la carta.

—Un buen filete necesito hoy.

—Pues yo también.

Después de tomar café y un trocito de tarta, se fueron cada una a su casa después de abrazarse.

—¡Hola mi doctorcita preciosa! —la llamó Lucas.

—Siempre tan oportuno, iba a ducharme.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Ligando en la cafetería de enfrente.

—Si es que no te puedo dejar sola, por eso tienes que venirte al rancho a mis brazos.

—¿Y quién me recoge las cosas del apartamento?

—¿Te vienes entonces a vivir con tu vaquero?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Has visto a Sarita?

—Se va a vivir con Kevin y yo tan preocupada, pero no te perdono una cosa.

—¿Qué guapa?

—Ella ya tiene un anillo y se casa en el puente de Acción de Gracias.

—¡Qué tonta! tendrás tu anillo, impaciente mujer. Envidiosilla.

—No, estoy muy contenta, de verdad, al menos no la dejo sola, está que se sale, y nos hemos ido a comer abajo a la cafetería. Hablando de bodas, los he invitado a que vengan alguna vez al rancho a comer o si se quieres quedar alguna noche.

—Esta es tu casa, y tu rancho, claro que sí.

—Y a salir alguna vez con ellos a cenar p a tomar una copa algún fin de semana.
—También, faltaría más, me cae bien Kevin.
—Y tarde de chicas y compras.
—No me fio —bromeaba él.
—Qué tontorrón eres.
—¡Te quiero mi niña!
—Bueno, voy a ducharme y a ir recogiendo algunas cosas, y esta semana, tengo que terminar de recoger todo.
—¿Necesitas una camioneta?
—Casi mejor, porque tengo maletas y cajas, espero tenerlo todo recogido para el viernes, peor me iré llevando la ropa todos los días, así que me quede el despacho y lo demás.
—Iré el viernes y nos llevamos lo que quede.
—Sí, tengo que dejar también la llave, ya quedaré con el agente.
—Bueno entonces te dejo preciosa.
—Vale mi niño, cuida al pequeño. Este fin de semana ya estaremos juntos.
—No sabes lo que te necesito.
—¡Cómo eres!
—Que sí, de verdad.
—Yo también a ti.
—Hasta mañana cielo.
—Hasta mañana.

El martes y antes de comprarle esa semana el anillo Lucas, hizo acopio de valor para decirse a sus padres que quería casarse con Olga. No sabía cómo iban a tomárselo y conociéndolos no muy bien, y él quería ser feliz y tener a la familia, no tenía culpa de haberse enamorado de ella, pero el hecho de que Olga tuviese un hijo de su hermano a sus padres quizá no le pareciera bien. Tendría que convencerlos, porque casarse con ella, se iba a casar, eso seguro.

—¡Hola, papá!
—¡Hola, hijo! Lucas, ¿Cómo va todo?
—Bien papá, el rancho como siempre muy bien y la empresa ya te lo cuenta Jim.
—¿Y mamá?
—Aquí está al lado, he puesto el altavoz para que te escuche, siempre quiere.
—Mejor porque os tengo que decir algo.
—No me asustes Lucas, —dijo su madre.
—No mama, no es nada de eso.
—¿Entonces?
—Quiero casarme el año que viene, en febrero.
—Aún queda casi un año.
—Sí, pero voy a vivir con ella antes.
—¿Y Jim?
—¿Qué pasa con Jim?
—Que lo estás cuidando tú, claro que luego se lo lleva Olga.
—Ese es el tema, que quiero casarme con Olga.
—¿Qué? —dijo la madre.

—¿En serio? —dijo el padre.

—Sí, estoy enamorado, es una mujer maravillosa y quiero a Jim como si fuera mi hijo.

—Pero Lucas, tiene un hijo de tu hermano...

—No me importa eso que piensas, llevamos meses saliendo y es la mujer perfecta para mí.

—Sabes que Olga es una mujer que siempre me ha gustado, es la mujer perfecta para vivir en el rancho y para ti, eso lo sé, lo supe desde que la vi. No era una mujer para tu hermano, pero no quiero problemas entre mis hijos, eso es lo que no quiero.

—No los habrá papa, él va a tener una hija y he hablado con él ya.

—¿Y no le importa?

—Le da igual.

—Este Jim, no tiene decencia.

—Le estoy cuidando a su hijo, porque lo quiero como si fuera mío, ni lo llama ni le pasa nada, es nuestro niño y no lo voy a dejar que lo eduque un desconocido. Estoy tan enamorado de ella.

—Pues si has esperado tanto y os amáis, qué vamos a decir, nos vemos en Acción de Gracias y hablamos de la boda.

—Se viene a vivir conmigo el fin de semana.

—Eso me parece bien, así os conocéis.

—Papá quiero tu bendición y la tuya mamá también.

—La tienes hijo, pero ya sabes, aunque sois tan diferentes, no quiero problemas con mis hijos, no he tenido hijos para verlos separados por ninguna mujer.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que así sea, lo sabéis. Lo he hecho.

—Lo sé hijo. Olga nos encanta.

—Gracias.

—Y no le hagas daño.

—No se lo haría nunca.

—Ya tu hermano se encargó de ello, así que, si no es serio, la dejas.

—No voy a dejar a esa mujer, es la mujer de mi vida.

—Vaya, nunca pensaré oírte decir eso, al menos a ti.

Y Lucas se reía.

—Sí. Pero tenemos muchas cosas en común, le encanta el rancho, los niños, es preciosa, y trabajadora, es una buena madre.

—Y una buena hija, dijo el padre.

—Lo sé.

—Y su madre ¿cómo está?

—Mucho mejor, quizá vayamos allí cuando nos casemos.

—Estaría bien. Olga dice que este verano es pronto y quiere descansar.

—Lo merece, la pobre casi un año de un lado para otro.

—Bueno, os dejo, os quiero

—Nosotros también, la próxima que llames quiero hablar con ella.

—Está bien, pero sé dé indulgente.

—Lo seré.

—Tened cuidado,

—Lo tendremos hijo, dale besos a mi niño.

—Te lo pongo la próxima vez.

—Os quiero.

—¿Has visto? Nunca lo hubiese creído.

—Yo sí, dijo la madre, a mi Lucas siempre le gustó esa mujer desde que entró al rancho.

—Tu Lucas es mi Lucas.

—Pues claro, mira que eres.

—¿Qué piensas?

—Creo que serán felices, qué importa si Jim ya tienen su vida. Ellos tienen su rancho y son felices cada uno por su lado.

—Me preocupa Jim, ese no es feliz.

—¿Que no? —dijo el padre ese es un tunante mujeriego, es así, no lo va a cambiar ninguna Amanda ni con siete hijos.

—Pues, aunque Amanda ni me guste demasiado, lo que hace Jim menos.

—¿Y qué le hacemos es nuestro hijo? se lo digo cada vez que llama.

—Bueno, vamos a dar un paseo, deja que ellos arreglen sus vidas, las nuestras están hechas.

—Sí, pero son nuestros hijos.

—Lo sé.

—Y vamos a tener una nieta.

—La veremos en Acción de Gracias.

—Sí, me temo que tendremos muchos nietos.

El sábado por la noche ya había colocado todo en la casa de Lucas.

—Ya no puedes echarme, gracias por el despacho.

—Todo para mi niña, es poco.

¡Que bobo! estoy sudada, voy a darme un baño.

—Hemos dormido hasta a Jim, cansado el pobre ya.

—En la piscina, voy a darme antes una ducha.

—Luego te darás otra.

—Claro, pero me vendría bien un relax de piscina.

—Venga, te espero en ella.

Y Lucas se dio una ducha en el grifo de la piscina, pero ella fue a arriba, y se puso un bikini amarillo que se había comprado súper pequeño.

—Eso que viene amarillo limón ¿qué es?

—¡Qué tonto eres!

—Mira Olga, con eso enseñas todo.

—¿Y no te gusta?

—Solo para mí.

—Mira que eres machista, me lo pienso llevar a California en verano a la playa.

—Ni loco.

—Entonces mejor así.

Y se quitó el bikini.

—Pervertida y se tiró al agua, al lado de él, lo abrazó y se abrió de piernas.

—Eso que acabas de hacer me ha puesto duro como una roca y tiene consecuencias.

—Me encantan esas consecuencias.

—La acercó a un lado de la piscina y la penetró de golpe.

—¡Ay, Dios! gemía ella —y el mordía sus pezones mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y

se abrazaba a él como una sirena.

Y Lucas la embestía hasta que tuvo un orgasmo y siguió y siguió y le arrancó un segundo

—¡Oh, Dios Lucas!, ¡Que bueno eres!

—¿Sí? —le dijo en su boca.

—El amor de mi vida.

—¿En serio?

Y tan en serio, te amo y lo sabes. Lo malo es que me tienes demasiado loca y me gusta mucho el sexo contigo. ¿Y si me vuelvo adicta?

—¿A qué?

—¿Al sexo?

—Mientras sea adicta al sexo con Lucas, el vaquero rico y guapo...

Y ella se reía.

—Anda vanidoso, demos unas vueltecitas.

Y él se unía a ella. Se puso boca arriba y cerró los ojos.

—No te vayas a quedar dormida y te me ahogues. Tenemos boda.

—Lo sé.

Cuando después de casi una hora en la piscina, él salió y la cogió para que saliera.

—Vamos a la ducha.

—Venga vístete mujer.

—Ya no.

—¡Ay que ver!...

Se ducharon juntos y ella se quedó secándose el pelo.

—Pongo la mesa mientras.

—Gracias mi amor.

Y cuando ella bajó con su cola y su camisón corto, estuvieron comiendo.

—¡Vaya días que llevo! No me dejáis descansar.

—Mañana domingo descansas, te levantas a la hora que quieras.

—Sí, Jim me estará llamando y se meterá en la cama, el maldito.

Y Lucas se reía.

—Te quiere mucho, mujer, eres su madre.

—Lo sé, lo quiero tanto...

—Nena...

—Qué.

—Cuando nos casemos quiero tener un hijo ya, sino voy a ser viejo.

—¡Está bien! nada más casarnos, dejo las pastillas y tenemos otro.

—¡Ojalá tuviésemos gemelos!

—¿Por qué?

—Me gustan los gemelos. Cuando veo gemelos, me gustan.

—¿Niños o niñas?

—O ambos.

—Esos son mellizos, los gemelos son idénticos, viene en la misma bolsa y los mellizos son como hijos diferentes. Son fecundados por dos espermias.

—Soy potente.

—Eso ni hace falta que lo digas.

—¿Nos quedamos un ratito en el sofá?

—Sí.

—¿Quieres café y tarta?

—Necesito un poco de azúcar hoy.

Y él se ofreció a hacerlo.

—Tumbate tú, ahora lo traigo.

—¿Qué hombre más trabajador!

—Si no he hecho nada, mañana verás en el despacho.

—Pobre es que te he quitado tu tiempo.

—Me gusta que me quites el tiempo.

Y llevó una bandeja a la mesa del salón con los cafés, las tartas y una cajita.

Y ella lo miró.

—¿Lucas! —y Lucas abrió la cajita y se puso de rodillas.

—¿Te casarás conmigo pequeña doctorcita?

Y Olga miró el anillo maravilloso y se le cayeron dos lágrimas.

—Sí, claro que sí, te amo, te amo tanto...

Y lo abrazó.

—Venga, nada de lloros que estoy de rodillas y ya tengo una edad.

—¿Qué bobo! —y le puso el anillo.

—Es maravilloso, es precioso.

—Como tú, le dijo él.

—Venga, tómate el café, ya tienes tu anillo, si tienes todo lo que me pides...

—Si no te pido nada.

—Cómo que no, si me pides sexo y sexo.

—Pero eso es porque te quiero.

—Ummm... ven aquí pequeña, de eso ni me quejo, vamos y allí en el sofá le hizo el amor para sellar la promesa de una vida que iban a compartir juntos.

CAPÍTULO NUEVE

El tiempo pasaba feliz para ellos. Habían salido un par de veces con Kevin y Sarita y para el verano se fueron las dos una tarde de compras, Lucas se llevó al parque a Jim, al que se lo llevaban algunas mañanas a Houston y comían allí.

Otras salían ellos por la noche a cenar y tomar una copa o bailar.

Era feliz, les dijo a sus padres, que tenía un novio e iba a casarse en febrero, que lo celebrarían en casa, con una comida.

Querían ver fotos, le contó lo de Lucas, el rancho y lo de su hijo lo dejó como sorpresa. Para cuando llegara.

Ese verano, se fueron un par de semanas a California, ella solo quería descansar en la playa y piscina, aunque fueron un día a ver las casonas de los famosos.

Pero los tres lo pasaron estupendamente.

Fueron otro par de días a San Francisco y de vuelta a casa. Lucas, se llevó el coche y ella le decía que eran muchos kilómetros, pero paraban en ciudades y se quedaban a dormir

Así tuvieron tres semanas de vacaciones.

A ella no le quedaba más porque había pedido días para llevar a su madre. Y empezó de nuevo su trabajo, pero a su hijo Jim, le quedaba aún un mes y ya le tenían un nuevo colegio más cerca. E iba a ir un día Lucas a comprarle todo como el curso anterior.

—Pero Lucas...

—Vamos a ir los dos y va a elegir lo que le guste de ropa, ya tiene seis años.

—¿Sí, tío Lucas?

—Sí, mi niño, Sara y tu madre se van de compras, pues nosotros también, necesito ropa.

Y tú, que has crecido mucho este verano.

—¿Ves mamá, que he crecido?

—Cómo no lo voy a ver si en un par de años me superas. Y él se reía.

—Es que mamá es pequeña.

—Te oigo bicho.

—Pero eres muy guapa.

—Arréglalo ahora.

—Jim y Amanda habían tenido una niña y tuvieron que ir a verla, peor dejaron a Jim con Marita, aunque era su hermana, no querían problemas, y así distanciados como le prometió a su padre, era lo mejor para todos. Le llevaron un regalo que a ella ni fu ni fa.

Era tremenda y estaba amargada porque se veía gorda cuando tenía un tipo como si no hubiese tenido un hijo.

Estuvieron un rato y se fueron.

Ya se acercaba Acción de gracias y el avión fue a recoger a los padres. Le habían limpiado la casa y cuando llegaron se abrazaron y tuvieron una cena los cuatro en la casita de ellos padres.

—Bueno, Olga.

—Dígame...

—¿Sois felices?

—Mucho, siento haberme enamorado de su hijo.

—Eso no lo sientas, mi hijo nunca ha sido más feliz.

—Pero el tener un hijo con su otro hijo...

—Eso fue casualidad y un error, pero su verdadero padre es Lucas que lo está criando. Si mi hijo no lo quiere allá él. Dice que Amanda ya no quiere más hijos y se ha hecho una vasectomía -- y ellos se miraron.

—Bueno, si no quieren más hijos, es lo mejor.

—Nos gustas mucho Olga y creo que mi hijo es muy feliz. Te gusta el rancho y a Jim también. Así que estamos muy contentos, si más o menos mantenéis un trato correcto con tu hermano que es difícil y más su mujer.

—Lo mantenemos.

—Quería pedirle que me lleve al altar. Le dijo Olga al padre de Lucas. Mis padres están lejos e iremos cuando nos casemos, de luna de miel.

—Nada me haría más feliz que eso.

—Haremos la boda en el rancho.

—Nunca desde que nosotros nos casamos ha habido una boda en el rancho.

—Pues ya era hora, mamá -- dijo Lucas.

—Nos venimos diez días antes y te ayudamos Olga.

—Gracias.

—Será bonita.

—Pondremos el rancho precioso.

—¡Ay me encanta! —decía la madre.

—Bueno, mañana celebramos Acción de Gracias.

—Me vengo y le ayudo.

—No, las chicas harán todo.

—Viene Jim.

—Sí, lo siento por él y por Amanda porque mi nieto estará en la mesa.

—Gracias, —dijo Olga.

—Nada de gracias, estará toda la familia. Al menos este año, ellos han quedado un año con nosotros, otros con su padre, como en Navidad, así que en Navidad la pasan con sus padres y Acción de Gracias con nosotros. No quería, pero Jim, se ha puesto fino por una vez.

—Bueno, por nosotros no hay problema.

Cuando tomaron café y hablaron del rancho del trabajo de ella qué investigaban ahora y demás, ellos se fueron a la casa.

—Prefería que no vinieran.

—Vamos Lucas, es tu hermano, hazlo por tu padre.

—Pero seguro que te va a herir esa mujer y no me voy a contener.

—A mí no me importa, déjala. Si tenemos que decirle algo se lo decimos a solas, sin tu hermano presente, pero estará liada con la niña.

—Esa trae a su nani para que no la moleste.

—Bueno, tú, tranquilo, a mí no me importa lo que diga, no vamos a hacer pasar a tus padres un mal rato para dos o tres veces que viene al rancho.

—Tienes razón, pequeña.

—Pues claro que la tengo.

—Anda, que te voy a hacer algo que te calme.
—¿Qué crees que se me va a quitar con eso?
—¿Ah no?
—Puede, un poquito.
—¿Solo un poquito?
—A lo mejor más que un poquito y la cogió en brazos y la besó y sus padres que habían salido a la puerta, los vieron y sonrieron.

La noche siguiente, Acción de Gracias. Cómo no, Amanda lanzó sus puyas sobre Olga, y sobre su hijo, pero ella sujetaba las manos de Lucas por debajo de la mesa para que se contuviera. Ella le daba la razón, hasta que se cansó. Y nadie le hacía caso ni siquiera Jim, su marido.

Y Jim que pensaba que Amanda era una señora, y la señora era Olga.

Se arrepentía mil veces de haberse casado con esa mujer insolente y buscaba otras y en cada una buscaba a Olga sin encontrarla. La última vez que estuvo con ella nunca la olvidaría, pero ahora era de su hermano, por tonto.

Por tonto la había perdido para siempre. Se iba a casar en unos meses con su hermano y se veían felices, ella se había enamorado de Lucas.

Y como la última vez, ella salió a respirar el aire y Jim aprovechó para salir tras ella.

—¡Vaya, parece que vas a casarte con mi hermano!

—No lo parece Jim, me voy a casar.

—Vas a ser ricachona.

—Sabes que nunca me ha importado eso, yo gano un buen sueldo y si quisiera joyas tu hermano me las compraría sin dudarle, pero no quiero eso. Quiero la vida sencilla que tengo aquí, mi trabajo y nuestro hijo, porque a veces se te olvida, tanto que empezará llamar papá a tu hermano.

—Es normal, lo está cuidando y tiene su apellido, además es secreto, no quiero que la prensa se entere.

—No te reconozco, sí, creo que mereces lo que tienes.

—Claro, lo he heredado, tengo una gran empresa.

—Una gran mujer y una hija preciosa.

—¿Lo dices lo broma?

—Lo de tu hija no, jamás se me ocurriría ser como tú.

—¿Crees que serás feliz con mi hermano aquí metida todos los días en el rancho?

—¿Crees que no salimos a cenar, a bailar, con Sara y Kevin, que no vamos de vacaciones o que no llevamos al niño al parque?

—¡Ah mira!

—¡Ah mira!

—Pues claro hombre, pero si no saliera de este rancho, no me importaría. Me encanta. Es un remanso de paz. Soy feliz con tu hermano y por tus padres te vas a comportar con él como un hermano y tu mujer me tratará como me merezco.

—¿O qué?

—O la prensa sabrá que es tu hijo, a mí no me importa. Pero a ti si y no harás eso. Pues solo tienes una condición fácil. Que tu mujercita cierre la boca, porque hoy he tenido que sujetar a tu hermano y no quiero verte la cara desfigurada, eres muy guapo. Voy a entrar. Tu hermano pensará que estamos ligando.

—¿Y mi hermano?, ¿qué pensará?

- Que hablamos de Jim. Él confía en mí.
- ¡Qué suerte!
- Una suerte inmensa de tenerlo en mi vida, lo amo.

Cada vez que veía a Olga a solas tenía ganas de dar de puñetazos o coger uno de los caballos e irse lejos. Le gustaría no haberla conocido o no tener un hijo con ella, o que no existiera para hacerle la vida infeliz.

Cuando la cena acabó bien al final, todos se fueron, ellos fueron dando un paseo a casa,

- Mamá, ¿papá Jim, tiene una hija?
- Sí, pero papa Jim no es tu padre.
- ¿Ah no? —Dijo el chico y Lucas se la quedó mirando.
- No, tu papá de verdad, es Lucas.
- ¿En serio? ¿No es mi tío?
- No hijo, es tu padre.

Y se quedó pensando... era demasiado pequeño para entenderlo.

—Verás yo creía que era Jim tu papá, pero la cigüeña se había equivocado, y el otro día me mandó una carta y me dijo que era Lucas tu padre. No sabía cómo decírtelo.

- ¿Eres mi padre? — se volvió ilusionado a Lucas.
- Sí señor, tu madre tiene razón, soy tu padre.
- ¿Entonces puedo llamarte papá como los niños del cole que tienen a su papá?
- Por supuesto que sí, ven aquí hijo, y lo cogió en brazos y este lo abrazó.
- Tengo un papá...
- Sí, es un regalo adelantado por Navidad.

Esa noche hizo feliz a dos personas, a su hijo que estaba como loco.

- Marita tengo un padre...
- ¿No me digas hijo?
- Sí, mi tío Lucas es mi padre y Olga miró a Marita de aquella manera y ésta sonrió.
- Pues creo que tienes un padre tan guapo como tú. Y es verdad tienes los mismos ojos que tu padre y eres grandote.
- Sí, tengo un padre.
- Anda bicho a la cama.
- Ahora vienes a darme un beso.
- Ahora vamos tu padre y yo.
- Pero mamá...
- Dime hijo.
- Los padres están casados.
- Y por eso tu padre y yo nos vamos a casar en el rancho.
- ¿En serio?
- Sí, en febrero nos casamos.
- ¡Qué bien! ¿Puedo llevar los anillos?
- Eres el encargado de no perderlos.
- Papá, no voy a perderlos.
- Eso espero. Anda a la cama.

Y mientras Marita lo preparaba ellos se sentaron en el sofá.

—¿Qué ha pasado guapa? ¿Me das autoridad sobre cómo educar a tu hijo?

—Si es tu hijo, por supuesto, mi hijo necesita un padre, ya has visto.

—¿Tienes que contarme algo más?

—¿Algo como qué?

—Como lo que has hablado con mi hermano, cada vez que os veo me pongo muy celoso.

—¡Qué tonto!

—No quiere que la prensa sepa que tiene un hijo, Amanda no quiere.

—¿En serio?

—Sí, así que le he dicho que te tendrá como padre, que eres de verdad, porque eres el que lo estás educando y cuidándolo a cambio de...

—¿De qué?

—De que su mujer cierre la boca y que él se lleve bien contigo al menos cuando estén tus padres y sean felices.

—Eres tremenda.

—Sí.

—Sí, la mujer más valiente que conozco, mi hermano es una persona difícil de convencer.

—Pues ya lo sabe, me odiará, pero ya está avisado.

—Mi hermano no te odia, te quiere.

—No digas tonterías Lucas.

—Conozco a mi hermano y te quiere, pero sabe que te ha perdido, por eso va con otras mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, me lo dicen.

—¡Qué cotillo eres!

—Sí —y se reía.

—Pues como te vea yo con otras te enteras.

—Cuándo, dónde si estoy en el rancho siempre...

—Siempre no, cuando trabajo.

—Trabajo yo, nena, ¿o quien lleva este rancho?

—Es que te quiero tanto, que pensar que me serías infiel, me moriría.

—No digas tonterías mujer. No hay otra pequeñita para mí.

—Ni pequeñita ni grande.

—Eso es verdad. Anda demos las buenas noches a Jim, desde hoy mi primer hijo. Gracias Olga,

—De nada, es tuyo y te mereces por lo que haces por él.

La siguiente celebración fue la boda de Sarita, ella lloró porque iba tan guapa, fueron los dos porque era de noche y el niño se iba a cansar.

Fue preciosa, y allí se encontraron de nuevo con Amanda y Jim.

Ella llevaba un vestido precioso, largo porque era la dama de honor de Sarita junto con sus hermanas que vinieron de Méjico. Entre los padrinos, como no, estaba Jim.

Fue una noche especial para su amiga y para ella. Se les veía tan felices...

—Espera un poco nena, ya mismo es la tuya.

—Sí, pero se casa mi mejor amiga con un buen hombre y me alegro.

—Tu marido también será un buen hombre para ti.

—El mejor.
—Eso ni lo dudes.

Las Navidades transcurrieron más tranquilas, estuvieron los cinco cenando y habían decorado el rancho, las casas, con su árbol, ella puso su Belén y Lucas, estaba encantado con las figuras.

Cuando vayamos a España voy a comprar más, aquí no encuentro, como no las compre por Amazon...

Compraremos. Me encantan. Y a su suegra le encantaba también.

Después, sus padres se fueron hasta días antes de la boda y cuando volvieron para la boda, ya casi tenían listo todo. Lucas se empeñó en contratar a una organizadora, para que Olga eligiera lo que quisiera porque trabajaba todos los días, luego cogería 15 días para ir a España de viajes de novios.

Tenía ganas de ir a ver a su familia, a su hermano que se había casado y a sus padres. Su madre había superado el cáncer. Hasta el momento, estaba fuerte, aunque ya no trabajaba y se dedicaba a descansar y estar tranquila.

Pero le hubiese gustado a su familia estar presente, pero su madre no quería hacer ya viajes largos y sabía que iban a celebrarlo en cuanto volvieran con una comida familiar, incluso si querían casarse en el ayuntamiento o lo que quisieran.

El caso es que iba a ver a su hija y a su yerno pronto y tendría a sus hijos reunidos y lo más importante, era que estaba viva, y podía dar largos paseos por la playa, sentir el viento en la cara pasear por la plaza de las flores y llevarse una macetita a casa.

Tenía una segunda vida y le daba gracias a dios todos los días por ello.

CAPÍTULO DIEZ

Era el día de su boda. Lucas estaba más nervoso en casa de sus padres vistiéndose allí mientras la novia Olga, se vestía en casa.

Los invitados iban llegando, y sentándose en las sillas que la organizadora había puesto en el rancho y al final un arco de flores para la ceremonia con el sacerdote.

Todo estaba listo y ella iba hacia él del brazo del padre de Lucas.

Iba preciosa y Lucas no había visto mujer más hermosa en su vida, la amaba más que a su vida. Lo hacía feliz, era la mujer que necesitaba en su rancho, en su vida y en su cama. Su doctorcita.

La ceremonia fue preciosa y la boda también, todos los invitados se sentaron a las mesas que habían preparado y después hubo un baile que inauguraron ellos.

—¡Hola, señora Collins! —le dijo él

—¡Hola, señor Collins!

—¡Estás guapísima! ¿Te lo he dicho?

—Mil veces.

—Te quiero tanto, nena.

—Yo también a ti. Mi vaquero romántico.

—¿Has visto a Jim? Está tan contento parece un hombrecito con su traje llevando las alianzas.

—Nuestro niño...

—Nuestro primer Niño, le recordó Lucas.

—Esta noche fuera pastillas.

—Fuera pastillas.

—Haremos un niño en el rancho esta noche, no has querido ir a un hotel.

—No, quiero que darne en mi casa.

—Jim se queda con mis padres y Marita en la suya.

—Sí, así puedes gritar.

—¡Qué payaso eres!

—Ummm... ¡Qué bien hueles cielo!

Cuando todo terminó y ellos fueron a la casa, no gritó, pero casi.

Después de quitarle lentamente el vestido, le hizo el amor gastando las últimas horas de la noche. Les amaneció mirando por la ventana el paisaje maravilloso que era suyo.

—Ahora es también tuyo el rancho, guapa.

—¿Es mío?

—Sí, es tuyo.

—Es el sitio más bello del mundo.

—¿Y Cádiz?

—El primero más bello.

—¡Boba!

—Es precioso ver el amanecer aquí contigo.

—Me gustaría envejecer aquí contigo y nuestros hijos.

—No pienses en eso, somos jóvenes tenemos que vivir antes.

—De viejito no puedo hacerte las cosas que te gustan.

—Eso es cierto.

—Vamos a dormir un poco, pasado mañana nos vamos.

—Sí, ya tenemos preparadas las maletas, faltan algunas cosas. Alquilaremos un coche cuando lleguemos.

—Lo bueno es que tenemos un avión, luego que venga a por nosotros.

—Esto de tener un marido rico es lo más...

—Pero rico de qué...

—De todo.

Y se abrazaba a él, a su hombre que le pertenecía en cuerpo y alma.

Cuando tres días después llegaron a Sevilla, el avión se fue de vuelta, hasta que él, les dijo que volvieran a por ellos y alquilaron un coche en el aparcamiento.

—Estos coches no son automáticos mi amor, los llevo yo, que tienen marchas —dijo Olga.

—¡Vaya por Dios!, no me has dicho nada.

—No se me ha ocurrido. Ahora controlo yo, Cádiz está cerca.

—¿Y esta ciudad?

—Vendremos a verla, te gustará, es preciosa.

Estuvieron con sus padres por fin tras casi seis años. Fue maravilloso verlos y cuando le presentaron a su hijo Jim, no se lo creían, les tuvo que contar la historia de que se quedó embarazada en la universidad y no quiso preocuparlos, ni decirles nada y que Sarita la ayudó en todo. Pero los padres estaban como locos con Jim que sabía hablar español y el encanaba la ciudad de su madre. La playa, pasear, el pescaito.

Celebraron su boda con su familia en un restaurante y Lucas que chapurreaba español bastante bien, se enteraba de todo. El padre decía que era muy alto y Alba, su cuñada que estaba muy bueno y que tenía unos ojos azules preciosos.

—Tu con mi hermano, ¿eh?

Y se reían.

—¿De qué te ríes? —le decía Lucas al oído.

—Dice mi cuñada que eres guapo.

Y él, se reía.

Visitaron Sevilla y el Rocío, al que llevaron a su madre que quería ir.

Fueron a Córdoba y a Jaén, a Málaga y Granada. Y volvieron de nuevo a Cádiz. Allí estuvieron otros dos días y al final, con lágrimas en los ojos se fueron a Sevilla, de vuelta al rancho, pero al menos ella se había quitado dos pesos de encima, ver a su madre feliz y sana y a su familia y contarles su secreto, lo que dejó su corazón en paz.

En el avión, mientras, Jim dormía en la cama y ellos tomaban un café,

—Ahora estoy en paz cielo, me he quitado un peso de encima con ese secreto que tenía.

—Y están locos y creen que es mío.

—Es tuyo. Aún no lo has asimilado. Es tu hijo y lo será siempre. Tu hermano nunca lo ha querido, quizá se ilusionó en un momento, pero a él, le van más las chicas.

Y Lucas se reía.

Bueno, cielo, volvemos a la rutina.

- Contigo no tengo rutina, mi trabajo no es rutinario y el rancho tampoco lo es. siempre hay algo.
- Te amo, ¿lo sabes?
- Lo sé. Como yo a ti.
- Si te hubiese conocido antes que a mi hermano...
- No seas bobo, te dije una vez que lo importante para mí es el último hombre y ese eres tú.
- Para siempre.
- Para siempre.

Cinco años después...

—Estos niños Marita, me van a matar, a ver si viene vuestro padre...

—Su padre ya está aquí —entrando por la puerta—, ¿qué pasa con mis niños?

—Hoy tienen un día especial los pequeños.

—Es sábado, mujer.

—Pues los voy a llevar a andar ahora mismo tres kilómetros para que se les quite la energía.

Andando

—Voy contigo.

—¿No tienes despacho cielo?

—Luego, me ayudas.

—Vale.

—¿Vienes Jim?

—Sí papá, estos niños son más malos... —decía Jim que había cumplido ya once años.

—Es cierto hijo, tú eras más bueno, pero estos dos...

—Y querías dos —decía Olga.

—Pero no de golpe.

—¿Pues no dijiste que eras potente?

—Para que veas...

Y la abrazaba, quería gemelos.

—Son mellizos ¿no ves que son niños distintos?

—Paula, Lucas, estaos quietos que nos vamos, venga. Montamos en el poni.

—Vale —y salían corriendo.

—Nunca le dices que no a nada.

—Vamos Jim hijo, cangrejo te espera.

Vamos a dar una vuelta con tus hermanos —dijo Olga.

Y allí iba la familia Collins los mellizos Paula y Lucas, de cuatro años, Jim de once y Olga junto a su, marido Lucas.

—No les tienes paciencia mujer. Ya te calmaré luego.

—Eso espero, o me va a dar algo hoy.

—Pero mujer, disfruta son pequeños y son nuestros. ¿No eres feliz?

—Sí, lo soy.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces Por qué estás tan nerviosa? Mira qué familia más bonita tenemos. Soy un hombre feliz, y la casa está llena. ¿Por qué llevas dos días así?

—¿Quieres saberlo?

—Sí, si es que ya no me quieres...

—No digas eso, te quiero, te quiero tanto...

—¿Entonces?

—Estoy embarazada de nuevo por Dios, por eso estoy estresada.

—¿Vamos a tener otro niño?

—No, vamos a tener otros dos niños.

—Pero mujer, ¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?
—No, pero es para volverse, vamos a tener cinco hijos, ¿Lo sabes?
—Soy potente.
—Te mataría. Vas a hacerte una vasectomía en cuanto los tenga.
—¿Sabemos que van a ser?
—No, pero sí sé que tendremos que contratar a otra muchacha, Marita no puede con todos
—Pues contratamos a otra más, Tú no tienes nada que hacer, no seas tonta solo quererlos.
—Sí, si tú lo dices...
Y se echó a llorar.
—Vamos cielo. Me encantan los niños.
—Y a mí, pero cinco, Lucas, son cinco universidades, son cinco...
—Tu marido es rico y tú tienes lo tuyo.
—¡Ay, por Dios! Otra vez con barriga.
—Pero si eres una chiquilla...
—Anda ven y dime que me quieres, te hare la casa más grande.
—¿En serio?
—En serio mañana llamo al constructor y la alargamos, nos vamos mientras a la casita de mi madre.
—Eso es una locura.
—Un mes solo no pasa nada.
Y en un mes como le prometió tenía una casa más grande decorada y bonita.

Tan solo cinco meses después la familia aumentó, eran siete, Jim, los mellizos Paula y Lucas y las gemelas Marta y Sarita.

—¿No son bonitas?
—Son preciosas como tú.
—Se parecen todos a ti, todos son rubios, loco.
—¡Te quiero! —decía Lucas feliz.
—Y yo.

A ver la tropa, a ver a las hermanas.

Y Sarita le decía: —chiquilla corta ya que los tienes a pares con ese hombre

—Dice que es potente.
—Desde luego que lo es.
—Se va a hacer una vasectomía, pero ya.
—¿Sí?
—Sí, tiene mañana cita.
—Pero son todos tan bonitos... ¡Menuda familia has hecho! Me veo yo negra con uno...
—Sí, ¿cómo está Kevincito?
—Bien, es muy buenos ¿Estás contenta tú?
—Bueno, un poco cansada, pero contenta, Lucas está loco con tanto niño.
—Te ama.
—Sí, yo también lo amo.

La primera vez que lo vi, cuando lo de mi madre, me encantó montado en su caballo, le dejé a mi

hijo y dije que volvería a por él, lo que no tenía pensado, es quedarme y darle cinco.
Y empezaron a reírse....

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

Una boda con un Ranchero
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Un amor para olvidar
(Romantic Ediciones)
(Serie romántico—erótica)
Cuando el pasado vuelve
(Romantic Ediciones)
(Serie romántico—erótica)
Un vaquero de Texas
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Tapas en Nueva York
(Romantic Ediciones)
(Serie romántico—erótica)
Otoño sobre la arena
(Romantic Ediciones)
(Serie romántico—erótica)
Tu rancho por mi olvido
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Un Sheriff de Alabama
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Un vaquero con pasado
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Un vaquero difícil
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Un vaquero entre la nieve
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)

Una okupa en mi rancho
(Romantic Ediciones)
(Serie ranchos romántico—erótica)
Una noche con un Cowboy
(Serie ranchos romántico—erótica)
Pasión y fuego
(Serie romántico—erótica)
El amor viste bata blanca
(Serie romántico—erótica)
Teniente Coronel
(Serie romántico—erótica)
La equivocación
(Serie ranchos romántico—erótica)
El otro vaquero
(Serie ranchos romántico—erótica)
El escocés
(Serie romántico—erótica)
El amor no es como lo pintan
(Serie romántico—erótica)
La lluvia en Sevilla es una maravilla
(Serie romántico—erótica)
Tres veces sin ti
Saga Ditton, I
(Serie romántico—erótica)
Consentida y Caprichosa
Saga Ditton, II
(Serie romántico—erótica)
Solo falta Jim
Saga Ditton, III
(Serie romántico—erótica)
Trilogía Ditton
Saga Ditton completa
(Serie romántico—erótica)
La chica de Ayer
(Serie ranchos romántico—erótica)
Escala en tus besos
(Serie romántico—erótica)
No tengo tiempo para esto
(Serie romántico—erótica)
¿Quién es el padre?
(Serie ranchos romántico—erótica)
Y tú, ¿Qué quieres?
(Serie romántico—erótica)
Segunda Oportunidad
(Serie romántico—erótica)

Te juro que no lo he hecho a propósito
(Serie romántico—erótica)
Los caminos de Adela
(Serie romántico—erótica)
La vida de Eva
(Serie romántico—erótica)
El número 19
(Serie romántico—erótica)
El Lobo de Manhattan
(Serie romántico—erótica)
Ojos de Gata
(Serie romántico—erótica)
Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas
(Serie romántico—erótica)
El hombre que más amo
(Serie romántico—erótica)
I Mónica
Los Hijos de Mónica Amder
(Serie romántico—erótica)
II Alex
Los Hijos de Mónica Amder
(Serie romántico—erótica)
III John
Los Hijos de Mónica Amder
(Serie romántico—erótica)
IV West
Los Hijos de Mónica Amder
(Serie romántico—erótica)
Los hijos de Mónica (Tetralogía)
Los hijos de Mónica Amder
(Serie romántico—erótica)
Esposa a la fuerza
(Serie romántico—erótica)
Un grave error
(Serie romántico—erótica)
¿Estás loca?
(Serie romántico—erótica)
Una visita inesperada
(Serie romántico—erótica)
Yo soy la dueña
(Serie ranchos romántico—erótica)
Heridas al viento
(Serie romántico—erótica)
Natalie no perdona
Amores en Randolph I

(Serie romántico—erótica)
Bea da una última oportunidad
Amores en Randolph II
(Serie romántico—erótica)
Brenda se lo piensa
Amores en Randolph III
(Serie romántico—erótica)
Trilogía Amores en Randolph
Amores en Randolph I—III
(Serie romántico—erótica)
Un policía de Virginia
(Serie romántico—erótica)
Un marido peligroso
(Serie romántico—erótica)
Un vaquero tatuado
(Serie ranchos romántico—erótica)
Ingenua secretaria
(Serie romántico—erótica)
Tu nombre en los olivos
(Serie romántico—erótica)
Amores cruzados
(Serie romántico—erótica)
Las hermanas Torres— Alicia
Las hermanas Torres
(Serie romántico—erótica)
Las hermanas Torres— Judit
Las hermanas Torres
(Serie romántico—erótica)
Las hermanas Torres— Elsa
Las hermanas Torres
(Serie romántico—erótica)
Trilogía Las hermanas Torres
Las hermanas Torres
(Serie romántico—erótica)
A mi secretaria la conozco
(Serie romántico—erótica)
Mil citas por Navidad
(Serie romántico—erótica)
Me casé con tu padre
(Serie ranchos romántico—erótica)
Silbando al viento
(Serie romántico—erótica)
Un rancho por un dólar
(Serie ranchos romántico—erótica)
Volveré a por mi hijo

(Serie romántico—erótica)